

Los hombres verdaderos

Carlo Antonio Castro

Prólogos

Sergio Galindo y Raúl Hernández Viveros

Ensayo de

Roberto Williams García

SERIE CONMEMORATIVA SERGIO GALINDO

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Esta obra se encuentra disponible en Acceso Abierto para copiarse, distribuirse y transmitirse con propósitos no comerciales. Todas las formas de reproducción, adaptación y/o traducción por medios mecánicos o electrónicos deberán indicar como fuente de origen a la obra y su(s) autor(es).

Se debe obtener autorización de la Universidad Veracruzana para cualquier uso comercial.

La persona o institución que distorsione, mutile o modifique el contenido de la obra será responsable por las acciones legales que genere e indemnizará a la Universidad Veracruzana por cualquier obligación que surja conforme a la legislación aplicable.

Los hombres verdaderos

SERIE CONMEMORATIVA SERGIO GALINDO

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Raúl Arias Lovillo

RECTOR

Ricardo Corzo Ramírez

SECRETARIO ACADÉMICO

Víctor Aguilar Pizarro

SECRETARIO DE ADMINISTRACIÓN Y FINANZAS

Celia del Palacio

DIRECTORA GENERAL EDITORIAL

Los hombres verdaderos

Carlo Antonio Castro

Prólogos de
Sergio Galindo y Raúl Hernández Viveros

Ensayo de
Roberto Williams García



Dirección General Editorial
SERIE CONMEMORATIVA SERGIO GALINDO
Universidad Veracruzana

Fotografía de Carlo Antonio Castro, cortesía del autor.

Clasificación LC:	PQ7297 C265 H65 2007
Clasif. Dewey:	M863.64
Autor personal:	Castro, Carlo Antonio
Título:	Los hombres verdaderos / Carlo Antonio Castro ; pról. de Sergio Galindo y Raúl Hernández Viveros ; ensayo de Roberto Williams García.
Edición:	3a ed.
Pie de imprenta:	Xalapa, Ver. : Universidad Veracruzana, 2007.
Descripción física:	174 p. ; retr. 20 cm.
Serie:	(Serie Conmemorativa Sergio Galindo)
ISBN:	9688347981
Materias:	Novela mexicana--Siglo XX.
Autores secundarios:	Galindo, Sergio. Hernández Viveros, Raúl. Williams García, Roberto.
Autor corporativo:	Universidad Veracruzana. DGBUV 2007/34

Primera edición: Ficción, Universidad Veracruzana, 1959

Segunda edición: Ficción, Universidad Veracruzana, 1983

Tercera edición: Serie conmemorativa Sergio Galindo, 2007

© Universidad Veracruzana
Dirección General Editorial
Hidalgo 9, Centro, Xalapa, Veracruz
Apartado postal 97, CP 91000
diredit@uv.mx
Tel/fax (228) 818 59 80; 818 13 88

Diseño editorial y formación: Dirección General Editorial
Enlace, acopio de materiales y gestión de derechos: Jesús Guerrero
Edición y cuidado editorial: Diana Luz Sánchez e Ignacio Aguilar Marcué
Apoyo editorial: Daniel Godos Murillo

ISBN 968-834-798-1

Impreso en México/ Printed in Mexico

Prólogos
y
Ensayo

Prólogo a la segunda edición

SERGIO GALINDO

Tuvimos especial interés en que esta reedición viera la luz en 1983 puesto que en este año se cumple un cuarto de siglo desde que el maestro Carlo Antonio Castro —autor de *Los hombres verdaderos*— ingresó en la Universidad Veracruzana como catedrático. Estas líneas se escriben con el propósito de dejar aquí constancia de la ininterrumpida y loable labor que Carlo Antonio Castro ha realizado dentro de dicha institución, tanto en la docencia como en la investigación, la traducción y las tareas literarias.

En estas últimas, es decir en el campo de las letras, con ésta su primera novela, Castro obtuvo que la crítica se ocupara con intenso afán y sorpresa de su texto. El excelente dominio de la lengua castellana a la par que el profundo conocimiento de las lenguas de los Altos de Chiapas dieron a través de las páginas de este libro una claridad y certeza a su forma de expresarse, que la hace nítida y en pasajes hasta deslumbradora. Carlo sabe llegar a la entraña de las palabras, las acciones, los sentimientos, la poesía y la magia de ese mundo prehispánico que perdura hasta nuestros días.

Sobre este quehacer literario, Ermilo Abreu Gómez escribió: “... ha tenido oídos y ojos y alma para captar e interpre-

tar las voces de estos hombres que, bien a bien, no sabemos si vivieron, si viven o si están a punto de vivir su auténtica vida. Carlo Antonio Castro no se ha esforzado por adaptar a la expresión española el material de aquellas voces; antes, por lo contrario, dócil, se ha dejado llevar por el impulso de las savias primitivas”. Las doctas palabras del maestro Abreu Gómez nos dan una síntesis reveladora de este autor, ejemplo de constancia y talento a quien queremos rendirle homenaje.

Desde sus inicios editoriales en 1957 nuestra universidad contó con grupos de, entonces, jóvenes maestros que unieron sus conocimientos y entusiasmo para llevar a cabo una labor que si la capacidad y la perseverancia no hubiesen perdurado se habría quedado en una utopía más.

El rector Gonzalo Aguirre Beltrán invitó al maestro Castro para que impartiera cátedra en sus especialidades: la etnología y la lingüística, especialidades en las que dicho maestro es reconocido internacionalmente por sus investigaciones y estudios, así como por las valiosas aportaciones que se han desprendido de tales trabajos. En poco tiempo Carlo Antonio formó parte del grupo nombrado y participó intensamente y con muy buenos resultados en cuanta tarea le fue encomendada. Por otro lado, como autor, en esta misma serie publicó un tomo de poesía, *Intima fauna*, y, dentro de los Cuadernos de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias, las *Narraciones tzeltales de Chiapas*, considerados ambos volúmenes como sólidos logros en sus respectivos campos.

Como toda labor cultural cuya base económica depende de las autoridades gubernamentales, es frecuente –más bien constante– que al cambiar un gobernador quien lo suceda no comparta los intereses del anterior y por lo mismo no incremente lo ya hecho. En el menos grave de los casos le permite

subsistir precariamente. Así, en un mero subsistir, la tarea editorial de la UV pasó uno que otro lustro de muy reducido movimiento, y la salvó de la muerte su propio acervo y el hecho de que a partir de 1979 las autoridades decidieran recien-
mentar dicha actividad, propósito que los nuevos directivos han conservado hasta el presente año no obstante que, en todos los centros de altos estudios y dependencias culturales, los medios económicos con que contaban para sus labores han sido reducidos en proporción alarmante, por la crisis que atraviesa el país en la actualidad.

En estos tiempos difíciles, aunque sea a un ritmo menor, nuestras publicaciones no han sido interrumpidas. En este lapso –en la serie Ficción– se han publicado doce nuevos títulos y se han reeditado seis –incluyendo el presente–, tres de los cuales a partir de este 1983 sirven de texto de literatura en numerosos centros de estudios de la capital.

Estos recientes éxitos son el producto de la continuidad de una tarea que, como dijimos al principio, se debe a la perseverancia de un grupo en el que Carlo Antonio Castro ocupa un prominente sitio. Él es de los pocos que permanecieron en la institución y quien continuamente ha prestado sus servicios a la editorial a la par que cumple con sus tareas como catedrático e investigador de nuestro establecimiento.

Entre sus primeros cursos destacan los que impartió sobre: Antropología Económica, Historia de la Lengua Castellana, Pedagogía Social y Filosofía del Lenguaje. Fue el fundador de la carrera de Lingüística, director de la Escuela de Antropología, de un taller de Poesía y de una serie de sesiones de Crítica Literaria, y entre las numerosas disciplinas que ha impartido cabe también descollar los cursos referentes a Gramática Comparada de las Lenguas Mayances, Lingüística

Africana, Lingüística Indoeuropea y Lenguas Tonaes. A través de más de doscientos cursos semestrales ha formado a incontables alumnos. Es autor de más de quince títulos dentro de los campos de la lingüística, la antropología y las letras y ha escrito un sinnúmero de ensayos, artículos y reseñas. Ha sido uno de los principales colaboradores de la revista *La Palabra y el Hombre* (a cuyo Consejo Editorial pertenece), y su labor en las traducciones es muy valiosa también.

Con la reedición de *Los hombres verdaderos*, la Editorial de la Universidad Veracruzana rinde homenaje a este infatigable constructor intelectual: Carlo Antonio Castro –ejemplo inusitado– quien ha sido pilar de una extensa labor cultural cuyas raíces están en Jalapa, y sus ramas y frutos por todo el país.

Una novela de recreación antropológica

ROBERTO WILLIAMS GARCÍA

Los hombres verdaderos es, hasta la fecha,¹ la única novela que capta la intimidad de un grupo indígena. Es cierto que *El indio* habla de nuestro aborigen, pero narra desde el exterior las impresiones que dejaron en Gregorio López y Fuentes varias escenas de distintas regiones, con las cuales dio unidad a su libro. Miró al indio según lo siente el mestizo, de manera que el nativo quedó estacionario, estático, como un ídolo, sin palpitaciones; y es necesario interpretarlo y, sobre todo, tener el ánimo dispuesto a sentirlo. En cambio, Carlo Antonio Castro transpuso el muro de la incompreensión gracias al aprendizaje previo de la lengua tzeltal y se convirtió en el transcriptor de las emociones y vivencias de un indígena de un paraje del pueblo Oxchuc, en los Altos de Chiapas. Su inmersión en el idioma le permitió sacar a flote un documento donde habla el indígena, donde se expresa cabalmente su mundo, su paraje, y las relaciones con el exterior. Tiene, con respecto a la obra de Ricardo Pozas, sin enjuiciar

¹ *América Indígena*, vol. xx, núm. 3, julio de 1960. Tal afirmación es todavía válida en 1983.

sus respectivas calidades, la ventaja de que no se trata de un indígena que narra su vida en castellano, sino en su propio idioma; por lo tanto, la obra resulta fresca, como vegetación matutina.

Los hombres verdaderos tiene valor literario (como novela de recreación antropológica) y valor etnológico (como historia de vida), y esto se debe a hechos que es preciso señalar. Castro desplegó su actividad como antropólogo lingüista adscrito al Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil, con sede en San Cristóbal de las Casas, y llegó a conocer profunda y prácticamente el idioma tzeltal, hasta el grado de que le fue posible enseñar en esa lengua a los alumnos del internado establecido en la ciudad mencionada, al mismo tiempo que dirigía un periódico bilingüe² famoso en la región. Ello le permitió a Castro el recrear en la lengua nacional las expresiones propias del lenguaje indígena. Las referencias al tiempo son metafóricas: “la luna hizo cuentas varias veces”, “siete días se escondieron”; “el momento en que el sol se queda en los cabellos”. Los cohetes son “varas que ladran al cielo”, del tigre se expresa que “su piel era hermosa, igual que el cielo estrellado”; conocer la verdad es “acercarse al corazón”. Son expresiones éstas de

² La experiencia tzeltal de Castro queda consignada en las obras: *¡Hablemos en tzeltal!* Lecciones prácticas de conversación en lengua tzeltal, tres cuadernos, INI, 1955; *Versión tzeltal del Himno Nacional Mexicano*, INI, 1955; “La lingüística en el Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil”, *América Indígena*, XVI, 1956, pp. 139-158; *Cuentos populares tzeltales*, INI, 1957; “Literatura oral de los tzeltales”, *La Palabra y el Hombre*, enero-marzo de 1961; *Narraciones tzeltales de Chiapas*, UV, 1965, etc. La colección de artículos bilingües publicados en la revista *Sk'oplal te Mejikolum* (17 números: 1956-1957) también se debe a su actividad.

ensueño literario, que al mismo contexto idiomático proporciona. Otras veces, el lector obtiene inadvertidamente el significado: “el camino de la helada”, por la Vía Láctea, “¿qué dice tu corazón?”, por ¿cómo estás?, “el ave madre”, por gallina.

PERSONAJES DEL MUNDO INDÍGENA

Los personajes hablan en tzeltal y son comprendidos en español por el lector. La manida técnica de hacer hablar a los indígenas mediante un castellano desfigurado, que representa lo que algún autor se imagina dialecto regional, no se encuentra en *Los hombres verdaderos*, y es lo que da a esta obra, en lo lingüístico, una mayor propiedad y un mejor ambiente. Las veces que el contacto personal entre el indio y el ladino hacen necesario el uso de un español chiapaneco —muy contadas, por cierto—, Castro emplea el *voseo* o un tratamiento más general, el de *usted*, según la ocasión, acorde a lo que la sociología del idioma en los Altos de Chiapas le sugiere al autor. Cuando los personajes hablan en tzeltal, usan el *tú* para la segunda persona del singular, ya que, semánticamente, es éste el vocablo más apropiado: el voseo es un fenómeno dialectal del castellano, no del tzeltal. En fin, como texto literario, *Los hombres verdaderos* se halla más cerca de las traducciones del *Popol Vuh* que se presentan con la requerida dignidad, y de las traducciones de poemas clásicos de la lengua náhuatl, que de los cuentos y novelas indigenistas donde todo indio tiene, forzosamente, que hablar mal, por expresarse siempre en castellano. Se comprende que si un indígena habla en su lengua nativa estará haciéndolo de acuerdo a los patrones de su propia comunidad de habla: bien.

Lo anterior se refiere al aspecto formal; nos interesa, asimismo, el contenido. Castro ha investigado una historia de vida, la biografía de un indígena, y, con todo acierto, la combina con las leyendas y mitos recogidos en la zona, convencido del inmenso valor que estas narraciones tienen en el proceso de endoculturación. Lleva al lector a convivir, a compartir con “los hombres verdaderos” (nombre que los tzeltales se dan a sí mismos), su mágico mundo. Ese acercamiento es importante porque manifiesta la conformación que opera en el niño indígena, cuyos sentidos se abren al mundo sobrenatural, conformación distinta de la del niño urbano. El cuadro de la edad infantil queda completado con las historias acerca de los animales, esos compañeros del hombre, coprotagonistas de sus más viejas fábulas. Después vienen los tránsitos del adolescente, los del hombre joven, los del hombre que se acerca a la edad adulta. Sus encuentros con los indígenas de otros grupos lingüísticos y con el ladino dan la idea del mosaico cultural chiapaneco, y termina la obra con la noticia del advenimiento del indigenismo en la región de Los Altos, que hace presentir la posibilidad de una segunda parte de la obra. El indígena biografiado queda a la expectativa, pero para el lector el objetivo ha sido ya alcanzado: la descripción de la vida de los hombres verdaderos; el lector se ha acercado al paraje, a la casa, al paisaje, a la cultura de los tzeltales.

IMAGEN DE LA CULTURA INDÍGENA

Resulta importante conocer la cultura descrita: los patrones establecidos en el tratamiento, las formas del matrimonio, las curaciones, los acontecimientos de los parajes, la auto-

dependencia del adolescente en ciertos aspectos; pero más importante es la descripción del contacto con el mundo exterior. Entre el universo del paraje y el universo externo va desarrollándose el hilo del relato. El biografiado trabaja en tres ocasiones en las fincas. Durante la primera se presenta una situación dolorosa; durante la segunda obtiene algunas ventajas y el trabajo es menos agobiante. Parece que el autor quisiera describir los cambios que se suscitan también en el ladino, no tanto en su tratamiento personal con respecto al tzeltal, sino en lo que toca a la explotación que se realiza en las fincas cafetaleras. Del tercer contacto, el indígena conserva recuerdos afectuosos del patrón, con lo cual se consigue dar la sensación de la variedad de caracteres de los ladinos.

También se refleja la actuación variada de los directores de los Internados de Capacitación Indígena, donde se castellanizan los adolescentes y donde los mismos obtienen mayores conocimientos acerca del mundo externo al paraje. Resplandece la actuación positiva de los directores de internados que no han comerciado con su cargo, pero al mismo tiempo queda patente el descastamiento que sufren algunos tzeltales, los que zahieren a sus mismos compañeros recién ingresados que no hablan en la lengua castellana, actitud que tiene como causa la devalorización que desde las escuelas establecidas en los parajes realizan los maestros no indigenistas, donde, por ejemplo, se ofrecía como premio a los alumnos aplicados un pantalón; conducta de maestros acorde con las disposiciones de incorporación rápida y veloz de los indígenas, y que necesitan ser mejor balanceadas para que el maestro entienda que el bilingüismo no es perjudicial, y que el indio comprenda que sus raíces son elogiadas pero que tie-

nen nuevos horizontes qué alcanzar dentro de un equilibrio social más conveniente. La descripción, repito, tiene la ventaja de ser objetiva, apegada a las experiencias e impresiones del tzeltal biografiado.

La obra de Castro, por su fondo etnográfico, proporciona también datos a los estudiosos etnólogos. En el mito de la creación del sol, la luna es la madre, el detalle de importancia para los tradicionalistas que establecen una etapa matriarcal anterior al imperio del sol, pero que no surte efectos en otras regiones del país, en Veracruz particularmente, donde ambos astros son masculinos, según la concepción de los mitos autóctonos. Entre los tzeltales el pequeño legañoso, el benjamín, llega a ser el nuevo sol cuando se introduce en el astro de hueco metal que ya existía, recuerdo muy estropeado de la leyenda de los soles, pero que demuestra la extensión que tuvo. El sol promete a su madre hacerle trece escalas para facilitarle su acceso al cielo, a su lado: trece escalas que recuerdan el calendario agrícola pero, al mismo tiempo, expresan la pérdida de función de los elementos culturales que por siglos de inactividad quedan sólo rescatados en las leyendas.

Entre las narraciones sobrenaturales del paraje chiapaneco están los recuerdos de una etapa en que los relatos eran más precisos y amplios. El relato sobre el reto entre dos hombres para saber quién tenía el nahual (*lab*) —especie de *alter ego*— más poderoso, para llegar al cielo, hace triunfar al que tenía el colibrí sobre el que tenía el zopilote. Estas dos aves participan en un cuento de la región veracruzana de Chicontepec, donde las dos salen comisionadas del cielo para informar sobre la situación de la tierra después del diluvio, logrando hacerlo el colibrí porque el zopilote se dedicó a

devorar carroña.³ En los relatos queda manifiesta la categoría del colibrí como ave divina, íntimamente conectada, con el antiguo dios Huitzilopochtli. Los tzeltales y los mexicanos no tienen idea del Colibrí-Zurdo, pero sus relatos abren el sendero para comprender por qué el dios antiguo está asociado con el pájaro diminuto.

Otro dato importante para los estudios etnológicos es el relato acerca del *'ijk'al*, el negro, quien en los viejos tiempos era temido y a quien se dedicaba, inclusive, un día, el de San Andrés, para su fiesta. La particularidad es el corte de cabezas para cimientó. De la Fuente, en sus "Notas sobre el folklore de los Altos",⁴ concluye que el mencionado sobrenatural "parece derivarse de negros de los Altos y las comarcas aledañas, donde fueron posiblemente más numerosos de lo que comúnmente se supone", y en su nota 12 hace referencia a los dioses negros concebidos por los mayas, entre ellos *Ej Chuah*, deidad de la guerra, de los comerciantes viajeros y del cacao. Es interesante la asociación "negro" y "decapitación" porque entre los mazatecos de Nuevo Ichcatlán, Ver.,⁵ hay un llamado Brujo Mondongo, donde está presente lo negro por el apellido, y por la asociación de cabeza, ya que también recibe el nombre de Brujo Cabeza. El mismo par "negro-cabeza" sigue incitando a la búsqueda de una población negra prehispánica. Nuestra afirmación se basa, además, en que tal

³ *Tres cuentos mexicanos: Eyi sanili*; recopilador: Roberto Williams García, Jalapa, Ver., 1955.

⁴ "Notas sobre el folklore de los Altos", por Julio de la Fuente, *Estela Cultural*, núm. 29, octubre de 1959, Jalapa, Ver.

⁵ *Nuevo Ichcatlán*. Informe. Archivo del Instituto de Antropología. Roberto Williams García. Jalapa, Ver., 1957.

relato pertenece a la región que va desde el sur de Veracruz hasta Chiapas, pues aunque Nuevo Ichcatlán es una población reciente, en los llanos de población mestiza veracruzana está la idea del Brujo Cabeza a través de una bola de lumbre llamada luz de los llanos. Por otra parte, en el territorio de referencia floreció una cultura monolítica, en la que se destacó la escultura de cabezas colosales. La correspondencia en distribución geográfica, en esculturas y en relatos nos lleva a postular la presencia de una población negra en épocas prehispánicas.

Todo lo anterior hemos pensado durante la lectura de *Los hombres verdaderos*, por los datos que en el libro se nos ofrecen, de manera que, en síntesis, la obra de Castro es un manantial de datos etnográficos, es una expresión del pensamiento, lenguaje, emociones y experiencias de los tzeltales, pero, sobre todo, es una obra única que ha captado la *intimidad* de la vida indígena.

Prólogo a la tercera edición

RAÚL HERNÁNDEZ VIVEROS

En julio 1997 la revista *Cultura de Veracruz* dedicó un número a la “Constancia de Carlo Antonio Castro”. Ello en razón de la necesidad de reconocer, de manera perdurable, la labor persistente y cotidiana de un maestro que se dedicó durante más de cuarenta años a colaborar en la construcción de la Universidad Veracruzana. En esta tarea aportó frutos variados a la cultura veracruzana y mexicana en general, con sostenido interés en las ciencias sociales y en las humanidades. Se hacía pues necesario recuperar y plasmar los testimonios de distinguidos ex alumnos y colegas del maestro Castro, surgidos con motivo del homenaje que —a iniciativa de *Punto y Aparte*, dirigido por Froylán Flores Cancela— se le rindió en julio de 1996, con motivo de haberse cumplido en aquel año la séptima década del nacimiento del antropólogo, escritor y poeta arraigado durante medio siglo en el suelo y en la cultura de Veracruz.

Carlo Antonio Castro se formó profesionalmente como etnólogo, lingüista y antropólogo social en la ENAH y la UNAM. Fue investigador en el INI, y desde el Centro Coordinador Tzeltal-Tzotzil se dedicó con ahínco a la lingüística aplicada (Chiapas le concedió su máxima condecoración: el Premio

Chiapas en la Ciencia, 1988). Fue profesor en lengua tzetal en San Cristóbal de las Casas y publicó el órgano mensual *Sk'oplalte Mejikolum* ("La Palabra de México"), en tzetal y en castellano. Hacia fines de 1957 se estableció en Xalapa para colaborar en la Escuela de Antropología de la UV, donde ha permanecido y realizado una labor incesante.

Aparte de sus propios libros, resultado de sus investigaciones, y de los que ha vertido de otros idiomas al castellano, Carlo Antonio Castro ha colaborado asiduamente con las publicaciones universitarias. Especialmente notable es su presencia en *La Palabra y el Hombre* como ensayista y traductor en los campos de la etnología, lingüística, literatura, testimonios y literatura oral. Su trabajo editorial es vasto, y notable el papel que ha tenido en la búsqueda poética como creador y recreador. Sus versiones poéticas y en prosa le han valido reconocimientos editoriales, de especialistas y de los propios autores vertidos.

En *La Palabra y el Hombre* apareció una de sus principales composiciones, "Torre de Silencio", su poemario *En busca del cometa perdido*, así como su versión de "Der Panther", de Rainer Maria Rilke. Con Tsubura-san tradujo la antología *Kokinshū, siglo X, Flor de antigua poesía japonesa*, que años después reeditó la UV en su colección Ficción, donde aparece también su poemario *Íntima fauna*, 1962. Sus ensayos antropológicos y lingüísticos, historias de vida y reseñas son innumerables, entre ellos pueden mencionarse: "Semántica del Tlacuache"; "Metáfora de la mano"; "Che Ndu, ejidatario chinanteco"; "Lupe, la de Altotonga" y "Rosendo, muchacho de Tlachichilco".

Asimismo en *La Palabra y el Hombre* ofreció: "Libro de nuestro abuelo Tlacuatzin", "Literatura oral de los tzeltales" y el cuento "Viejo Pez". En 1965, publicó su versión castellana de las memorias de Lini M. De Vries, *España 1937*.

Tradujo y editó las *Narraciones tzeltales de Chiapas*, estudio de la tradición oral de ese grupo mayance.

En 1959 entregó *Los hombres verdaderos* para su primera edición en Ficción. Esta obra es un documento sobre los tzeltales, que inicialmente preparó en el “idioma verdadero”, *bat-s'il k'op*, y recreó después novelísticamente en castellano. En 1983 apareció la segunda edición, con prólogo de Sergio Galindo, presentación de Roberto Williams García (ambos textos se reproducen en la presente edición). Para Román Güemes Jiménez, en *Los hombres verdaderos*

... se reconoce el empleo de la lengua como un medio en que se aspira a descifrar al individuo para conocer su universo. Porque la lengua nombra las cosas. Lengua y cosas constituyen dos universos que son interpretados por una imaginación, por una memoria, es decir, por un mismo pueblo cargado de vida cotidiana, historia y cosmogonía. Es así como observamos que el aprendizaje de la lengua y el conocimiento del uso correcto de un idioma tienen el propósito de conocer, revalorar y difundir la capacidad creadora del hombre.¹

Los hombres verdaderos, entre otras historias de vida que ejemplifican la existencia de un “hombre verdadero” en situación intercultural, tiene su origen en una infinidad de informes breves en tzeltal, obtenidos mientras Carlo Antonio Castro cumplía tareas de investigación en Chiapas hacia 1958. La novela pronto obtuvo entusiasta acogida de la crítica literaria; mereció comentarios y reseñas de Angel María Garibay, María Elvira Bermúdez, Carlo

¹ *Cultura de Veracruz*, núm. 15, julio de 1997.

Coccioli, Salvador Reyes Nevares, Demetrio Aguilera Malta, Rubén Salazar Mallén y César Rodríguez Chicharro, entre otros.

Entre 1981 y 1986, la UNAM publicó una aproximación antropológica al grupo tojolabal, también de Chiapas, en cuatro volúmenes, con el título *Los legítimos hombres*. Mario Humberto Ruz, su editor, tradujo así la expresión tojolabal *tojol winik' otik* que expresa exactamente lo mismo que la traducida del tzeltal como “hombres verdaderos”. Por lo cual, Ruz afinó la cuestión usando “legítimos”, para salvaguardar las cuestiones éticas y las referidas a derechos de autor.

Desde la aparición del movimiento insurgente en Chiapas, a partir del primero de enero de 1994, en diversos comunicados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional comenzó a utilizarse la expresión “los hombres verdaderos” del sur de México, que como quedó anotado proviene del tzeltal y es una afirmación positiva de la personalidad social del grupo indígena, la que además encuentra su equivalente en otras etnias americanas.

Con la novela *Los hombres verdaderos*, Carlo Antonio Castro ofrece un vislumbre de la esencia de una de las etnias de Chiapas, recreando aspectos asombrosos. El personaje central desde la edad de cuatro años informa de sus actividades en el seno familiar, y antes de abandonar el lugar de origen describe el mundo que lo rodea. Desde su original visión, restituye las cosas e imágenes que descubre durante su recorrido, en una perspectiva desde el interior hacia el exterior de su existencia. A la vista del antropólogo se aúna la inmensa escritura de Carlo Antonio Castro. Sus observaciones están documentadas por cada uno de los fragmentos de la memoria del diario de campo.

Una búsqueda fundamental del autor parece vincularse con la sentencia de George Steiner: “Toda gran literatura brota de *le dur désir de durer*, de las toscas estrategias del

espíritu contra la muerte, de la esperanza de derrotar el tiempo con la fuerza de la creación”.² Su labor borda en torno de la cristalización del tiempo de la conciencia en el recorrido que revela los sentidos ocultos de la creación humana. El viaje hacia el interior de cada uno de nosotros para abordar el desentrañamiento de los mensajes y señales, símbolos e imágenes, rituales y creencias que se tienen sobre la realidad.

Gracias a su aliento poético, *Los hombres verdaderos* ilumina el viaje a las profundidades del espíritu humano, hasta llegar a la creación de las palabras que describen un interesante modo de estar y ser en el tiempo. Como advierte Alberto Espejo, en esta obra

... se entretajan mitos, creencias, prácticas mágicas, historias y testimonios de aculturación, ritos y ceremonias de petición de boda, medicina y brujería, reglas de autoridad, etc., para contar el viaje que realiza un niño que va creciendo y al que le ocurren diversas experiencias en sus idas y venidas.³

Por su parte, Martin Lienhard, casi al final de su valioso estudio, afirma sobre esta obra:

A partir de toda la riqueza de su conocimiento antropológico, especialmente lingüístico-literario, Castro elaboró un discurso indígena verosímil en su contexto, moldeado en unas imágenes y una sintaxis que trasladan al texto en español las particularidades de una percepción supuestamente tzeltal.⁴

² *La Palabra y el Hombre*, núm. 44, octubre-diciembre 1967.

³ *Cultura de Veracruz*, núm. 15, Julio de 1997.

⁴ *La voz y su huella*, Casa de las Américas, La Habana, Cuba, 1990.

Dichos recursos literarios permitieron la construcción de un puente entre dos lenguas. Este acercamiento tejió las redes entre el traductor y la historia de vida, la imagen y el ambiente de Oxchuc, que registraron el análisis social y cultural. El filón autobiográfico de uno de los “hombres verdaderos” se advierte en las profundidades de la etnoficción. A través de las palabras finalmente se devela la vida de un grupo de indios de Chiapas, es decir, se transmite un mundo que, de otra manera, no tendríamos el privilegio de al menos vislumbrar.

Carlo Antonio Castro, con amplio conocimiento del trabajo técnico de la narración, supo insuflar vida propia a sus personajes y la novela logra plasmar el rico ambiente de la cultura tzeltal. Con un lenguaje pleno de fantasía pero bajo la óptica del antropólogo, se va develando la cosmovisión y el papel que a sí mismo se adjudica un grupo indígena que hasta nuestros días sobrevive entre la marginación, la adversidad y la injusticia social. Sin embargo, su identidad perdura plena de creatividad, gracias a su enorme fuerza de voluntad y a su resistencia. En la actualidad el viaje continúa detrás de las huellas y las enseñanzas de los “hombres verdaderos”.

Los hombres verdaderos

*A mi padre, José Cipriano Castro (1895-1958),
quien me enseñó a respetar a los humildes,
los despojados y los ofendidos,
con perenne devoción*

*A Roberto J. Weitlaner (1883-1968),
maestro de antropólogos,
en su centenario, cordialmente*

*Jich yu 'ún te biřil ay lajel ta balumilal ta
sbajt'el k'inal ma xtalotix, sok ma xcha'kuxotik
tel xujt'uk, te manchuk ok'ok te.*

Jme'tiké ay cha'kuxel te jichuké

Por eso hay muerte eterna en el mundo,
ya no regresamos nunca, y jamás resucitamos;
si nuestra Madre no hubiera llorado podríamos revivir.

Palabras de los hombres verdaderos

Las palabras tzeltales que aparecen en esta obra siguen las reglas de la escritura práctica del idioma correspondiente. El signo ' representa una oclusión de las cuerdas vocales ("saltillo"); la *x* tiene el mismo sonido que en el vocablo mexicano *xola* (ch francesa). La pluralización se hace en tzeltal, generalmente, en *-etik*. Los plurales de *bankil*, "hermano mayor", *chapomal*, "pariente" y *kaxlán*, "ladino", se han castellanizado en el texto con la terminación *-es*. El acento ortográfico se emplea en tzeltal, para los fines de este escrito, conforme a las mismas convenciones de la lengua hispanoamericana.

CUANDO supe pensar, era mi edad la de cuatro años; así, como borracho, lo miré todo. ¡Las serranías...!: me extrañaba de los cerros cuando los veía a lo lejos... Azules las montañas, los valles y la extensión del cielo.

Y también mis padres, todo lo que hay en la curva divina, *ch'ulchán*, me mostraban:

—El sol es un dios... —me decía mi padre—. Nuestro Señor que está en el cielo; el que nos da la vida.

Y me decía otra vez:

—La luna es nuestra Madre Divina, *ch'ul me'tik*, la que se llama 'u...

—Las estrellas son velas que están ardiendo en el cielo —me contaba mi madre.

Y mi abuelo, de quien era hijo mi *tat*:

—Allá están las raíces del cielo. No debe jamás el hombre verdadero señalar a su Madre con el dedo, pues se agosta su sementera; tampoco indicará al sol, nuestro Padre: su mano se pudriría sin remedio...

Entonces vi que mi padre sabía *pulsar*.

Quien estaba enfermo lo llamaba: daba la explicación, por medio de la sangre, de los delitos, expulsándolos después. Las venas hablaban con él...

Y sabía también llamar a los espantos, según miré que lo hacía: primero adornaba la cruz de aquél cuya alma estaba espantada; luego pasaba a presencia de la cruz, preparada ya.

Al sentarse con el enfermo, batía la *hierba de espanto* en una pequeña jícara. Esa era la medicina: lista, tras el rezo a cuantos santos hay en los alrededores del mundo, la daba a la persona que sufría. Su primera oración era para el patrono de Oxchuc, mi pueblo. Santo Tomás, que es nuestro santo, se sienta en medio del cielo, en el propio ombligo del mundo.

Y salía mi padre hacia otras aldeas, como Jobel, la de los grandes zacatales, donde se sienta San Cristóbal, patrono del lugar; y se veía también a mi padre en San Bartolo, sitio dedicado al santo que le presta su nombre.

Y lo mismo que en el nuestro, se hacía en los demás pueblos. El enfermo se sentaba, esperando a que el curandero rezara a los dioses. Terminada la plegaria, mi padre barría con flores todo el cuerpo grave, y así sanaba quien había encontrado a la enfermedad.

Muchos secretos sabía mi *tat*. Pero no el de contentar a mi abuelo, mi viejo *mam*, padre suyo, siempre enojado con él debido a las borracheras en que el hijo vivía y gastaba todo: los regalos que le hacían como pago por sus curaciones, los dineros que conseguía, y los productos de la tierra, abandonada por sus brazos, apenas labrada por mi débil *mam*. En busca de aguardiente llegó mi padre, una vez, hasta Comitán. Trató de serenar la rabia de su *tat*, trayéndole naranjas:

—Es que fui a conseguírtelas... —le dijo.

Mi madre me contaba las cosas pasadas:

—Era yo una niña de diez años —me platicó un día—, cuando se quebró, detrás de las montañas más distantes, un volcán. Amanecía... y empezó a oírse el trueno: era como cientos de *sibak'* que estallaran al mismo tiempo.

Así dijo, y dijo más:

—A las doce del día, llovió sobre nuestro paraje de Pachtoniljá. No era agua, sino polvo. Y hablaron mis padres: “¡Vámonos a nuestro pueblo de Oxchuc, que ya viene el castigo del *tata* Dios, ya vamos a morirnos!”

Y mi madre, entonces muchachita, se quedó abandonada, cuidando la choza, mientras mis abuelos maternos se emborrachaban en el pueblo para no darse cuenta de cómo y cuándo morirían; ese fue el motivo de su ida a Oxchuc: ¡olvidarse de todo!

Y el volcán siguió quemándose. Y mi madre, entristeciéndose durante dos días. Hubo un momento en que cielo y tierra quedaron a oscuras, y el polvo llenaba las profundidades del terreno. El sol no se veía más; la gente de Oxchuc encontraba el agua del llanto. Al tercer día se calmó el aire; todos se contentaron...

Las palabras de mi madre eran tristes: sacaban la verdad del corazón.

Muchos niños, *keremetik*, nos reuníamos para jugar; casi todos éramos hijos de los hijos de mi abuelo paterno. En el monte, hacíamos trampas para las ratas. Una de ellas, la que se nombra *ts'ej*, es grande y sabrosa. La buscábamos con interés. En cambio, a los pequeños ratones caseros, *ch'o*, apenas les poníamos atención.

Los *keremetik* no respetan la palabra de los padres; desobedecen las órdenes que reciben. Así éramos nosotros: tal

cual si fuera de noche, no los veíamos, no los escuchábamos. Hacíamos de cuenta que no teníamos padres, que éstos ya no estaban sobre la tierra. Y nos emborrachábamos de monte.

Algunos, los más grandecitos, algo sabían de los *chambalametik*, los animales. Y les gustaba penetrar en el oído de los más pequeños:

—Por aquí pasó el jabalí... Iba rápido porque éste no es su terreno: el hambre lo hizo venir a las sementeras.

Y la plática se trenzaba sin abandonar ya al *wamal chitam*, pariente del puerco, al que sólo se nombra *chitam*.

—Hay dos colores de jabalíes: los grises y los rojos. El gris es el de nuestras tierras frías; el rojo es el de las tierras calientes. El primero jamás se acostumbra a las partes bajas ni el segundo a las altas. El jabalí gris es cobarde, se deja arrear por el perro; el rojo se revuelve en círculos contra el enemigo, y lo mata... Es peligroso, pero su carne es vida y sus huesos tienen la virtud de curar; su cuero abriga al caminante, protegiéndolo de la lluvia.

Deseosos de aprender y de enseñar, seguíamos hablando.

—Hay un *wamal chitam* que sopla el pedo en medio de su espinazo. Bravo, hace un ruido como de terremoto, muy raro...

—En ocasiones se juntan diez o quince...

—Mi papá los vio una vez así; tuvo que subirse a un árbol.

—¿Y qué más?

—Pues, sucedió que... ¡Cuidado! ¡Allí está una culebra...!

Los cazadores de los otros tiempos mataban a los animales con arco y flechas. Durante nuestra niñez, aún lo hacían así algunos de ellos, quienes, por ser pobres, no podían conseguirse una escopeta.

Nosotros, los niños, los imitábamos. Hacíamos arcos de palo y a las flechitas les poníamos punta de maguey o de pita, aprovechando las espinas más grandes. Y perseguíamos a los pájaros: *tun-tserek*, el carpintero, y *jex*, el azulejo, eran nuestro tiro preferido, aunque rara vez podíamos sentir el peso de sus plumas.

Nos imaginábamos que los pequeños pájaros eran animales mayores. Chica o grande, la presa no quería alegrarnos. Al encontrar un ave muerta, resto tal vez de la comida del gato de monte, tirábamos nuestras flechas sobre el cadáver y celebrábamos la victoria. Hasta que un día...

No fue en el monte, sino junto a la casa.

Fingimos que una gallina clueca, de una de nuestras madres, era venado. ¡Y le disparamos las flechas! Y como habíamos convenido en que el arco de palo era, además, escopeta, llovieron los golpes sobre *me 'mut*, la que protege a los pollos.

Sin mucho ruido murió aquel “venado”; éramos cuatro nosotros: dos monteros y dos cazadores... Lo esperamos en el sendero, como hacían nuestros padres cuando tapaban el camino. No nos dimos cuenta, al matar a la gallina, de que hacíamos algo malo; pero después pensamos y decidimos esconderla. Compasivos, dijimos:

—... para que no se la coma el buitre...

Así quedamos conformes.

La tiramos en una cavidad.

Poco a poco se enteraron del secreto nuestras madres. Aquella gallina estaba acostumbrada a recibir su comida todos los días. Picoteaba alegremente el maíz mientras los ojos de la dueña la saludaban. Y eso ya no pudo hacerse...

La señora se extrañó primero:

—¡*Xuk, xuk, xuk!*

Llamó a la madre de los pollitos.

Después lo comentó con las demás señoras. Luego comenzaron a preguntarnos. Cada madre se dirigió a su hijo:

—¿Dónde está la gallina?

—¿Es que la mataron?

—¿Sabes algo?

—¿Fuiste tú?

—Quien diga la verdad se salvará de los azotes...

Y fue el más chico entre nosotros, quien habló.

Tuvo miedo. Lloró. Llevó a las señoras a la cueva. Tras una junta de tlacuaches, sólo huesitos y plumas podían acusarnos. Y, sin embargo, era bastante: tuvimos que confesar nuestro delito.

Fue durante la comida, en cada una de las casas. A mí me dieron una *rosina* de cuerazos: ¡doce golpes me llevé! y me quitaron la sal de mi alimento; y sólo una tortilla, casi helada, me dieron.

Pero esa misma tarde nos juntamos, los *keremetik*, para hablar acerca de *chij*, el venado.

Y la plática, acicateada por el recuerdo de los golpes recibidos, corrió de boca en oído, de oído en labio:

—¿Qué hace en la tierra el venado?

—Viene a mostrar su pelaje y su hermoso hocico; todo su cuerpo es elegante. *Muk'ul chij* es el venado grande: su color es gris, su barriga es blanca. Tiene las pezuñas partidas y tan filosas como el mejor cuchillo...

—Y los venaditos son pintos; según crecen dejan caer sus manchas. El cervatillo, aquel cuyas piernas están tiernas, es muy lindo, bebe leche y saborea la hierba...

—Pero los grandes viven comiéndose las ramitas y las hojas de las plantas. Gustan del frijol, del rábano y del chile,

acabando con todo lo que cultiva el hombre verdadero; es hermoso, mas causa muchos perjuicios.

—¿Y su carne? Es rica y jugosa... Del cuero curtido se hacen las bolsas que llevan nuestras autoridades del cabildo.

—Y en sus huesos labramos las sonajas que acompañan al arpa y a la guitarra en el baile de los pueblos.

—Los viejos usaban sus cuernos para realizar el corte, la cosecha. Hoy sirven como percha, para colgar redes y escopeta. Quienes no tienen petate, usan su cuero para dormir.

El mayor entre nosotros, quien más había oído, agregó algo que aún no podíamos entender:

—Mi más grande hermano, mi *bankil*, dice que nuestros antiguos padres contaban la plática del venado y la mujer; que el animal quiso acercarse a ella y le levantó la enagua, su *tsek*. Es por eso que hoy, por haber metido la cabeza debajo de aquella ropa, cambia, según pasa cada año, de cuernos: ¡se los quemó el calor de la mujer!

Y de nuestras pláticas, como si en vez de repartir palabras ofreciéramos *agua florida*, como si el aguardiente nos ocultara los ojos pero nos lavara la cabeza, así, mareados, íbamos acercándonos a la tierra, conociéndola, siempre nueva y con vértigo, y acercándonos también a los que estaban sobre ella, hombres, animales, plantas; moviéndonos con cada otra palabra, con cada idea recién venida, recién bebida. Uno a uno nos hacíamos parte de la voz de padres y de abuelos, de tíos paternos y de tíos maternos.

Y nuestras lenguas se aproximaban más al mundo.

MI ABUELO paterno sabía las palabras viejas. Y le gustaba írme-las dando, poco a poco, para que no dejara de entenderlas. En ese tiempo lejano me contó mi abuelito la historia del sol.

El sol tenía dos hermanos, trabajadores del campo. El pequeño *xutil*, hermanito menor, era el sol, quien aún no sabía trabajar pero ya acompañaba a sus laboriosos parientes.

Cuando ambos iban a su quehacer por la mañana, le decían al pequeño:

—¡Vámonos al trabajo, *xutil* ojos legañosos!

—Vámonos, pues, hermanos —respondía éste.

Y después, al llegar a su milpa, los hermanos mayores se decían entre sí:

—¿Qué vamos a hacer con el chiquillo legañoso?

Y uno de ellos:

—Lo mejor será soltarlo en una hondonada para que se muera...

—Está bien lo que has pensado; hoy mismo, por la tarde, lo dejaremos en la barranca.

Ignoraba el pequeño dicha trama, y estaba muy contento, jugando solito, donde sus hermanos trabajaban. Entró la tarde. Llamaron al chiquillo:

—¡Ven acá, pequeño legañoso —dijeron—, aquí hay algo!

—El muchachito se acercó.

—¡Mira esto!

Cuando se asomó, los hermanos mayores lo empujaron. Cayó al fondo. Atardeció y los *bankiles* se fueron para su casa. Al llegar, les preguntó la Luna, su madre:

—¿Dónde dejaron a su hermanito?

Así dijo la señora. Contestaron los dos mayores:

—¿No ha llegado el legañoso? Hoy mismo desapareció del lugar en que trabajábamos...

—¿Acaso lo mataron? —les interrogó su madre, la Luna.

—¿Para qué?... Por ahí, poco a poco, vendrá el legañoso.

Después vino el *xutil*. Estaba muy triste. Le preguntó su progenitora.

—¿Qué pasó, que no llegaste junto con tus hermanos mayores?

—Mamá, te diré lo que me hicieron mis *bankiles*: me tiraron al barranco, por eso me quedé —dijo el *xutil*.

Contestó la señora:

—No vuelvo a dejar que los acompañes, pues no te quieren mucho.

Dijo así la madre Luna.

Al día siguiente, se fueron a trabajar los más grandes. El hermanito se quedó en casa:

—*Nana* —le dijo a su madre— me voy donde están trabajando mis *bankiles*.

—¿Qué vas a hacer? ¡Tus hermanos van a molestarte! —dijo ella, contrariada.

Se fue el *xutil*, siguiendo a los demás. Al llegar a su presencia, dijo:

—Ya vine.

Comenzaron a regañarlo:

—¿Qué haces aquí, legañoso? —le dijeron a su hermano menor. Volvieron a ponerse de acuerdo para lanzarlo al abismo.

Al atardecer, dijeron los mayores:

—¡Vámonos!

Llamaron a su hermanito:

—¡Andando, legañoso!

Lo llevaron a donde comenzaba la profundidad. El *xutil* ya había pensado en lo que iba a hacer en la sima. Los dos mayores lo agarraron nuevamente y lo tiraron hacia abajo.

Dijo uno de los *bankiles* al otro:

—¡Que se quede tapado! Hagámosle una trampa.

Y comentaron:

—Si sale el *xutil*, morirá en ella.

El pequeño, en el fondo, ideaba cómo evitar su suerte.

Los *bankiles* tomaron el camino de su casa, y el *xutil* se quedó en el hoyo. En ese instante, abandonado el chiquillo, comenzó a hacer un *jalaw*, tepezcuintle, para que éste entrara en la trampa. El *xutil* pudo así salir del abismo; el *jalaw* resultó engañado antes de que el pequeño emergiera por la boca de la cueva. Y el animalillo encontró su fin.

Luego el chico se dirigió a su casa.

Dijo a su madre:

—*Nana*, ¡qué malos son mis hermanos mayores! ¡Me tiraron nuevamente dentro de la cueva! Me pusieron una trampa. Pero un tepezcuintle cayó en ella.

Así dijo el *xutil*, en presencia de su progenitora.
Y al *bakil* mayor:
—Hermano, atrapaste un *jalaw*.
Dijo así su *bankil*:
—¡Mentira tuya, legañoso!
—¡No! ¡Es la verdad lo que te digo! Si tú crees que te miento, ¡mátame! ¡Yo vi al animal dentro!
Dijo el hermano mayor:
—¡Pobrecito...! Si es mentira, ¡cuídate!
Los hermanos fueron a ver la trampa y se admiraron:
—¡Es cierto lo que dices!
Y la madre de los muchachos aconsejó al pequeño:
—Es mejor que no acompañes más a tus hermanos...
Contestaron éstos:
—Si tú crees lo que te dice el legañoso... ¡que él haga tu milpa!

Al otro día se fueron los mayores al trabajo. La madre retuvo al pequeño para que no se uniera a sus hermanos. El *xutil* no quiso quedarse en casa. Dijo:

—Madre, ¿tienes un poco de semilla de algodón, *tux*?

Contestó la Luna:

—¿Para qué la quieres?

El pequeño no respondió a la pregunta, pero recibió lo pedido.

Lejos ya sus hermanos, salió el *xutil*. Llegó hasta ellos y no habló. Bendijo la semilla de algodón, *tux*, que se convirtió en abeja de miel. Vino el atardecer y sus *bankiles* no le habían hablado. Detrás de ellos, regresó el pequeño.

Habló con su madre:

—Aquí estoy, *nana* —le dijo.

—Así veo —respondió aquella.

Y preguntó:

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué viniste solo?

—Porque caminé despacio...

—¡Ah! Bueno...

Muy de mañana comenzó a platicar el *xutil*:

—Hermano —dijo al mayor de todos—, hay una colmena en un árbol.

Y respondió el *bankil*:

—¡No soy tan legañoso que no haya visto nada!

Así dijo. Y nuevamente habló el chiquillo:

—Es cierto, hermano, si piensas que miento, ¡mátame nomás!

Los *bankiles* creyeron lo dicho por el *xutil*:

—Si nos engaña, lo dejaremos otra vez —convinieron.

—Digo la pura verdad —aseguró el pequeño. Salieron de sus casas los hermanos mayores; prepararon las hachas para tumbar el enorme árbol donde estarían los *chinchán*, los insectos. Y el *xutil* fue con ellos.

Preguntaron al chiquillo:

—¿Dónde está la rama de las abejas?

Así dijeron los mayores. Y el menor:

—Este es el árbol... —respondió.

—¡Ah! ¡Allá está! Es verdad... ¿Qué vamos a hacer para derribarlo? —dijo uno.

Y contestó el otro:

—Es mejor que subamos, para cortarlo cerca de la entrada de los panales.

Los mayores subieron, mientras el pequeño se quedó debajo del árbol. Llegaron juntos a la colmena y empezaron a cortar. Cuando hallaron la miel, se pusieron a chuparla.

Dijo el *xutil*:

—¡Hermanos, denme miel a mí también!

Y le contestaron:

—¡Espérate, legñoso! ¿Acaso estamos comiendo nosotros?

Y la primera cera que tiraron fue recogida por el chiquillo.

Nuevamente pidió éste un poco de miel:

—¡Denme también a mí! —dijo, desde el pie del árbol.

Y otra vez le contestaron sus hermanos mayores:

—¡Espérate, legñoso!

El *xutil* estaba haciendo una tuza de la cera; luego la bendijo y la metió bajo tierra para que destrozara las raíces del árbol. Pero, entonces, el roedor mordió un pedazo de carrizo y se le quebraron los dientes, ya que no los tenía macizos. Pudo cortar un tanto de la raíz; los mayores, en la punta del árbol, se dieron cuenta.

Quedaron sorprendidos. Y así hablaron:

—¿Qué es lo que estás haciendo al árbol? ¡Pobre de ti! ¡Ya verás...!

El *xutil* tenía solamente una varita en la mano y con ella azotaba el tallo:

—¿Qué le estoy haciendo al árbol? ¡Sólo lo estoy tocando...!

Luego, le cambió los dientes a la tuza: se los puso de *palo amarillo*, el fuerte *k'an te'*. Al rato... ¡vino a tierra la planta de la colmena! Así murieron los *bankiles*: aplastados por el tronco.

Y dijo para sí el hermanito:

—Veremos si pueden revivir, como yo lo hice al quedar muerto por ustedes, cuando me tiraron al barranco tantas veces. ¡Hombres serán si resucitan!

Eso pensó.

Llegó a su casa el *xutil*. Ya era tarde. Habló con su madre:

—He venido, *nana* —le dijo.

—Acércate —contestó ella, y preguntó: “¿Qué pasó que viniste tú primero, si nunca lo has hecho así?”

—¿No han llegado mis hermanos?

—¿Los mataste tú ahora?

—¿Acaso podría yo hacerlo? Son demasiado grandes...
—dijo el *xutil*.

Se entristeció la Luna, porque los mayores eran trabajadores del campo.

Y dijo el pequeño:

—No estés triste, mamá. ¡Ya veremos cómo conseguimos la comida!

Al otro día tampoco llegaron los hermanos mayores y la madre siguió apenada. Habló nuevamente con el *xutil*:

—¿En qué sitio mataste a mis hijos? Si tus *bankiles* han muerto, yo pereceré de hambre. ¿Quién va a mantenerme ahora? Ellos eran quienes cuidaban mi milpa.

Dijo el *xutil*:

—No estés afligida. Voy a traer a mis hermanos... pero debes hacer lo que yo te diga.

Contestó la Luna:

—¡Sí: creeré y haré lo que me indiques!

Así dijo el chiquillo:

—Vas a desgranar una medida de maíz. Si ves que vienen mis hermanos, ¡no llores! Si derramas lágrimas se convertirán en animales.

Y desapareció el *xutil* entre los cerros.

Más tarde, la progenitora vio venir a sus hijos mayores. Al verlos, comenzó a gemir: ¡y los hermanos del *xutil* se le perdieron de vista!

Por eso hay muerte eterna en el mundo, ya no regresamos nunca, y jamás resucitamos; si nuestra madre antigua no hubiera llorado, podríamos revivir.

Regresó el hermanito. Preguntó a la Luna:

—¿Viste a mis hermanos?

—¡No! —dijo aquella.

—¿Obedeciste lo que te indiqué?, ¿Desgranaste el maíz?

—Obedecí...

—Ahora, puesto que lloraste, nombrarás nuevamente a mis *bankiles*. Vas a llamar así: como el ave.

Y suplicó la señora que volvieran sus hijos.

Y vinieron, cuando ella habló como ave, todos los venados, los pájaros, los jaguares, las ardillas, las zorras: las diferentes bestias que hay en los alrededores del mundo. Por eso toman cuerpo los hermanos mayores del sol en los animales que viven en nuestro tiempo.

El *xutil* se puso a pensar, un día, en cómo mantener a su madre; en qué grano sembraría. Por fin, dijo:

—*Nana*, ya sé lo que haré ahora: voy a trabajar, con mis manos sembraré mis útiles y ellos labrarán el terreno.

Contestó la Luna:

—¡Mentira! ¡No podrás mantenerme porque no conoces los cultivos! No eres laborioso...

Así dijo.

El hermano menor se fue al campo. Llegó, y como lo había declarado, no labró con sus propias manos, sino que bendijo la tierra. Y sus útiles tumbaban, por sí solos, los montes.

Un día permaneció allí y pudo rozar tres cerros. Llegó a informarle a su madre:

—Mamá, he adelantado en mi trabajo: limpié tres cumbres.

—¡Mentira tuya! —contestó la señora.

—Es verdad: cuando ya sea tiempo podrás ver mis sementeras.

Y al otro día regresó a la milpa el pequeño *xutil*. Mas no podía reconocer el lugar.

—¿Dónde gasté mis fuerzas? —se preguntaba.

Laboró nuevamente y aventajó mucho: llegó hasta donde había rozado la vez anterior. Entró la tarde y volvió a casa. Dijo a su madre:

—He adelantado bastante.

Así le dijo. No le contó lo que había pasado. Y al siguiente día, muy temprano fue a mirar su terreno. *T'ul*, el conejo, y *x-Umán*, el tapacaminos, pájaro bobo, estaban dañando su campo. Vio lo que hacían estos animalitos.

T'ul daba su bendición para que crecieran las malezas; y decía así:

—¡Levántense todos los montes!

x-Umán sostenía un incensario, y de éste brotaba el humo de copal. Y bendecía también los pasos de *T'ul*.

Viéndolos así, y comprendiendo que ellos dañaban su trabajo, los persiguió el *xutil*. Primero agarró a *T'ul*; teniéndolo en sus manos, le cortó la trompita: por eso el conejo lleva partidos los labios.

A *x-Umán* lo cogió con dificultad y le dio en la frente con el mango del hacha: es por esto que el tapacaminos se queja ahora de que le duele la cabeza. Esas son las señas que les dejó el hermanito menor a los ladrones de la sementera.

Y así dijo el *xutil*:

—Desde antigua edad, hoy y siempre, para todos los hijos, habré trabajado con mis propias manos.

Por eso es que no se puede hacer producir, por sí solos, a nuestros útiles de labranza: debemos manejarlos nosotros mismos. Si no trabajáramos con nuestras manos, solamente echaríamos la bendición. Pero todo cambió. La gente tomó entonces sus aperos. Escúchalo. Es la verdad pura.

Y trabajó el *xutil* con sus propios brazos. Poco pudo hacer ese día: su labranza no adelantó. Al atardecer, volvió a casa. Habló con su madre:

—Ya vine, *nana*.

—Así es...

Se imaginó la Luna que el corazón de su hijo menor estaba apenado:

—¿Qué sucede, *xutil* mío?

—Nada...

—¿Qué te pasa? Veo que estás triste.

—Mamá, ¡alguien echó a perder mi labor!

—¡Oye, nada más! ¡Me estoy muriendo de hambre!

—No lo tomes así, *me'* no te aflijas. ¡Sé lo que voy a hacer!

Así dijo el chiquillo.

Entonces, como ya estaba enterado del principio de la tierra y del *sol* primitivo, que no tenía bastante calor en aquella época, se reunió con los demás dioses, pues él, como te habrás dado cuenta, era también un dios. En aquel tiempo antiguo, el fuego diurno era un metal hueco que ardía en lo alto; sin embargo, aunque nadie era capaz de acercársele, no producía suficiente luz para el mundo entero. Y se deseaba laborar con otro sol.

Los demás señores habían hecho la prueba, y de ninguna manera pudieron resistir el calor. Fue así como se acordaron del

xutil, a quien todavía no le habían participado su intento. Lo invitaron a resistir la proximidad del sol añejo y a sustituirlo.

El pequeño dijo:

—Mamá, ¡prepárate! Alguien ha pensado en mí: voy a probar el metal que arde...

Y contestó la madre:

—¡No lo creo! ¡No vas a poder!

—¡Cómo no! —afirmó el *xutil*—. A ti te respetarán por el dinero, y es por *luna*, mes, que contarán quienes trabajen y aquellos que contraigan deudas.

Y así, cuando pedimos plazos para pagar, lo hacemos por *lunas*, meses. Esto se debe a lo que afirmó el *xutil*.

Le dijo a su *nana* que le haría trece escalas con el palo del telar:

—Llegarás al cielo —aseguró a su madre, y la Luna lo hizo.

Dijo el propio *xutil*:

—En cuanto a mí... Sufriré mucho: sobre mi rostro contarán las jornadas.

Es que nosotros contamos hoy los días de la semana.

Nada tiene mayor importancia para el *xutil*: sólo su trabajo de darnos luz a los que estamos en el mundo. Porque el hermanito es el sol de ahora, *K'aal*.

Mi abuelo paterno, para terminar, me decía:

—Y así acaba el cuento antiguo de nuestros padres y madres de la vieja época...

Yo, pendiente, oyendo con los ojos, sentía su gozosa invitación:

—Y si algo falta... ¡Dímelo tú!

EL MUNDO se acerca a nosotros, primero, dentro de nuestra casa; pero no nos damos cuenta. Sin embargo, era yo, como el resto de los *keremetik*, un pequeño desobediente, sordo a las palabras de mis padres, cuando se quemó la choza en que vivíamos. De eso sí tengo un recuerdo vivo y cómo regresar la cuenta...

Lo cierto es que no vi las llamas. Mi padre me había mandado a traer leña, pero habiendo yo encontrado a varios de mis compañeritos en el camino, preparados para una cacería del animal que tiene partida la trompita, olvidé mis órdenes, las recibidas de mi padre y también me dediqué a perseguir al conejo.

Se hizo tarde, y al regreso, sin que *t'ul* hubiese cruzado por nuestro camino, iba pensando, y todos los demás harían lo mismo, en los azotes que me aguardaban por mi descuido. ¡Ninguna leña había cortado! Quizá me privarían de comida... Quizá... Pero tenía más miedo a presentarme en casa, ante mis padres, que a cualquiera de los castigos que acostumbraban aplicarme.

Llegué, pues, al sitio de mi choza; me pareció que me había equivocado: muchos hombres estaban allí, platicando y ayudando a barrer y levantar cosas quemadas; hacían mucho ruido.

—¿Aquí será mi casa? —pensé.

Vi a mi padre, agachado sobre un animal muerto, chamuscado. Era nuestro cochino, el *chitam* doméstico. Mi *tat* le estaba sacando las tripas y cortándole las pezuñas. Lo hacía todo con rapidez.

Me vio de pronto; me ordenó:

—¡Sopla el fuego! ¡Atízalo! ¡Ayúdale a tu madre a afilar unos palos!...

Me parecía estar borracho; yo, ni me había dado cuenta de que a mi lado estaba una hoguera a la que avivaban varios de nuestros *chapomales*. Sintió mi corazón lo que había pasado: ¡nuestra casa se quemó, por alguna razón, rápidamente, y el puerco, amarrado, había muerto! Mi padre, un hombre tan pobre, estaba tratando de aprovechar su carne ya que no era posible, por lo pronto, hacer otra cosa.

No hice ninguna pregunta. Me dediqué, trabajando como nunca, a echar su alimento al fuego: pedazos de carrizo y leña que saqué de otras chozas. Y, a pesar de todo, se alegró mi corazón porque así me escapaba del castigo que había temido.

El puerco se logró aprovechar casi todo; esa noche la gente estuvo con nosotros hasta la madrugada. Comimos bastante carne. El cuero quemado dio sabrosos chicharrones, sin ningún trabajo. ¡Algún viejo comentó que eran los mejores que había comido en su vida entera!

Por suerte, nuestro maíz estaba en otro lugar; habíamos pensado traerlo a casa la noche anterior, mas lo dejamos en otro ranchito, guardado. Y mientras los *winiketik*, los hombres, platicaban alrededor del fuego, tomando aguardiente de los garrafones que acarrearón no sé de dónde, me enteré de lo que había pasado.

Fue por la tarde...

No había persona alguna en nuestro hogar; el cielo estaba despejado. De pronto, un rayo cayó sobre la pequeña choza. Se incendió inmediatamente y ya no fue posible apagar el fuego. Mi madre, quien estaba en un hogar vecino, logró sacar, con ayuda, varias cosas. Después llegó mi padre. Descubrieron la muerte del *chitam*...

Y mi abuelo, mientras masticaba un pedazo de chicharrón, demasiado duro para su gastada boca, regañó a mi papá, diciéndole, a él, conocedor de los secretos:

—¡Esto pasa porque tú señalaste hacia el sol!

Y luego, aconsejando a todo el grupo, aseguraba:

—¡Nunca debemos indicar con el dedo a Nuestro Padre!

La gente se puso de acuerdo con mi *tat* para volver a hacer la casa, en el mismo lugar. Digamos cómo se levanta la habitación del hombre verdadero:

Se consiguen los pilares, de madera fuerte; se necesitan doce. Y hay que buscar también vigas y morrillos, y bejucos para amarrar los palos, y paja.

Se debe acarrear mil seiscientos manojos de paja: hombres y mujeres ayudan a hacerlo. Se paran los maderos y se tejen los *jules*. Cuatro personas van tirando hacia el techo bejuco y paja. Así se hace.

Mi padre logró conseguir pronto lo necesario. Y en dos días tuvimos nuestra nueva choza. Pero hubo que gastar, en comida y obsequios a la gente que nos ayudó, todo el maíz que guardábamos, y descuidar la milpa; mi padre quedó pobre, más pobre que antes, durante mucho tiempo. Y nosotros sufrimos más hambre y más frío. Un rayo tuvo la culpa

de nuestra tristeza; mas ninguno de los prójimos protestó, ya que no hay que llamar la atención sobre uno mismo.

Yo, desde el día siguiente, seguí jugando con mis amiguitos. Y nos columpiábamos, utilizando los bejucos de grano, amarrados a las ramas de los árboles... ¡Como si nada hubiera pasado en mi casa!

Akux, uno de los mayores, decidió fijar el columpio en una cruceta que quedaba bastante alta. Subió por el tronco y, llegando ya arriba, se resbaló.

Como a un zapote maduro lo vimos, quienes estábamos abajo, caer a tierra. Apenas dio un grito... A mí me pareció que me caía encima y quise saltar, pero no me dejó el miedo. Cayó, sin embargo, a un cuerpo de mí, golpeando el suelo con sus espaldas. No se movió más.

—¡Se rompió la cabeza! —gritó Xaw, hijo de nuestro vecino más próximo.

—¡Tócalo! A ver qué ha pasado...

—Mejor avisemos a los viejos...

Nadie quiso hacerlo. Estuvimos sentados, sin hablar, mucho rato, mientras el sol pasaba de un lado a otro de la curva, seguido por el tiempo.

En cierto momento, el cuerpo de Akux se movió; sus labios se abrieron:

—¡Aaaaaah!

Así dijo.

—¡Aaaaaah!

Sentimos más miedo. Pero no nos levantamos. Akux se sentó: nos miró a todos, por arriba de nuestras frentes, y se llevó las manos al cuello. Luego dijo la más importante de las palabras que queman:

—¡Por los vellos...!

No le oímos porque empezamos nosotros, también, a gritar de alegría.

En uno de esos años tuvo mi padre que irse a trabajar a las fincas, pues no encontró en su tierra el dinero suficiente para pagar sus deudas y sus contribuciones para el pueblo. De nuestro paraje partió hacia Jobel, donde se reuniría con los demás compañeros de viaje, enganchados como él. La *contrata* fue por seis meses, en la finca San Leansa.

En ese entonces, ninguno de los hombres verdaderos sabía leer ni escribir. ¡Así estábamos de pobres! Nadie podía defenderse. Al querer terminar con un sufrimiento, se tropezaba uno con otro. Así era.

Ya en su puesto de trabajo cometió mi padre una falta en contra de sí mismo: rozó con su pie, a causa de las sombras, una mata, en el cafetal. Y de esta mala cosa padeció durante el resto de días de su permanencia en la finca; como no sabía las letras, no podía enterarnos. Y de los demás hombres, ninguno podía decirnos nada porque estaban allá lejos, como presos, esperando un plazo...

Una vez, un muchacho salió huyendo de la finca San Leansa. Nos conocía. Vino y contó lo ocurrido a mi padre. Mi mamá se entristeció en lo hondo. Yo trataba de pensar que aquello no era cierto. Es que el hombre nos dijo muchas falsedades:

—Se pudrió su pierna —dijo—, y llegó un médico de Tapachula para cortársela con una sierra...

Lloraba mi madre, y eran mentiras las que entraron en su oído.

Mi padre regresó, sorprendiéndonos a mí y a mi madre y a mi abuelo paterno. Así vimos aún los ojos de mi *tat*, de

quien nos dijeron que ya había terminado; tal fue como llegó a la choza y así se perdió la pena que tenía mi madre, y así se consoló el viejo *mam*, de quien era hijo mi padre:

—¡No importaba que bebiera *agua florida*...!

Eso decía cuando lo creyó muerto.

Mi *tat* curó sus heridas con huesos de jabalí; los puso al fuego y luego los molió bien, hasta dejar la pura cal. Así, sanada por el polvillo, desapareció la herida y comenzó nuevamente a trabajar, a hacer la milpa.

Ya mi abuelo apenas podía caminar; sólo acarrea leña del monte cercano, pero, más que cualquiera ocupación, le gustaba platicar conmigo.

En secreto me dijo un día cuál era mi *lab*, mi bestia amiga:

—¡Jamás debes de decirlo a nadie! —me aconsejó muy serio—. ¡Sépanlo otros, y tú estarás en peligro!

Yo lo escuchaba asombrado, casi con miedo.

Y él, al decirme el nombre de mi animal, comentó:

—Como ves, tu *lab* es muy débil...

Y pasó a descubrirme lo verdadero de las cosas. Me dijo que los que mejor hablaban, aquellos a los que el idioma verdadero daba todos sus secretos, tenían como *lab* un *ts'unún*, un chupamiel.

—¿Es cierto lo que me dices, *mam*? —pregunté, para que me arrastrara al corazón de su voz.

—¡Es! —afirmó, y agregó la prueba definitiva:

—Antes había dos hombres, a quienes gustaba discutir. Hicieron por fin una apuesta, a ver quién de ellos podía alcanzar el cielo. Uno tenía el zopilote con chispas de fuego; el otro tenía el chupamiel. Con sus gestos animaban a sus *lab*.

Y mi abuelo siguió demostrándome las cosas.

Me enteró de cómo el primero de ellos se montó en *jos*, el zopilote, y sólo pudo llegar a medio camino del cielo porque su *lab*apestaba mucho: se vino el hombre de cabeza y se perdió.

En cambio el segundo logró llegar hasta la curva divina y conoció las calles que atraviesan el cielo. Es que el chupamiel no apesta y su vuelo puede aguantarse. Al volver, aquel hombre tenía muchas cosas que contar y nunca paró de hacerlo. Por eso, aquellos que tienen el *ts'unín* como *lab* son los que mejor hablan, los que mejor manejan el idioma verdadero.

Y mi abuelito me miraba, satisfecho de haberme comprobado su afirmación, mencionando los sucesos ocurridos, y contento de ver que en mí tenían sus ideas un lugar donde poder ser guardadas.

En otra ocasión me contó por qué el cielo no caía sobre nosotros, los que estábamos trabajando en la tierra.

—Debe ser muy pesado, por lo grande que es —le dije yo.

—¡Ajá!... Pero en cada una de las esquinas del mundo hay una pilastra: una se alza en *k'exen k'inal*, el norte; otra se levanta en *swa'el k'inal*, el sur; la tercera está en *slok'ib k'inal*, el oriente, y la cuarta en *smalib k'aal*, donde el sol se pone. Así se eleva y sostiene la curva divina.

Y yo recordaba, oyéndolo, el viaje final del *xutil*.

La plática acerca del cielo continuaba por la noche, al aparecer las estrellas, cuando el frío era mayor:

—¡Qué frío, abuelito, me voy a nuestro temazcal!

—Iré contigo...

Y caminando hacia el baño de vapor, me decía, deteniéndose y observando lo alto de la noche:

—¡Mira! Ese es el Camino de la Helada, *sbe toib*.

Y su arrugado brazo, apenas cubierto por la raída camisa, señalaba, tratando de no comprometerse con los dioses,

aquellas velas que, de cuatrocientas en cuatrocientas, ardían eternamente en el cielo. Su humo luminoso se reunía, como se juntan las nubes, y pasaba de uno a otro lado de la curva divina. ¡El camino de la helada!

—Por eso es que las estrellas se ven mejor cuando el frío es más fuerte.

Mi abuelo, vacilante ya su quijada, seguía enseñándome las verdades del mundo.

Un día me habló del *'ijk'al*. Esto es lo que me dijo:

En tiempos viejos nuestros *chich-mamil*, abuelos y abuelas, sufrían molestias en los caminos; aquellos que viajaban no podían hacerlo con seguridad. Debían juntarse hasta veinte, tal era su temor, para poder defenderse entre sí al encontrar dificultades en su ruta. Temían al negrito, al oscuro *'ijk'al*.

Este *pukuj*, demonio, tenía su casa en Santo Domingo: allí vivía. Los que llegaban a San Cristóbal podían verlo caminar en la torre de la iglesia. El negro silbaba desde la propia punta; salía luego a buscar por todos los caminos.

Entonces había una fiesta dedicada al *'ijk'al*. Se le hacía todos los años en San Andrés, para tenerlo contento, para que no molestara a los hombres. Se respetaba mucho su día y nadie podía salir en tal fecha fuera de su casa. Es que durante la jornada de su pertenencia gustaba el negro de pasearse por lo ancho de la tierra: buscaba a aquel que caminaba solo y le cortaba la cabeza para sembrarla debajo de una pared.

Y así hubo, hace tiempo ya, algunos viajeros que se lo encontraron en el camino. Te contaré lo que les pasó a unos que formaban grupo.

Estaban comiendo los hombres, cuando oyeron su voz en la punta del cerro. Y dijo así el *’ijk’al*:

—¡Piiiiiiii! ¡Piiiiiiii!

Era su rudo silbido. Uno de los hombres habló:

—¡Oye, ya viene nuestro enemigo...! —dijo. Y el otro:

—¡Que venga! ¡No teman sus corazones!

—Lo sabemos... —dijo el tercero.

Nuevamente habló el *’ijk’al*. Dijo así, desde la cabeza del cerro:

—¡Piiiiiiii! ¡Piiiiiiii!

Repitió el segundo hombre:

—¡Que venga! —Y ordenó:

—¡Batan chile para darme fuerza y pelear contra él!

De este modo, los compañeros reunieron los chiles que traían para dárselos a quien iba a desafiar al negro. Chile, frijol y tortillas: eso comió.

En tanto que el negro se les acercaba, terminó su comida el segundo hombre, y dijo:

—¡Mírenme ustedes ahora! ¡Voy a hacer fiesta con el *’ijk’al*! ¡Lo derrotare fácilmente!

Así dijo. Dejó a sus compañeros y se desató el ceñidor; se lo puso al cuello, pasándolo por el interior de su ropa, hasta el bajo vientre, y comenzó a revolcarse en el suelo.

Con ese sortilegio se convirtió en toro: su ceñidor le sirvió de cola. Cuando el *’ijk’al* llegó, dijo de esta suerte:

—¡Toooooo! ¡Toooooo!

Y el hombre convertido en toro:

—¡Muuuuuuuuuu! ¡Muuuuuuuuuu! —respondió.

El uno frente al otro, comenzaron a luchar; sin embargo, la bestia cornuda no aguantó el combate. Pudo más el *’ijk’al*.

Los dos restantes compañeros vieron cómo aquél se elevaba por los aires, llevándose a su amigo tomado de la cola.

Triste el corazón, dijeron los que quedaban:

—Como no pudo... ¡¿qué haremos?!

Uno aseguró:

—Yo tengo en mí algo fuerte, algo como flecha de metal.

Así, evitando mencionar a su *lab*, hablaba de éste, para ayudar al compañero. El *lab* puede ser animal; también puede ser una cosa fuerte. ¡Sólo que sea fuerte puedes hablar libremente acerca de él!

Dirigiéndose al otro, preguntó:

—¿Qué eres tú? ¿Qué tienes en ti?

—Yo... yo soy... fuego... —confesó el amigo, un tanto confuso y sorprendido.

—¡Vamos luego, que si no se muere nuestro compañero!

Se prepararon para alcanzar al *'ijk'al* en el camino, atajándolo. A mitad del cielo se elevaba aún el hombre convertido en toro. Los amigos se situaron debajo del negro. Luego, ya lista el arma, aquel que de por sí tenía la flecha de metal, tomó del fuego de su compañero y lanzólo con toda fuerza. El hierro caliente se hundió en las asentaderas del *'ijk'al*.

El hombre-toro quedó libre. Suelto, se vino a tierra y metió un cuerno en el suelo, doblándose el cuello. Los combatientes lanzaron más fuego al negro. Éste gritaba en medio del cielo, a causa de las quemaduras:

—¡Uuuuuuuuuuu! ¡Uuuuuuuuuuu!

Vio un lago y se fue hacia las aguas, buscando la protección de sus ondas. El fuego ya no pudo vivir y se malogró la victoria de los hombres; si no hubiese sido por el agua del lago, poco les habría faltado para dominar al *'ijk'al* con sus propias manos.

Regresáronse los amigos y no eran, realmente, los propios viajeros: sólo sus *lab*. Pasaron a ver el lugar donde cayó el hombre-toro, quien resucitó y se puso de pie.

Como ves, es bueno contar con un *lab* fuerte, que pueda ayudarnos... Si resulta débil, como el tuyo, lo mejor es no decírselo a nadie porque entonces ya sabrán ellos por dónde agarrarte. Pero también debe respetarse el secreto de los demás.

EL TRABAJO de las sementeras se aparejaba con la soledad de mi padre. Yo crecía: gané por fin los seis años y pude contar los siete. Mi papá me compró un pequeño machete para que lo acompañara a la milpa.

Era muy pobre el marido de mi madre, y no podía conseguir nada a causa de las borracheras: en cada fiesta se iba de nuestro paraje, camino del gran pueblo, Oxchuc, a tomar aguardiente con su compadre y sus prójimos, acabándose así lo poco que hacía.

Mi madre, para cuidarlo, llegaba allá donde corría el *agua florida*, pero no la probaba. Y yo permanecía en nuestra casa, nunca iba al pueblo. En la cabecera estaban los ladinos, los *kaxlanes*. Ellos molestaban a los hijos del indígena. Luego decían que los niños del hombre verdadero habríamos de quedarnos en la escuela del municipio. Lo hacían por producirnos congoja, no porque tuvieran deseos de que aprendiéramos el libro. Por eso mi padre no quería llevarme jamás. Y por la misma razón, tenían miedo todos los pequeños *keremetik*. Ninguno de ellos había visto bien su pueblo, sólo conocían su paraje. A veces, acompañando a sus padres, visitaban los caseríos vecinos: y así seguían hasta que ya manejaban la propiedad de sus quince años. Entonces se atrevían a ir a la cabecera.

En el camino, yendo a la sementera, tropezamos un día, padre e hijo, con un *kaxlán*. Yo nunca los había visto, aunque me los imaginaba; me asusté mucho y quedé inmóvil, con la lengua tiesa. El ladino montaba un caballo negro, alto, muy alto. Usaba bigotes grandes, como pocos hombres verdaderos pueden llegar a tener; su mirada dura rozaba el ala del sombrero.

Mi padre me apretó la mano:

—¡No te asustes! —me dijo, suavemente.

Luego saludó al *kaxlán*:

—*¿Bi xi' awot'an, 'ajwalil?* ¿Qué dice tu corazón, jefe?

Él contestó al saludo en su propia lengua:

—¿Qué andás haciendo vos, Alux?

Conocía a mi padre. Siguieron hablando en *la castilla*, mientras yo, sin poder entender nada, trataba de evitar los ojos del ladino.

Aquellas fueron las primeras palabras de la lengua ajena que pude oír. Después, el hombre se perdió a lo lejos, al galope de su caballo. ¡Ya había sentido el olor de los ladinos!

Un día fue mi papá a pasear a casa de un su compadre, en otro paraje. El pretexto de las naranjas para mi abuelo volvió a servirle esta vez. Iba a comprarlas y, para ello, dejó a su padre encargado de la casa, junto con mi mamá. Yo esperaba al lado de mi anciano *mam*.

Pasó una semana y mi *tat* no regresaba. Mi abuelo, furioso, decía las maldiciones del idioma verdadero:

—¡Viejas y viejos que perezcan, vean el vello de su madre! Yo estoy cuidando su casa como si él me hubiera hecho hijo suyo...

Es que mi papá, gustando del trago que su amigo y compadre había traído de Comitán, se encontraba borracho, en

compañía de aquél. *Bolos* los dos, olvidaron toda otra cosa. Pero, vuelto a casa, no dejó de traer unas cuantas *narxax*, naranjas jugosas, como regalo para el viejo.

El compadre de mi *tat* tenía un hijo, cuya madre había muerto tiempo atrás. La esposa del compadre era, pues, madrastra del muchacho; no quería tenerlo en su choza.

Mi padre era amable. Durante la semana que permaneció en casa de su compadre, no tardó en notarlo el joven ahijado. Mi padre, jugando, le había preguntado:

—¿Quieres que nos vayamos juntos, amigo?

Y el muchacho, sin decir nada, tomándolo en serio, estuvo de un corazón. Luego pensó en venirse a nuestra casa. Llegó unos días después; salió huyendo de su paraje.

Cuando estuvo ante mi papá, dijo así:

—Buenas tardes, padrino.

—Acércate, ahijado... ¿Qué dice tu corazón, que has venido a visitarme?

—¡*Ma'yuk!* ¡Nada! —respondió el joven.

—¿No será que están enfermos mi compadre y mi comadre?

—¡No! Están buenos ellos, mis padres.

—¿Qué pasó, pues, entonces? ¡Dímelo!

Y, de pronto, la posibilidad de un hecho brotó de labios de mi padre:

—¿No será que te has venido huyendo?

Así preguntó. Y el muchacho:

—¡Sí! —dijo—. ¡Me vine huyendo! Es que conocí, cuando tú llegaste a mi casa, que eras muy bueno.

Nuevamente habló mi papá:

—Creo que no es posible que te quedes aquí... Tu padre y su mujer viven aún; sólo mi comadre, la difunta esposa de mi compadre, ha muerto; ¡lo que tú haces no puede hacerse!

Entonces, aseguró el joven:

—Padrino, si tú no quieres que me quede contigo, mejor me voy a la casa de algún ladino: a la de mis padres no vuelvo... ¡Ya he salido con mis cosas!

—Está bien... esperaremos a que venga a buscarte mi compadre; vamos a ver qué es lo que él dice. Si concede que te quedes conmigo, te quedarás.

—Estoy de un corazón, padrino.

Pasado un mes, vinieron a buscarlo. El compadre llegó a nuestra choza:

—¿No ha venido por aquí mi muchachito, compadre? Es que no me dijo nada cuando se salió del paraje.

—Sí, aquí está, compadre. Hace días que llegó; yo te he estado esperando para saber el motivo de su huida.

—Por su gusto se escapó, compadrito; no se le dieron azotes. Yo le dije: “¡Vete a ver la milpa, los guacamayos están acabando con los elotes!...” Eso fue todo; no lo vi sacar sus cosas. Por la tarde, platicué con tu comadre: “¿Dónde estará este muchacho?...” Así le pregunté. ¡Hasta hoy vuelvo a verlo!

Eso es lo que dijo el compadre de mi papá, padre del joven. Se le convenció de que dejara a su hijo con nosotros; éste se quedó definitivamente, como legítimo de mi padre, hermano mío. Después, cuando se hizo hombre, mi *tat* le buscó mujer. Yo aún estaba pequeño. ¡Aquel muchacho llegó muy grande ya a nuestra casa!

Apenas iba dándome cuenta completa de las cosas, cuando murió mi padre. Terminó su mirada a causa de la enfermedad del hermanito menor del estómago: sus entrañas se le hincharon. Murió a los dos meses del casamiento de aquel ahijado que recibió como hijo suyo.

Fue poco lo que duró enfermo.

Varios curanderos, compañeros suyos, vinieron llamados del propio y de los demás parajes. No pudieron hacer nada. En cambio, al tomar el aguardiente de su paga invitaron a mi padre, quien se *emboló* por última vez: murió borracho, contento, según comentó mi madre con mi abuelo.

Vi cuando fueron a enterrarlo.

Muchos hombres se lo llevaron cargando, a dejarlo en el cementerio. Apenas recuerdo que luego destruyeron la casa en la que él y nosotros habíamos vivido.

El hijo adoptivo de mi padre se quedó como jefe de la familia, porque ya tenía mujer; no nos fuimos nosotros, mi madre y yo, a otra parte, porque mi madre era también la suya. Él hacía la milpa para mantenernos a todos cuantos estábamos reunidos en la nueva choza, construida detrás de un cerrito.

¡Desapareció el hogar de mi padre!... No quisieron que su ánimo nos molestara. El lugar quedó solo. Unas veces me acuerdo y otras me olvido de cómo se veía. Durante algún tiempo, ninguno de los niños jugó cerca de aquel solar.

Ropa, no nos dejó mi *tat*; tampoco él había tenido mucha; siempre, como yo, como mi abuelo, sufrió a causa del frío. El baño de vapor, nuestro *pus*, siguió siendo mi refugio preferido. Las mazorcas que nos daba el ahijado eran pocas. Creo que siempre teníamos hambre, mi madre y yo. Así vivimos dos o tres años, pero yo aprendí más sobre la tierra.

Después murió mi abuelo paterno, quien, en sus últimos días, me reveló las restantes palabras de los antiguos, sin poderme explicar bien el sentido de algunas de ellas. A veces me parece que me pierdo, cuando las noches son más estre-

lladas, en el sinnúmero de sus cuentos, tal como el murciélagu, *sots'*, se desconcierta, acostumbrado como está a la sombra, ante las innumerables luces que señalan el camino de la helada.

Es que mi corazón imagina una nueva conversación, más secreta, con el padre de mi padre.

ESTABA yo en los ocho años de mi edad cuando me tocó conocer la piedra plana.

Mi madre quiso visitar un día a su hermano, mi tío materno, y habiendo llegado a verlo ya tarde, nos quedamos a dormir en su casa y permanecemos en ella durante todo el día siguiente. Así es como sucedió eso.

Mi *kichán* –tío materno– tenía tres hijas. Una de ellas, la mayor, contaba catorce años. Cuidaba de un pequeño, su hermano preferido, a quien consentía y con quien siempre jugaba. Este era el *xutil* en aquella casa.

—¡Vamos a jugar con el niño! –me dijo la muchacha.

Salí de la casa, detrás de ella; nos alejamos un poco. Nuevamente me dijo:

—¡Vamos a la piedra plana! ¡Allá jugaremos con mi hermanito!

Caminamos.

El caserío se quedó detrás de las ramas y de las hojas. Entramos en el monte, buscando la piedra plana. *Tuntserek* picoteaba, al filo de los pinos, buscando orugas; los *caballitos del diablo*, azules y transparentes, patinaban en los charcos. Hacía fresco.

Roca blanca que se extendía en un pequeño claro, la piedra plana recibía los rayos del sol. Nos sentamos cerca de ella.

La muchacha desató la toca de su hermanito, lo acarició un momento; luego, extendiendo el trapo con que lo cargaba, lo acomodó en el suelo, debajo de unas robustas ramas; el niño comenzó a dormirse.

—¡Ven acá, muchachito! —me dijo.

Me habló desde la piedra. Yo me acerqué más. Cuando estuve junto a ella, me buscó los muslos. Luego tomó mi mano y me hizo acariciar los suyos.

—¿Sabes para qué sirve? —me preguntó.

—No lo sé... —le dije, mientras mis manos perdían su ignorancia.

—Mira, yo me acuesto en la piedra, boca arriba, sin mi *tsek*...

—No sé...

—... luego tú te subes en mí.

Pero yo no sabía nada.

—¡Hagamos el ruido! —me dijo mi prima.

Y agregó:

—Es así lo que he oído cuando mis padres se abrazan y cortan el silencio de la noche; por eso, yo quisiera que tú hicieras ruido conmigo.

Yo seguía sin saber qué era lo que quería; es que estaba muy pequeño aún y no interpretaba sus ideas. Sólo estuve acariciando sus piernas. Le pregunté qué cosa sentía:

—¿Qué es lo que te mueve? —dije.

—No sé, me falta algo tuyo. Siento...

Se escuchó, a lo lejos, la voz de su madre:

—¡Tina...! ¿Dónde estás?

Así gritaba.

—¡Estoy aquí! —contestó Tina.

—¡Vente ya, vamos a comer con tu padre!

—¿Qué...?

—¡Vente!

—¡Voy!

Así es como conocí la piedra plana. No pude pisarla porque no me animaba ninguna fuerza. Nos encaminamos hacia la choza, para comer con sus padres y mi madre. Entonces, me dijo mi prima:

—¡No vayas a contar a nuestros padres lo que estuvimos haciendo!

—¡No!... ¿Por qué me lo pides?

—Es que...

—¡No lo diré!

—Está bueno...

Acarició a su hermanito consentido:

—¡*Mon!* ¡*Mon!* —le dijo.

Los árboles se fueron escondiendo, primero por grupos; luego, uno a uno...

Mucha hambre y pocas mazorcas.

El *bankil* adoptivo tenía sus propias obligaciones; nos ayudaba en lo que podía.

Meses después de la muerte de mi padre, asistió su ánima a la primera fiesta propia. ¡Y debe haber comido más de lo que nosotros, los vivos, podíamos hacerlo entonces!

Es que cuando llega el día de las tumbas, el dos de noviembre, todos los habitantes de cada paraje se van al cementerio. Es la fiesta de los muertos.

Muy de mañana pisan los vivos el camino que conduce a las fosas; llevan gajos de ocote y flores amarillas para adornar las tumbas. Y prenden las más hermosas velas en sus cabeceras.

Después, cada grupo de deudos ofrenda a su difunto, o a sus varios muertos, comida, frutas y aguardiente.

¡Medio garrafón para él solo recibió entonces mi padre! Tener bastante *agua florida* le gustaba cuando estuvo en el mundo, y colmarle el gusto era la costumbre. Durante tres horas fue dueño completo de alimentos y aguardiente, y su ánimo tomó el sabor más hondo, hasta quedar contenta.

Luego, todos nosotros comimos de lo que él no había querido, aquello que nos había dejado, para que no se resintiera, a manera de estar unidos en el alimento como antes lo estuvimos a lo largo de los días.

Cerca de su tumba estaba la de un anciano, quien había sido autoridad del pueblo, *tunel*; allí sus prójimos le hacían una fiesta con arpa, guitarra y violín, por ser quien había sido. Y sus deudos partían naranjas en mitades, y las dejaban sobre sus piedras, el jugo penetrando en la tierra. Y también, como nosotros, derramaban el aguardiente en la cabecera del muerto.

¡Cómo le gustaría a mi padre aquella fecha, primera de sus nuevas fiestas! Y deben también haberle gustado, no sin entristecerlo, los llantos de todos nosotros, porque así pudo saber que había sembrado en nuestro corazón...

Pasó el tiempo.

Cuando ya conocía más acerca del trabajo, y mis manos estuvieron macizas, me fui a una pequeña hacienda próxima, a un *'asento*, a ganar una porción de dinero.

En un comienzo, me dieron a cargar el *cultivo*, abonos para la hortaliza del dueño; me pagaban doce centavos al día: setenta y dos en una semana. Así pudo mi madre conseguirme un chamarro usado, casi inútil, para protegerme del frío.

Más tarde conocí a un ladino que daba dinero a quienes querían ir a las fincas. ¡Las fincas! Lugares de trabajo, lejos,

allá donde yo nunca había estado, pero donde mi *tat* sufrió tanto. Sabía las cosas de asombro que era posible admirar en tierra caliente, donde no había necesidad, según decían, de llevar siempre el chamarro, donde el aire permitía lucir la camisa del hombre verdadero; donde había enormes ríos, en los que nadaba *áyín*, el animal de las quijadas como sierras y la piel como tronco, del que pocos creían la existencia. ¡Las fincas!

Los hombres se vendían entonces para ir a trabajar a esos lugares. Y así fue como yo también me vendí, junto con dos hijos de mi *tajún*, tío paterno, hermano mayor de mi padre, ellos también mis mayores, como hermanos míos.

¡Hasta en esos días conocí mi pueblo!

Pude andar por sus calles sin ningún miedo porque ya tenía yo un patrón; por eso no me molestaban los otros ladinos; si algún *kaxlán* me maltratara, me defendería aquél de quien había recibido dinero.

Al nomás venderme me dieron cinco pesos como seña de que ya estaba comprado para la finca. Y con esos centavos pude mercar una camisa allí mismo en el pueblo; entonces me sentí mejor, más cubierto.

¡Cuántas cosas se aprenden en nuestro pueblo grande, el de los tres nudos!

En poco tiempo me enteré de cómo teníamos autoridades: los *tuneltik*, quienes mandaban sobre el pueblo y los parajes. Eran hombres buenos, queridos y respetados por la gente, aquellos a quienes se escogía para mandar.

Cuando se trataba de nombrar uno nuevo, los hombres se reunían en el gran pueblo de Oxchuc y allí, todos de acuerdo, daban al hombre verdadero su comisión. Aquel que la

recibía tenía que encerrarse en la oscuridad de su hogar, durante trece días, sin levantar la cara; si su vista se fijare hacia arriba, una tremenda lluvia se desataría, indicación de que no era bueno como autoridad del pueblo, pues su deber no habría sido cumplido.

Tampoco se acercaría durante trece días a su mujer: su calor le era prohibido. Y debía ayunar también. Así decía la gente y yo escuchaba.

Cumplido todo, el *tunel* podía salir a la calle, ya como nueva autoridad, y era para el pueblo como recién descubierto, y bebían entonces mucho aguardiente. Eso es lo que aprendí oyendo y mirando.

En nuestra hora ya no es exactamente así, y ya empezaba a cambiar entonces la costumbre, según después me dijeron los viejos, pero mucho conservamos de los que fueron hijos de padres más antiguos.

Vi el manantial de *Yax Nichil*, el agua de las flores verdes; allí los abuelos de los primeros abuelos detuvieron su marcha para construir el pueblo grande. Ellos venían del país de los pinos respetables y pasaron por distintas tierras, yendo de una a otra dirección; impresionó a los de Ocosingo su paso por los terrenos de la mosca, *ja*, y los del mosquito, *'us*: sufrieron su mordedura y se lavaron el dolor, por fin, en *Yax Nichil*.

Yo bebí el agua de esa fuente durante aquella visita al pueblo de pueblos; arreglados mis asuntos, regresé a mi paraje, a esperar la fecha de partida.

Pasó un mes.

Dejé mi casa y me encaminé a Oxchuc.

Los ladinos tenían allí muchas casas y el enganchador un lugar donde atendía sus negocios. Entré, saludando:

—Señor *'ajwalil*, ¿cuándo vamos a partir para la finca?

Contestó a mi pregunta:

—El día cinco del mes en que sale la fiesta de los alumnos de este pueblo.

Hablaba bien el idioma verdadero.

Este ladino era *puj puj*, barrigón. Tenía barbas grandes; decían que era de un lugar muy lejano, llamado *Tusta* por los *kaxlanes* y por los jóvenes *tzeltales*, pero que nuestros viejos nombraban *T'ulum*, tierra de los conejos.

Los enganchados que distraían su espera contaban lo que sabían del *puj puj kaxlán*: que a veces pegaba mucho, cuando estaba impaciente; que en ocasiones, ofrecía a los hombres de verdad hasta bocados de su propia comida; que aunque aquí se reducía su propiedad a la del sitio en que arreglaba el enganche, allá lejos, en *T'ulum*, más allá de *Jobel*, en el fondo de inmensa cuesta, madre de cuevas menores, en el calentadero de los huesos, tenía casas de piedra, con huertas y animales; que era un hombre rico, un *k'ulej*.

Pero apenas puedo hoy acordarme de todo esto.

Como entre sueños me parece oír su voz, cuando nos daba en la mano o nos aventaba las monedas del enganche, según estaba su corazón:

—¡Ujú...! Ya eres mío, indito... ¡Díselo a los demás!

Llegó el cinco de septiembre.

Todos cuantos habíamos pedido dinero de la finca nos reunimos en mi pueblo. Salimos de *Oxchuc* y caminamos día y medio, durmiendo en el monte, para llegar a *San Cristóbal*, a *Jobel*.

En los grandes zacatales permanecimos una semana, esperando a los que se habían quedado en sus chozas. Man-

daron a traerlos, ya con una multa de diez pesos a cada uno. Durante los días que pasé en Jobel, tuve mucho miedo: decían que, por orden de un jefe, no nos dejarían ir a los más pequeños hasta la tierra caliente; mi edad era ya la de diez años, pero era poca para ese jefe de quien se hablaba. No lo conocí ni él me vio a mí; como no se dio cuenta, pude ir a la finca.

Salimos de San Cristóbal y nos dirigimos por el camino hacia Jimxol, que los ladinos llaman Teopisca; allí hicimos nuestro primer alto. No íbamos solos: había un guía, responsable de pagarnos las tortillas en cada sitio donde dormíamos.

Nueve días caminamos todos cuantos nos habíamos reunido. Yo nunca había viajado así, sólo pequeñas caminatas, con mi padre, completé años atrás, y luego había estado en el *'asento* cercano a mi pueblo. Pero dar paso y paso a lo largo del día no le cayó bien a mi cuerpo: en el camino encontré dolor de pies y fiebre. Y sentí mis males cada noche, en los sitios donde dormía.

Cumplidas nueve jornadas, a las once de la mañana, llegamos un día a la finca Unión Juárez, cerca de los mojones del terreno de Guatemala. ¡Qué extraño veía yo ese lugar! Más verde que mi propia tierra, no había palabras en mi mente para distinguir los colores de los árboles. Pequeños *chinchán*, enteramente desconocidos para mí, revoloteaban, persiguiéndonos. Zumbaba *ja*, la mosca, como borracha de viento.

PRONTO nos dieron nuestra herramienta. De los hombres grandes, unos recibieron machetes para limpiar el cafetal, otros azadones para calzar las matas de café. A nosotros, los *keremetik*, los pequeños, nos dieron machetes usados para abrirnos el paso, cuando cortáramos el grano, el fruto rojo, y sólo debíamos hacerlo allá donde más maduro estaba; teníamos nuestro caporal aparte, no nos mezclábamos con los *wini-ketik*, mayores.

Apenas después de medianoche, la que hizo terminar el día en que llegamos, vino el mayordomo a pasar lista. Nos nombró para saber qué otras herramientas recibiríamos. Desayunamos en plena oscuridad, para luego dirigirnos al trabajo.

Los caporales formaban grupos separados de gente; al recibir un grupo, lo llevaban consigo. Nosotros nos fuimos a cortar café. Era de noche todavía cuando salimos hacia el cafetal; al llegar nos dieron dos surcos a cada uno, y no se veía aún cuando recibimos las indicaciones.

Nuestro caporal nos dijo:

—¡Cortan bien, donde están maduros los cafetos! ¡Y que no se quede ni un grano en el arbolito, ni debajo de la mata!

Hablaba en *la castilla*, mandando bruscamente; una que otra palabra podía yo oír, pero otro *kerem*, algo mayor, entendía más y me lo decía en palabras verdaderas.

Respondimos, todos, según nuestro entendimiento:

—¡Está bien, señor *'ajwalil!*

Y dijo más:

—¡Que no se quiebren los gajos de café!

Luego me miró directamente:

—¡Si vos quebrás uno —me dijo— lo pagarás! ¡Un peso por cada ramita: ese es el precio!

Y gritándoles a todos, terminó:

—¡Ya oyeron ustedes! Les anticipo mis palabras, si alguien no cumple, ¡que me vea la cara!

Eso fue lo que el *kerem* me dijo que había dicho.

El día entero fue pasando para nosotros, muy difícil de aguantar: hacía mucho frío allá porque estábamos cerca del gran cerro, la madre del temblor.

Regresamos a las cuatro de la tarde; llegamos a dormir, sobre nuestros chamarros, sin petates; mentira que el calor era tan grande. ¡Toda la noche bailaron mis dientes!

Y así, pasó una semana...

Siete días se escondieron. El patrón nos dio nuestra ración de carne: medio kilo recibió cada hombre en la tarde del sábado. Y aquellos de entre nosotros que quisieron manejar dinero para hacer compras en la tienda, o el mercado, recibieron también los centavos que el patrón daba a cuenta y que apuntaba cuidadosamente en su gran libro.

Domingo por la mañana.

Había quienes tomaban su aguardiente. Los viejos, en la borrachera, decían tener un *lab* poderoso. Esto sucedía con el

que estaba al frente de nuestro grupo de descanso, en el que nos encontrábamos reunidos los prójimos, emparentados por nuestra tierra y nuestro pueblo.

El jefe de cada conjunto recibía cigarros, como regalo, de parte de quienes le obedecíamos; se trataba así de evitar que la enfermedad viniera a nosotros.

—¡Aquel que no ofrece cigarros, quien no da *may*, es porque no quiere vivir sobre el mundo!

Así decían los viejos.

Yo compraba cigarros, cada domingo, para el anciano, jefe y prójimo. Por ello nunca me enfermé; cumplí con lo que me aconsejaban mis primos hermanos:

—¡Debes seguir la costumbre!

—¡Regala cigarros!

Así me habían dicho.

Y también yo comencé a quemarme las orillas de la boca.

Tres meses nos vieron pasar.

El dueño de la finca ajustó nuestras deudas para ver quién tenía ganancia y quién estaba comprometido aún. Al término de esos días había hombres que debían muchísimo; otros, como yo, apenas alcanzamos a salir parejo. ¡Qué contento me puse de que así fuera!

Cientos de piojos se produjeron donde yo dormía; durante largo tiempo no supe cómo matarlos... ¡Hasta mis primos hermanos comenzaron a molestarme! Me decían que era yo mujer y que por eso me seguían los animalitos. Por fin, se me ocurrió poner a asolear mi ropa encima de una lámina. Así terminé con los piojos.

Estaba ya aburrido de acarrear el fruto maduro del café. ¡Qué difícil me era llenar media caja! Apenas podía levan-

tarla porque pesaba mucho, y había, quizá, dos leguas de distancia, del sitio donde se cortaba hasta el lugar de depósito. Y sólo cerros que caminar; ningún plano se veía en el cafetal.

Tal como lo había contratado el jefe, pasados los seis meses se hizo la cuenta total de nuestro trabajo. Todos los hombres desquitaron entonces lo que debían y pudieron regresar a sus casas. Muy felices nos pusimos al salir de la finca: ¡como si me escapara de una cárcel, así me sentí cuando tomamos el camino de regreso!

Durante los días en que estuve allá, vi a las gentes de Guatemala. Las mujeres usaban su camisa larga, su *k'u'*:

—¡Tal como en nuestro pueblo! —así dijeron mis primos hermanos.

El pueblecito de Unión Juárez era muy bonito; en él pude aprender muchas cosas. Cada domingo venían los guatemaltecos a vender, en medio del mercado, papas, coles, rábanos, chayotes, cebollas; esa era su mercancía; también traían ollas.

El poco dinero que gané en los seis meses sumaba dieciséis pesos. Salimos, pues, todos los compañeros, yendo mis dos primos y yo por nuestro lado, y dejamos la finca en el principio del camino.

Ya solos, por la noche, nos encontramos en Cuauhtémoc, otra de las fincas. Al nuevo día llegamos a Niquibil; allí compramos pan, pozole, frijol, tortillas, chayotes cocidos. A los tres días alcanzamos el pueblo de Mazapa, donde conseguimos cañas y plátanos, reposando luego.

A los cuatro días llegamos a Río Blanco. Unos hombres estaban haciendo panela; mercamos agua de caña y carne de venado. Mientras asábamos el pedazo de pierna, comprado a

cazadores tojolabales que venían del monte, se nos acercó un grupo de tres hombres, tzeltales como nosotros, dueños de la lengua verdadera, quienes volvían, así mismo, del trabajo en las fincas.

Iban rumbo a su pueblo; sabían el secreto de la chicha, y tenían un gran calabazo lleno; se sentaron cerca de nosotros y echaron a andar la plática. Les dimos venado y nos dieron de su *chi'il ja'*, dulce como ninguna de las otras aguas. A la mañana siguiente, fuimos seis los compañeros que pisamos juntos el camino.

Entonces pasó algo de lo que aún me acuerdo como cosa recién ocurrida...

Al quinto día llegamos, pues, a Altaniz, terrenos de una hacienda; no se veía dueño ni gente alguna donde nos detuvimos; era de noche y nos quedamos a dormir, cerca de un ranchito y del agua, a la orilla misma de la montaña.

Comimos de nuestras bolsas y platicamos.

—Contaré lo cierto acerca de la cueva del *jolote*, ave horrible y enorme...

Así dijo uno de los nuevos amigos.

Mis primos y yo, menores, escuchábamos. Los bocados se hicieron más lentos; el trago de chicha se entretenía más en nuestras bocas. Siguió el dueño del agua dulce, sin prestarle ya atención a la comida:

—En los pasados tiempos, los *pokowiniketik*, hombres que fueron primeros padres, tenían una cueva en la que adoraban a *kots*, el *jolote* macho. Cada año se acercaban al sitio, buscando que el ave no mandara los vientos; si no la adoraban podía venir una horrible tempestad.

”Se cuenta que una vez, en el momento en que el sol se queda en los cabellos, fue una mujer a traer agua, junto a la

cueva, y oyó la voz del animal, en la profundidad. Dicen que en aquellos tiempos hablaba el guajolote...”

Todos escuchábamos. Nadie masticaba más.

—Los antepasados tenían puesta una cruz a la entrada de las cuevas, en su propia orilla; esa era la muestra de aquél al que se adoraba: así los descendientes se acordarían de cuál era la costumbre de sus más ancianos padres.

”Cuando corría el tiempo de la adoración llevaban una docena de *sibak*, las varas que ladran al cielo, tres velas y una bola de *pom*, para llenar de humo los alrededores. El incienso dominaba el aire, enterneciéndolo. Si ya estaban prendidas las velas, se empezaba la adoración ante la cueva y, rezada la última oración, era cosa de beber el aguardiente.

”Después bailaban y tocaban sus arpas, guitarras, tambores y flautas. Alegremente se oía la fiesta para que el viento no viniera. Si se hacía mal, la cueva aventaba la tempestad.

”Quien estaba encargado de adornarla tenía que dar la bebida, y la entregaba con su propia mano al primer oficial de la región, guía de todos ellos. Cuando éste aceptaba el regalo, decían los demás hombres: ‘¡Miren el obsequio del señor!’ Y algunos de ellos contestaban: ‘¡Ah! ¡Recíbelo, pues está bien...!’

”El primer oficial bendecía las bebidas y se sentaban juntos alrededor de la adornada cruz. Al terminarse de bendecir el *agua florida*, se brindaba. Aquel que hacía esta ofrenda quemaba también los *sibak*, y era como sirviente, en esos momentos, de quienes oficiaban en la región...”

Y nuestro compañero de camino, se lamentaba:

—Hoy en día, amigos, se pierden estas costumbres, o tienen otra medida. Aquel primer oficial era guía de los otros; el segundo, hacía el rezo en presencia de la cruz; el tercero, lle-

vaba el braserillo de incienso y soplabá el humo del *pom* en cada adoratorio; el cuarto oficial regional quemaba los *sibak'* atronadores; el quinto cuidaba de las casas de todos, cuando la gente se reunía en cuevas, manantiales y ríos: en los adoratorios. Esa era la costumbre de nuestro pueblo de hombres verdaderos, hijos de la tierra y los vientos.

Chil, el grillo, lloraba; sólo enmudecía al sentir vecina la amenaza de *tsek*, el alacrán, el que tiene nombre de ropa de mujer. Echamos más leña al fuego y nos acercamos a la lumbré lo más que nos permitía el peligro de que nuestros charros se nos quemaran.

Nuestra Madre, la que se llama 'u, se puso a descansar detrás de *tokal*, la nube. Hubo un momento en que sólo entendía a medias nuestro idioma, y después ya nada: me había quedado dormido.

EL FRÍO de la mañana nos despertó.

Mis primos hermanos se veían adormilados; los hombres del grupo que se nos había unido, bostezaron. Con el bostezo se inicia y se acaban las preocupaciones de cada jornada.

De pronto, preguntó uno de los *winik*, aquel que nos dijo las palabras del *jolote*:

—¿Y Lol...? ¿Dónde está Lol?

Lol era el más joven de ellos.

—Debe estar cerca... ¡Habrá ido a dejar lo comido!

Nos reímos por la indicación.

—Esperémoslo, entonces.

Arreglamos nuestras cosas; calentamos unas tortillas y dimos unos bocados. Todo estaba listo para partir. La red de Lol y su sombrero fueron lo único que quedó en tierra.

—No viene —dijo uno de mis primos—. ¿Por qué no le gritamos?

Y nuestras voces cruzaron el frío:

—¡Lolllllllllll!

—¡Lolllllllllll!

—¡Looooool!

—¡Lol!

Cuando el sol lo permitió, nos fue posible adivinar lo pasado mirando el suelo. Se veían las huellas del cuerpo de un hombre, arrastrado por el *tigre*... ¡El *tigre*!: ¡*Balam*!

—¡Se lo llevó el animal!

—¿Qué vamos a hacer?!

—¡Pobre Lol!

—... llegaremos sin él a nuestro pueblo...

—¿Qué van a pensar?!

—¡Creerán que nosotros lo matamos!

—¡No! ¡Ustedes han visto lo que sucedió!

—Acerquémonos a nuestro corazón: pensemos...

—Allá hay un ranchito, ¿es posible que encontremos al ladino!

—¡Vamos allá!

Cansados del susto, llegamos al rancho. No había nadie; se veían algunas cosas: sillas, papeles, una mesa.

—¡Tenemos que ir más lejos! Adelante está la propia casa del *kaxlán*.

—¡Toma el camino, pues!

La puerta de la casa grande del ladino se abrió.

Aunque *tzeltales*, los hombres hablaron en *tojolobal*:

—¡*Kajwaltik*, nos sucedió una desgracia!

Así dijeron los amigos del hombre que ya no estaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el *kaxlán*, también en *ch'ol k'op*, el idioma torcido.

—...¡Lol!... nuestro compañero... ¡Se lo llevó el *tigre*!

—¿Cómo? ¿Qué dicen ustedes?

—¡Sí!... lo sacó de en medio de nosotros, todos dormíamos... ¡Ni nos dimos cuenta...

—¡Qué dices!

—... cuando despertamos, ya no estaba allí!

—¡Ese *tigre* lo conozco! Me ha llevado muchos becerros —dijo, furioso, el ladino—. ¡Vamos por él, muchachos!

—¡Vamos, patrón! —dijimos nosotros.

Cada quien hablaba como podía.

Dos horas estuvimos siguiendo el rastro.

¡Qué saltos da ese peligroso animal! A veces perdíamos su pisada al pie de un árbol; la hallábamos más adelante; también vimos manchas de sangre.

Debajo de la hojarasca, en una cavidad, descubrimos lo que quedaba de Lol... ¡Sólo los intestinos y los huesos, con mordidos trozos de carne! El resto se hallaría escondido en la copa de algún *te'*.

Hicimos un hoyo allí mismo y enterramos aquello, junto con la red y el sombrero que llevábamos. Seguimos buscando al *tigre*; no tardamos ya mucho en encontrarlo. El ladino lo vio sentado en la cruceta de dos ramas:

—¡Allá está! —nos dijo, en voz baja.

Hablaba en tojolabal; pero yo, lo que no entendía, lo adivinaba. El idioma de esas tierras es extraño, a veces se comprende, a veces no.

El ladino preparó su escopeta.

Apuntó cuidadosamente y disparó. El arma no hizo fuego, pero tampoco ruido. El tigre siguió en el árbol, sin moverse.

—¿Alguien tiene un pedazo de enagua? —preguntó el *kaxlán*.

—Yo llevo una *tsek* para mi mujer... —contestó el más viejo.

—¡Córtale un pedazo! Es necesario...

El otro deshizo su bulto, rompió su *tsek*:

—¡Toma! —dijo.

Me pareció que lo usaba como taco, para limpiar la escopeta. No vi muy bien lo que hizo. Luego aseguró:

—¡Ya está!

Cargó. Disparó en seguida, apuntando con tino.

El *tigre* dio un salto en la cruceta; antes de que cayera, el *kaxlán* le había disparado dos tiros más. ¡Era un gran cazador ese hombre!

—¡Ya le di a este hijo de la...!

Así dijo, hablando en *la castilla*, con las palabras que más se entienden. Corrió hacia el *balam* y lo remató. El animal ya no hizo ningún movimiento.

¡Qué grande era aquel *tigre*!

Enorme, capaz de arrastrar dos hombres o cuatro mujeres, sus dientes, amarillos, se alargaban como dedos; apestaba a orines, pero su piel era hermosa, igual que el cielo estrellado; así era.

El ladino lo miró durante mucho tiempo. Nada comentó. Después, nos dijo:

—Muchachos, si encuentran a alguien hoy o mañana, o más tarde, no le digan que matamos a este *tigre*...

—No, *kajwaltik*.

—Es que creo... ¡Bueno! Puede ser que este animal sea también algún hombre, como ustedes dicen, y nadie debe saberlo... No sé, pero pienso, porque ya conocía yo a este *tigre*, que su dueño vivía en Comitán, allá lejos.

Se fue el ladino.

Nosotros seguimos por el sendero. Los dos hombres mayores iban llorando. Mis primos y yo, aunque asustados, comentábamos todo aquello.

¿Tendría razón el ladino? ¿Era de Comitán el animal?

—¡No! —afirmaban mis primos—. ¡Los *tigres* no se van tan lejos, porque cuidan a su cría!

—Ese debe haber sido el *lab* de algún hombre de palabra enrevesada, de esta parte.

—Sí... Hoy habrá mucho llanto en rancho cercano...

Proseguimos la ruta.

Al sexto día llegamos más adelante de San Salvador, una hacienda; allí *pepenamos* caracoles para comer, deteniéndonos en un arroyo; estos *xutes* son sabrosos, cocidos con hierbas del monte: su caldo da fuerza.

A los siete días llegamos al pueblecillo de Zapaluta. Era aún temprano; compramos pozole, tortillas y café, y nos pasamos de largo, hasta llegar a Comitán.

En el pueblo grande se despidieron de nosotros los nuevos compañeros: muy tristes estaban, apenas decían unas cuantas palabras; iban afligidos... ¡Su gente los acusaría de no haber cuidado a Lol!

Creo que ya no querían llegar a su pueblo; no supe bien el nombre de sus caseríos. Más que despedirse de nosotros, nos dejaron, debido a la confusión que tuvimos en las calles comitecas. Pero habíamos sido buenos y su pena la siento aún, después de tantos años.

Compramos cosas para llevar a casa: petates, sombreros, una faja para mujer, listones. A las nueve de la mañana agarramos camino. A los ocho días de nuestra partida de la finca, alcanzamos el pueblecito de San Francisco, donde dormimos. A las nueve, llegamos a Yolá, paraje de Huistán. A las diez jornadas nos vimos a poca distancia de nuestros hogares.

Estábamos cansadísimos de tanto andar; un solo día no habíamos descansado, ¡cada mañana habíamos pisado el

camino! Cuando ya las casas estaban cerca nos separamos. Nos saludamos de esta manera:

—¡Hasta la vista! —dijeron mis primos hermanos, igual que hermanos míos, *bankiles* también.

—¡Nos hemos visto! —les contesté.

Uno de ellos dijo:

—Tú llegaste bien a nuestro pueblo; ninguna enfermedad te encontró en la finca, permaneciste sano allá, así se lo dirás a tu madre. ¡Y no le hables acerca del *balam!*

Se alejaron. Me quedé solo.

Vine a mi casa y saludé a mi madre:

—He llegado, mamá —dije.

—¡Ven! —dijo, y al momento empezó a llorar; pensaba, antes de verme, que yo había muerto en las fincas. ¡Las fincas!

—Bueno he estado durante mi regreso —le contesté.

—¡Ah!

—Durante los días que estuve en la finca y los meses en que trabajé... bien he estado, bien estoy, gracias a nuestro *tata* Dios y a nuestro Santo Tomás.

Así le dije. Y me contestó mi madre:

—¡Bien está que así sea! Dios ha recibido mis palabras: durante el tiempo que te fuiste, todos los viernes prendí las velas en presencia de nuestra cruz.

Eso hizo mi madre. Y dijo aún:

—Las palabras mías para Dios fueron las de que te cuidara; que apartara toda culebra de donde tú trabajaras y de cada paso a donde llegaran tus pies, y del camino por el que pasearas cada domingo, y de los cafetales; es así lo que pedí.

—Está bien lo que hiciste —dije para responder a la voz de mi madre— y también te doy las gracias por lo que has hecho.

—¡No! Sólo Dios te cuidó en todas partes...

Entonces le enseñé a mi pobre mamá el pequeño jornal ganado.

—Madre, mira la poca ganancia que he traído... ¡También te compré una faja para ceñirte!

—¡Ah! ¡Muchas gracias, papacito! Nada como esto me dio jamás tu padre, cuando vivía... ¡Es muy bueno lo que has hecho!

Le enseñé mi dinero: ¡diez pesos de verdadero dinero! Antes no había billetes, era pura plata la que manejábamos al principio. Yo había comprado mi calzón de ladino, que es el pantalón. ¡Contenta me miró mi madre, porque yo, con mis ropas, estaba muy arreglado! Chamarro, cobija y huaraches, ¡todo eso tenía! No andaba, como antes, desnudo, porque ya sabía encontrar dinero para mi ropa y para la de mi madre: ¡había aprendido a trabajar en cualquier parte!

Me contó mi madre que mi *bankil*, el hijo adoptivo de mi padre, ya no estaba con ella. Se había ido con su mujer al baldiaje, en una hacienda próxima. Venía sólo de vez en cuando a dejarle algunas cosas, demostrándole su respeto. Yo volví a ir a nuestra sementera; después conseguí que me ayudaran otros *chapomales*, compañeros de mi familia, parientes míos.

Más tarde, me dijo mi madre:

—¡Vamos a buscarte tu mujer!

Yo le contesté:

—No está bien lo que quieres hacerme; no sé bien la manera de conseguir dinero.

—¡No es cierto! ¡Ya sabes cómo encontrarlo!

De nada sirvió lo que le expliqué.

Mi madre conocía a una viejecita, con quien se visitaba; aquella señora tenía una nieta, cuya madre había muerto. Por eso quiso pedirla para mí, a ver si se la daba la anciana.

Salió de la casa, de madrugada, sin decirme a qué iba. Vi que regresó a las siete de la mañana. Me dijo así:

—Fui a hablarle a mi amiga, la vieja.

—Así, le llegaste a hablar.

—Llegué... ¡No nos quiso dar a la muchacha!

Se terminó el corazón que mi madre puso en el asunto. Yo no pensaba en las cosas de la mujer, porque mi edad era de diez años. Sin embargo, ¡qué bien me acordaba de la piedra plana!

NO TARDÓ ya nuestro paraje mucho tiempo sin que llegara un maestro, un *bijteswanej*.

Llegó para darse cuenta de cuántas casas había allí, donde el camino terminaba. Y quería también conocer a los niños del hombre verdadero.

—Hemos sabido que ha venido un maestro... —decía la gente.

Mi tío no se sorprendió mucho, un día, cuando el profesor apareció en su casa y le explicó que había venido por órdenes del gobierno. Mi tío quedó convencido de la bondad de aquel señor.

Mi madre me había estado mandando huir al monte, cada mañana, para que no me encontraran los que buscaban alumnos. Yo me fastidiaba de andar escondiéndome: ¡Es mejor que espere!, me decía en secreto.

Mi tío paterno habló entonces con mi mamá. A la mañana siguiente me puso en presencia del maestro, junto con uno de sus propios hijos. Yo tenía miedo, pero no tanto...

El profesor apuntó mi nombre. Me preguntó:

—¿Quieres aprender, niño?

—Sí, quiero —respondí.

—Es bueno que sepas leer y escribir —dijo él.

Hablaba en el idioma verdadero, porque venía de Oxchuc, nuestro pueblo grande; era ladino, pero amable:

—Está bien, señor —dijo a mi tío—, que ya me entregaste a los *keremetik*.

Así dijo. Eran las ocho de la mañana.

Había, pues, escuela puesta por el gobierno.

Pasó un mes.

El maestro enseñaba bien; se nombraba Efraín López. Trabajaba con sesenta alumnos. Pero al que no sabía leer en su libro, al que no reconocía las letras, le daba azotes, o lo hacía hincarse en tierra, con cuatro piedrecitas bajo la propia rodilla.

Muchos a quienes no gustó el castigo huyeron hasta cerca de Ocosingo, sin poder aguantar las angustias. Yo sí pude sufrir las molestias y estuve dos años aprendiendo. Al terminar el primero saqué un buen número en el papel. El profesor se puso muy contento...

Dio premios a cuantos sacamos buenas notas; recibimos ¡un pantalón de ladino! Así aprendí un mi poco a leer y a escribir, pero no entendía mucho de esas letras porque estaban en *castilla*.

Al año siguiente, el maestro se quedó en Pachtoniljá. Entonces empezaron los chismes entre los padres de familia, a causa de que el maestro pegaba para enseñar. Yo lo quería bastante, porque no nos golpeaba *de balde*: lo hacía cuando dábamos motivo, cuando jugábamos en clase. ¡Fue injusto que lo acusaran!

Llegó a arreglar las cosas un inspector.

Los padres de familia se reunieron en la escuela para oír si el maestro se quedaría o no. Ya sólo terminó el año. Luego

se fue a su hogar, a Oxchuc. Quienes lo queríamos nos quedamos tristes.

Principiando el año siguiente vino otro profesor. Fue una mujer quien llegó entonces. No era competente, no nos enseñaba nada; sólo pensaba en su novio, otro maestro que estaba en Ach'lum.

Una tarde...

Un muchacho me habló en el camino. Él estaba en el internado de Amatenango. Me explicó cómo era aquella escuela:

—¡Es buena! —me dijo.

Así, me puse a pensar en que no debía seguir en la escuela de Pachtoniljá, ya que la maestra no servía. Le pregunté al muchacho:

—¿Sería bueno que yo me fuera para Tsontajal?

Dije de ese modo, señalando hacia Amatenango.

Me contestó:

—¡Sería! ¡Mejor deja esto abandonado! ¡Vámonos para Tsontajal!

No me fui luego.

Estuve otro mes en la escuela de Pachtoniljá.

Reconocí que no aprendía nada. Yo tenía un amigo, compañero de clase; nos pusimos de acuerdo en que había una escuela mejor:

—¡La que está más allá! —dije, señalando.

—¡Vámonos, pues! —contestó.

Tratamos lo de la salida. Era mejor irse en día sábado. Y él dijo más:

—¡Queda convenido!

Unos hombres se iban para Teopisca, a vender granadillas. Hablé con ellos:

—¿Es verdad que salen ustedes para Teopisca?

—Es verdad: mañana nos vamos para Jimxol. Yo voy a vender el fruto de mis árboles.

Después de saberlo, llegué a mi casa:

—Mamá, me voy a Teopisca... —le informé.

—¿Con quién vas?

—¡Voy con mi tío! Necesito que me des una gallina para cambiarla por un gato; aquí hay muchos ratones.

—¡Llévala, pues, hijo!

El otro muchacho llegó a dormir, esa noche, en mi casa. Salimos de ella muy de madrugada; yo cargaba la gallina; a mi madre no le dijimos el verdadero motivo de nuestro viaje; nos reunimos con los hombres que iban para Teopisca.

El grupo emprendió la marcha.

Estaba todo oscuro...

Hicimos conocimiento con el camino. Al atardecer llegamos a Ya'al Chuch, la fuente de la ardilla, manantial que está delante de San Pedro Pedernal. Nuestros compañeros llevaban tanta carga que allí mismo nos quedamos a dormir.

Prendimos fuego para calentar unas tortillas. Y se prendió también la plática; algo se habían imaginado los vendedores de granadilla:

—¿De dónde se van a regresar ustedes?

Así preguntó uno. Contesté yo:

—¡De donde consigamos el gato!

—Y aquel otro... —señaló a mi amigo— ¿qué es lo que va a buscar?

—¡Voy a encontrar mi cántaro! —respondió.

Negaron los hombres:

—¡Mentira tuya! ¡Quizá se van a la escuela de Tsontajal!

—¡No! ¡Vamos a lo que dijimos!

—Tú no llevas nada, ¡lo vemos! —así hablaron a mi amigo—. ¡Ya mañana sabremos si es verdad lo que nos has dicho!

Iba a continuar la plática cuando se oyó, viniendo de árboles vecinos, el ulular de una lechuza. Dijo uno de los hombres:

—¡Oigan a la que busca almas!

—¡Cállate! Ya no platiquemos más.

—¡Esa es alguna autoridad de Ts'ejté'!

Ts'ejté', el pueblo de Aguacatenango, tenía la fama de que uno de sus *tunel* tenía como *lab* a *xoch'*, la lechuza. Esta volaba, rondando por la noche las aldeas de los alrededores; adonde el hombre que camina llega en tres días, ella se acerca en cuestión de momentos. Fácil era que el caminante enfermara después de haberla encontrado; eso decían los *pulsadores*, a quienes habla la sangre.

Así, pues, ¿quién querría enfermarse, dando a entender su presencia?

Dejamos de conversar. Nos escondimos en el sueño.

Amaneció.

Bien de madrugada salimos otra vez hacia el camino. Como a las diez de la mañana pasamos por una colonia; a lo lejos se veía Jimxol, ¡Teopisca!

Cruzamos un arroyito, ya cerca de las casas. En la plaza, bajaron su carga nuestros compañeros. Pasaba mucha gente, comprando. Se acercaron unos muchachos, atraídos por las granadillas.

—¿A cómo las granadillas, *casero*?

—A cuatro por un *medio*, *casero*...

—¡No es posible, *casero*! Dámelas a cinco por el *medio*.

—Está bien, *casero*, te las doy así.

Se hizo tarde y tuvimos que quedarnos en Teopisca.

—Mañana nos vamos para Tsontajal —nos dijeron los hombres.

—¡Está bueno! —contestamos. Y dormimos cerca de ellos.

A las seis de la mañana del tercer día, llegamos a Amatenango. Mientras los vendedores arreglaban sus cosas, pasó un muchacho y hablamos con él. Nosotros no lo conocíamos pero era de Oxchuc, alumno de la escuela; nos entendimos en nuestra lengua verdadera.

—¡Buenos días, *'ajwalil!* —saludamos.

—¡Buenos días, compañeros! —respondió, agregando: Yo no soy *'ajwalil*, no soy el jefe; soy alumno... El jefe no está aquí.

—¿Dónde está el *'ajwalil?*

—Se fue a México...

Preguntamos nuevamente:

—¿Cuándo regresa?

—¡No sé cuándo vendrá!... Pero si ustedes quieren hablarle acerca de algo, aquí está alguien que lo representa.

—¿Dónde está?

—¡Allá! En el comedor...

Fuimos a ver a la otra persona; nos acompañó el muchacho, como *k'asesé k'op*, como pasador de nuestras palabras. Vimos a una señora; estaba de pie, ante una mesa para comer.

—¡Buenos días, señora!

—¡Buenos días, muchachos! ¿Qué dicen sus corazones?

—¡Nada, señora!... Es que queríamos hablar con el jefe...

—¿Para qué quieren hablarle?

—Queremos entrar como alumnos...

—¡Ah! ¡Eso dicen sus corazones!

—¡Sí! ¡Queremos aprender a hablar en el idioma de los ladinos!

Eso dijimos en su presencia, mediante los labios del joven de Oxchuc. Ella nos aclaró:

—El jefe va a venir hasta el otro mes; se va a dilatar en México.

Se dio cuenta de cómo se entristecían nuestros corazones.

—¿Tienen mucho interés en venir a la escuela?

—Sí, señora, bastante corazón hemos puesto en *la castilla*...

—¡Está bien! ¡Yo también puedo ordenar que se queden en la escuela! Le diré al jefe que como vi que ustedes eran muy listos...

Nuestro intérprete dijo, por su cuenta:

—¡Estos muchachos son mis paisanos!

—¿Son de tu pueblo?

—Son, señora.

—¡Con razón te conocen!

—No, señora, nunca me habían visto... Es que me hablaron en nuestro idioma verdadero.

—¡Ah!.. —y nos dijo a nosotros— ¡Bueno! ¡Pasen adentro! Ya son alumnos desde hoy, ¡vengan a comer!

—¡Ajá! *Wokol 'awal*, ¡gracias!

Nos acarició la cabeza, contenta porque habíamos llegado. Comimos huevo, frijoles, pan y café.

—¡Coman bien, niños!

Así fue como nos quedamos en Amatenango.

Nuestros compañeros de camino se entristecieron porque nosotros intentábamos permanecer en Tsontajal.

—¡No se queden, muchachos! ¡Nos van a culpar de haberlos mal aconsejado!

—Creo que no dirán eso; nosotros tuvimos la voluntad de venirnos...

Así les contestamos.

Al día siguiente entramos a clase con los demás alumnos. Se dieron cuenta de que ya sabíamos leer un poco y nos pusieron a estudiar el libro en primer año. Pero no entendíamos lo que estaba escrito en las hojas, ni sabíamos su importancia.

Los muchachos empezaron a molestarnos a causa de que no hablábamos en el idioma de los ladinos.

—¡Indios! ¡Váyanse a su casa si no quieren aprender *la castilla!*

Luego nos pegaron y sufrimos mucho con los golpes. No nos quejábamos con la maestra porque no podíamos hablarle directamente.

Cada mañana nos formábamos en el patio para hacer el aseo. Luego venía un profesor a nombrar grupos que barreían el patio, el dormitorio, el comedor, el jardín y otros lugares. Como éramos recién venidos y por no saber el castellano, nos dijeron los compañeros:

—Nosotros nos quedamos aquí, y ustedes ¡váyanse allá!
Y nos señalaron el excusado.

Obedecimos con trabajo, y así fue como nos encargaron de tener siempre aseado este sitio. Nos buscaron un apodo por no querer ir adentro, y nos dijeron que éramos como *chinos*, porque no obedecíamos. ¡Bien que nos molestaban por el único motivo de que ellos ya sabían hablar la otra palabra, en tanto que nosotros aprendíamos con dificultad!

Nosotros dos no nos habíamos cambiado las ropitas con que llegamos. Estábamos como en nuestras casas, tal como

vinimos el primer día. Ya no tardó mucho tiempo en llegar el *'ajwalil*; se bajó de un carro. Al vernos, preguntó inmediatamente:

—Y ustedes, ¿de dónde son, dónde viven?

Pudimos contestarle a medias:

—Somos de Oxchuc, vivimos en un paraje...

—Bien, niños.

La maestra lo enteró de cómo nos habíamos acostumbrado a la escuela. Al darse cuenta de nuestra suciedad nos dio camisas, pantalones, zapatos, calcetines y sombrero. Apuntó mi nombre y el de mi amigo en su libreta.

—Ahora van a aprender bien el libro... ¡Nadie los engañará entonces!

Esas fueron las palabras del jefe.

—Muy bien —le dijimos al contestar.

Quedamos contentos. Ya teníamos lo que necesitábamos.

Pasaron seis meses...

Poco a poco fuimos aprendiendo a manejar la palabra de los ladinos. Algo podíamos ya.

El jefe me quería mucho, así que cuando alguno de los muchachos me molestaba injustamente se lo decía a él; y los demás dejaron de hacernos cosas, de molestarnos... ¡Miedo me tenían!

Al final del año sabía mucho más castellano: día a día aventajaban mis labios y mi oído, pero entendía más que hablaba, ¡eso es lo que siempre me ha pasado!

NADA me decía el corazón acerca de las mujeres.

Despacio, igual que aprendía la lengua de los otros, me di cuenta de distintos intereses. Había ciento sesenta alumnos; quince de ellos eran muchachas. Sabía ya, sin haberlo probado, para qué servía la mujer; y la fuerza que antes me faltó, en la piedra plana, hoy me sobraba.

Había una *'ach'ix*, una joven de Mototzintla; con ella comencé a platicar. Yo, le decía, tenía mucho corazón para ella. Pura palabra fue la de entonces, no cometimos delito alguno; como otro hombre que no era alumno la enamoraba también, nos enojamos.

Después, ella le dijo a una amiga suya que me dijera cuánto me quería: “¡Su corazón es bueno!”, dijo de mí la muchacha. Pensaba así porque cuando hablábamos entre nosotros le di, como regalo, unos aretes; le gustaron mucho. Pude dárselos porque tenía algo de dinero: me habían entregado en la escuela un pequeño terrenito, de la parcela escolar, donde sembraba legumbres; luego las cosechaba y vendía, tomando mis manos la ganancia. También le compré un pañuelo.

Un día vino el padre de la *'ach'ix* a llevársela. Su mamá, mujer del señor, había muerto y éste la necesitaba. Yo me quedé triste. La encaminé hasta San Nicolás, poco adelan-

te de Tsontajal... ¡Así terminó definitivamente nuestra plática!

Pasó un mes. Me agarró una enfermedad porque ella no estaba conmigo; puro *nacido*, grano, me salió en la espalda. Si no la veía me moriría... Un maestro de música me aconsejó tomar un poco de *agua florida*.

—¡Eso ayuda a olvidar, recuérdalo!

Así me dijo.

Después me interesé en otra muchacha; era alumna de la escuela. Le dije en cierta ocasión:

—¿Dónde está tu pueblo?

—¡Chanal! Yo soy de Chanal, el sitio de las víboras.

—Y, ¿cómo es tu *lumal*?

—Mi pueblo es bonito; sus calles son rectas... No vivimos en los milperíos, sino en la cabecera del municipio.

Y pregunté otra vez:

—¿Conseguiría una muchacha para casarme con ella, si yo llegara a tu pueblo?

—¿Por qué no? Hay bastantes *'ach'ix* allá, si ya puedes aguantar lo que se manda...

—¡Sí puedo! Si tuviera una mujer que me hubiera dado un suegro...

—¡Encontrarás suegro y mujer cuando los busques allá! Cambié mis palabras.

—¿Y qué tal sería que yo te llevara a ti a mi pueblo?

—¡No! ¡No quiero irme a tu *lumal*! Si fuera al mío...

—Pero es igual... los *winiketik* son iguales; son los mismos pueblos... ¡Antes fueron uno solo! Luego vinieron en busca de tierras y así pasaron de lado a lado los ríos... ¡Por eso podemos...!

—No sé si es tu verdad, la que dices.

—¿Por qué no lo sería? ¡Yo no te engaño con mis palabras...!

—Entonces, voy a pensar, a ver qué dice mi corazón; hasta mañana te diré lo que yo digo.

Así me ofreció. Nos separamos pues ya era la hora de clase; sonó la campana y cada uno de nosotros se fue al grupo donde le tocaba la enseñanza. Yo me quedé encendido...

Reanudamos nuestra plática. No fue difícil: ella lo había pensado bien y de por sí quería conseguirse un compañero. Aceptó luego mis palabras.

—¡Ahora mismo quiero que hablemos! Nos vemos por la tarde, detrás de los lavaderos, ¡que sea pronto!

—Está bien, si tú me esperas allá, si tú llegas primero...

Dije yo y dijo ella; así lo hicimos.

Al juntarnos, nos escondimos detrás de una cerca. Me subí en la *'ach'ix*. Después me sentí muy extraño, con el mismo mareo de las cosas nuevas. Me dolía la espina; de mi vientre salió el *nal*, del que poco se habla. Quedé débil, sin fuerza... Estaba asustado, allí en nuestro escondite.

Terminamos de hacerlo; nos vinimos luego porque estábamos afligidos: pensábamos que alguien podía habernos visto; como anda la culebra, así procuramos regresar a la escuela.

Con esa muchacha conocí otro secreto de la tierra; sin ninguna duda ella había ya, antes, encontrado otros hombres. Volvimos a platicar nuevamente detrás de la iglesia de Tsontajal. Luego miró a otro, y así acabó el amor de nuestros corazones.

Cambiaron al *'ajwalil*.

Llegó a dirigir el señor Losada, quien tomó el puesto del que era mi amigo.

¡Qué malo era mi nuevo jefe! Nos molestaba mucho; disminuyó la comida: ¡a veces nos daba pura verdura! Así es que aquellos que tenían la comisión hicieron un escrito para quejarse. La responsable de los alimentos era la mujer de Losada, por eso no se le podía decir nada a él... ¡Manejando ellos el dinero, no compraban cabal las cosas!

Y también, si algún alumno cometía una falta inmediatamente lo castigaban... Un día hablé yo en nuestro idioma verdadero; eso lo consideró delito en su contra el maestro que estaba cerca. Dijo que yo había hablado mal de él, ¡y no era cierto!

Al día siguiente se reunieron todos los profesores para tratar mi asunto. Asimismo, llegó el secretario, alumno que tenía la responsabilidad de encargarse de estos trabajos.

—¿Es verdad que regañaste en tzeltal a este maestro? —me preguntó el secretario.

—¡No! ¡Nada le dije! —aseguré en presencia también de mis compañeros.

Comentaron los maestros:

—¡Es mejor dar de baja a quien no quiera educarse!

Entonces mis compañeros respondieron:

—¿Por qué motivo vamos a sacarlo, por un delito que verdaderamente no es tan grave?

Eso dijeron acerca de mí.

Nuevamente hablaron los profesores:

—Pero es mejor que reciba un castigo... ¡El principio de autoridad!

—¡Ah, sí...! ¡El principio de autoridad!

—¡El principio...!

—¡Que reciba un castigo...!

Y así me mandaron a dormir a la cama por orden del señor Losada. ¡Doce días, sin levantarme, estaría en ella! Mi corazón no quedó de acuerdo; sólo cumplí la orden del secretario y de los maestros para que no hubiera más bulla.

¡Qué castigo aquel! Quitarle sus movimientos al hombre es quitarle mucho, es una crueldad. Pero aproveché las horas largas que entonces pasaron, recordando algunas de las palabras del idioma verdadero que ya no hacían ruido en mi boca. Y siempre que pensaba en ellas, cuando las decía en voz baja, sentía el frío de las noches estrelladas y la voz de mi abuelo, maestro, ¡él sí que lo era!, de las viejas historias de los *pokowiniketik...*

LA LUNA hizo sus cuentas varias veces.

Seguía yo de alumno en Amatenango cuando nos visitó el *muk'ul 'ajwalil*, el Gran Jefe de los jefes de la tierra de México.

Una mañana ordenaron que se arreglara la escuela, adornándola con banderitas de tela y papel, ¡verde, blanco y colorado! ¡Qué alegre se veía todo! Es que se había recibido por adelantado el anuncio de que llegaría el *tatik* Lázaro Cárdenas. En nuestro idioma verdadero corría su nombre como *Lásaro Kártinas*, *muk'ul 'ajwalil*, el presidente.

Otros hombres lo habían sabido antes.

Desde temprano empezaron a llegar a Tsontajal los *wini-ketik* de los pueblos; gente de Oxchuc, de Chanal, de Aguacatenango, de Tenejapa, y de todos los parajes tzeltales. Llegaron también huistecos, hombres de K'ina, con sus calzones arremangados y sus ceñidores rojos. Hablaban en su idioma; decían...

—¿Cuándo vendrá el *peserente*?

—Está lejos el calentadero de los huesos, la tierra abajeña de los conejos. ¡De allá viene él!

—¡No! ¡Viene de *Mejikolum*!

Gozábamos, los muchachos de Oxchuc, escuchando sus conversaciones, a ver qué tanto entendíamos; sus palabras se

parecen más que las del resto de pueblos de los alrededores al idioma verdadero; los ladinos dicen que estos *winiketik* son tzotziles.

También se amontonaron unos cuantos tojolabales, los hombres del *ch'ol k'op*. Apenas podía yo, después de tanto tiempo, entenderles una que otra maldición.

Los *winiketik* de Ocosingo hablaban muy parecido a como lo hacen los de Oxchuc, pero con sus palabras particulares. Qué extraño oírles decir, al despedirse:

—¡*Bojkonbal, nan!*

“¡Adiós, señora!” Así lo usaba un hombre, hablando con una mujer, donde nosotros saludábamos, ¡*Lajkonbal, me'tik!* Y ella contestaba:

—¡*A'ak'á!*

¡Cómo nos reíamos al escuchar esto, que no indicaba nada!

—¡*Ji, ji, ji!*

—¡Ve a poner unos banderines!

Así me gritó uno de los profesores y yo dejé de oír las voces, los idiomas de los pueblos, reunidos entonces en Amatenango.

Hacia el mediodía llegó el presidente.

Muchos carros se detuvieron en las *soraletik* de Tsontajal, en las calles de Amatenango.

De uno de ellos bajó el *muk'ul 'ajwalil* de México. ¡Qué poderoso era! Serio, con bigote tupido pero pequeño, su mirada decía mucho a la nuestra... ¡Cuánto se parecía a uno de los viejos *tunel* de Oxchuc, compañero de mi abuelo!

Con paso firme entró en la escuela, seguido por sus amigos. Vio los salones de clase. Se acercó a un alumno y le hizo varias preguntas; el muchacho estaba asustado. ¡El *muk'ul*

'ajwalil! El presidente le acarició los cabellos y le sonrió con suavidad. Algo dijo, y el alumno sonrió también. Losada estuvo a punto de caerse varias veces, tan asustado como el propio muchacho; pero éste llegó a reír mientras Losada continuaba tratando de caerse.

El presidente se sentó en un banquito, ante un cajón grande. Los *winiketik* de rumbos diferentes llegaron, acercándose por grupos. Varios *k'asesé k'op* dijeron las palabras de la tierra a los oídos del Gran Jefe de México.

—¡*Lum...*!

—¡*K'inál!*

—¡Tierra, tierra!

—¡*'Osil!*

—¡Terreno!

Eso es lo que pedían los hombres verdaderos y los demás hermanos, necesitados de las herencias antiguas que el ladino les había robado.

Otros, pocos, vinieron con propósitos diversos.

Algunos se acercaban entonces, por vez primera, a un *kaxlán*, en la presencia del *muk'ul 'ajwalil*. Y dijeron:

—Este no es un *kaxlán*, es un *muk'ul kaxlán*.

¡Años más tarde sentirían aún el calor de su mano!

El presidente tenía que visitar ese mismo día, según sus compañeros, otros pueblos a los que fuera posible llegar por el camino de los carros. Se despidió amablemente de los *winiketik*. Hizo una pregunta al *k'asesé k'op* más próximo, y nos saludó:

—¡*Lajkonbal!*

Así nos dijo “¡adiós!”

¡Pero si hasta sabía el idioma verdadero! ¿Cómo pudo aprenderlo tan pronto?

OTRA cuenta de la luna.

Empezamos a hablar una sirvienta, quien hacía la comida de los alumnos, y yo. Mi comisión era la de acarrear agua para la cocina; así pude entrar en plática.

—Tú sabes si me quieres —me dijo un día.

—Sí, te quiero...

—¿Es verdad que nos casaremos de una buena vez?

—¡De una vez! ¡No es broma lo que te digo!

Una noche en que sólo hablábamos acerca de si ya íbamos a empezar a querernos, nos encontró uno de los señores maestros; en día sábado se cambiaba la guardia de los alumnos, haciéndose una ronda por todos los lugares correspondientes a la escuela; así es que, al anochecer, salieron un profesor y un muchacho que tenían el deber de hacerlo, dirigiendo el maestro quien llevaba un arma por si entraban ladrones, que para eso revisaban el sitio.

Entonces, nos encontraron platicando en la parte de atrás de la casa. El señor, inmediatamente, preparó el rifle; al darse cuenta de quiénes éramos, nos gritó:

—¿Qué vinieron a hacer aquí? ¿No saben que el otro profesor lo ha prohibido? ¡Mañana arreglaremos esto...!

De esa manera me entristecí: ¡había cometido un error con la guardia!

Me puse a pensar en la manera de huir rápidamente para que no me vieran la cara. Un compañero de Chanal, alumno, había sido acusado de una falta parecida a la mía; iban a castigarlo también al día siguiente. Comentamos nuestra situación; decidimos salir huyendo de Amatenango, a medianoche...

Preparé mis cosas: las metí todas dentro de una caja de madera. Mi compañero hizo lo mismo con las suyas. Luego, fingimos que nos dormíamos y esperamos la hora. Mientras los cuatrocientos animalitos del monte comenzaban su plática, los alumnos iniciaron sus ronquidos...

Medianoche. El guardián dormía sobre su catre, atravesado a la salida del cuarto. No nos sintió cuando escapamos, pasando por debajo de su cama, empujando las cajas. Así salimos fuera de los terrenos de la escuela y pisamos el camino. Toda la noche y todo el día anduvimos... ¡Qué pesadas se nos hicieron las cargas que llevábamos! Si no hubiera sido tan buena ropa, la habríamos dejado...

A las seis de la tarde llegamos a la choza del muchacho en pleno campo. No encontramos allí a sus padres. Un hombre nos dijo que se habían ido a vivir al caserío, al centro del pueblo, porque el abuelo había muerto. ¡Lo asesinaron por brujo, por causar la enfermedad, con palabras, a unas personas!

Caminamos hacia arriba, rumbo al propio Chanal. Noche era ya cuando llegamos a la casa del padre del muchacho; no podíamos caminar de tanta hambre: nada habíamos comido desde la cena que, con los demás alumnos, tuvimos en Tsontajal.

Los papás de mi compañero estaban despiertos. Saludamos.

—¿Ya viniste, papito? —le preguntó su madre.

—Ya vine... —contestó mi amigo.

—¿De dónde es tu acompañante?

—Es del pueblo grande, el de los tres nudos...

Cuatro días nos quedamos en Chanal, haciendo durante uno de ellos una rápida visita a mi madre. El muchacho me acompañó a casa, dormimos al lado de mi mamá, y regresamos de madrugada al sitio de las víboras.

Dispusimos irnos a trabajar a las fincas; el compañero tenía un tío materno, quien nos llevaría. Así, pues, tomamos el camino de Comitán.

Dormimos en este pueblo y la mañanita nos encontró pisando el camino; dejamos Zapaluta atrás de nosotros, cuando aún el sol estaba alto; más tarde llegamos a una pequeña hacienda, donde había muchos llanos.

Al tercer día salimos hacia el pueblo de Comalapa; ocultándose el sol, compramos allí carne, comimos y dormimos; con el despertar continuamos nuestros pasos. Topamos con un enorme río y seguimos sus orillas. Ya era tarde cuando vimos Amatenango de la Frontera, de nombre parecido a aquel donde había estudiado. En Amatenango de la Frontera se unen dos corrientes de agua; cruzamos, por una hamaca colgante, de una a otra ribera.

El quinto día nos halló siguiendo también la orilla de las aguas largas; luego subimos por las faldas de un cerro, camino que sólo los *winiketik* pueden hacer, donde un caballo no asienta el casco. Ladeamos por Mazapa, pasando de largo, hasta llegar a Mototzintla.

Dormimos y reanudamos nuestra marcha hacia el sur, venciendo hasta el sombrero de un elevado cerro. Debajo de un árbol, a medio camino, nos echamos para dormir, pues la noche detuvo nuestro esfuerzo.

Siete días después de nuestra salida de Chanal, poco antes de las doce, llegamos a la finca de La Esperanza.

Mediodía. Apresuramos el paso.

Le hablamos al dueño:

—¡Buenas tardes, *ser* patrón!

—¡Buenas tardes, *ser 'ajwalil!*

Nos contestó:

—¡Buenas tardes, muchachos! ¿Qué vienen a buscar?

Hablábamos en su idioma. Notamos que eso le cayó bien.

—¡Nada, señor patrón! Venimos a ver si usted tiene trabajo para que lo hagamos nosotros.

—¡Ah, cómo no! Mucho trabajo hay hoy, muchachos...

—¿Y cómo está el jornal?

—¡Nada de jornal! Sólo hay tareas de corte de café...

—¿Y a cómo paga la caja, señor patrón? ¿Cuánto paga por caja?

—Cuatro pesos.

—Está bien, señor patrón; trabajaremos tres meses...

El *'ajwalil* me dijo:

—¡Qué bien hablas, indito! ¿Dónde aprendiste?

Le contesté:

—¡También éste habla como yo!

Señalé a mi compañero de escuela, y terminé:

—¡Aprendimos en Amatenango!

Pero el *kaxlán* ya estaba ocupado con otros grupos de *winiketik* que acababan de llegar.

Nos dijo a todos:

—¡Váyanse al dormitorio y lleven sus cosas! ¡Pidan de comer en la cocina!

Vimos dónde íbamos a dormir; estaba aquello lleno de gente: tzeltales, tzotziles, tojolabales; también *mames*, que se

llaman como nuestros abuelos, gente de Guatemala. Cubrían todo el piso de un gran cuarto de adobe. Había varias velas prendidas, olía a sudor y aguardiente.

El corte empezó en la madrugada. Un caporal nos dio nuestros surcos. En medio del cafetal había un tanque enorme donde tirábamos el grano, la frutita de *kajbel*. De allí partían unas tuberías, que lo llevaban a la finca; no teníamos que cargarlo, como en otras partes.

En una tarjeta apuntaban nuestros nombres y el trabajo que cada uno hacía; esto lo lograban con un aparatito de metal; según lo que cada cual cortaba, así era el número que aparecía en la nota.

Cumplimos un mes.

El mayordomo se acostumbró a vernos y nos conoció por nuestros *biilil*, por los nombres.

A mí y a mi compañero, nos dijo:

—¿No quieren quedarse a trabajar en el patio?

—Eso lo sabrá usted, señor.

—¡Bueno! El lunes les diré.

Se llamaba Porfirio Díaz; el lunes le preguntamos:

—Señor *'ajwalil*, ¿vamos a quedarnos, como nos dijo?

—¡Sí! Se van a quedar...

Nos entregó en manos de Anselmo, el caporal:

—¡Aquí hay dos hombres que saben el castellano! —le dijo—. ¡Que se queden a trabajar aquí cerca!

El tío de mi amigo seguiría en el corte, con los demás.

—Está bien, señor mayordomo, que se queden, pues...

Pasamos a su poder, nos preguntó:

—¿Son ustedes fuertes? Este trabajo es de levantar bultos cuando vienen los arrieros con las mulas... ¡Es muy pesado! Vos no te ves tan duro...

Eso me dijo a mí, agarrándome el brazo.

—¡Que sea así, señor —le contesté—, a ver si podemos hacer la prueba!

—¡Está bien, *chamulita!*

¡Chamulita! Este es el nombre que los ladinos le dan a los *winiketik* de Chamó, un pueblo cercano a Jobel... Aquel ladino nos conocía tan bien: *jo'ón oxchujk'ón...* ¡yo soy oxchuquero!

No le dije nada. Él continuó explicando:

—El café *vano* lo llevan a Pueblo Nuevo... ¡Pura mulada sale hacia el camino!

—¡Está bien, señor *'ajwalil!*

Trabajamos mucho entonces.

¡Cómo me dolía la espalda, por las noches! Y me salieron callos en los hombros y en las manos, y sentí que mi estómago se aflojaba; pero el tiempo pasó...

Terminamos los tres meses, pedimos la paga.

Sábado por la tarde salimos hacia el paraje de los prójimos, una vez más, cada uno pensando en su casa: yo en la de mi paraje de Oxchuc, mi compañero y su tío en la del pueblo de Chanal... ¡Toda la noche caminamos, porque ellos estaban afligidos, pensando en su gente! A mí no me decía nada el corazón.

Teníamos tres días de pisar el camino, cuando se les ocurrió tomar aguardiente.

—¡Bebe *nichjá!*

Así me dijeron. Yo no quería; ellos comenzaron a emborracharse. ¡Qué *bolos* se pusieron! Después, siguieron conmigo:

—¡Tómalo, te calmará el cansancio!

—¡*Le' ay to te nichjá'è!* ¡Aquí está el *agua florida!*

Por fin, tuve que recibirlo.

No recuerdo cómo es que se hizo tarde.

Un hombre, que venía con su mujer, no bebió nada y pudo darse cuenta de algunas cosas; después me dijo que otro caminante me había pegado porque no quise ofrecerle de mi propio aguardiente. Se había formado un pleito.

Como a las cuatro de la tarde vi bien los árboles; los cerros bailaban un poco. Era esta la primera vez que deveras tomaba *nichjá'*.

¡No sé cómo nos habíamos reunido tantos hombres! Se les pasó, de igual modo, la borrachera, y nos perdonamos lo ocurrido.

—¡Fue debido al aguardiente! —dijo aquel con quien estuve peleando.

—¡Está bien, ya nos pasó la *yakubelal!*

Sí... ya nos había pasado la borrachera; nos quedó sólo el dolor de cabeza y el dolor del camino.

Dos días más tarde, salíamos de Comitán, rumbo a Chanal.

No sé cómo se nos terminó el agua... Lo cierto es que a medio camino nos íbamos muriendo, los labios resecos. ¡Qué sed aquélla! Unas cuantas casas de chanaleros se paran en los mojones de Chanal y los comitecos... ¡Eso nos ayudó! Compramos en setenta centavos un gran cántaro de agua. Bebimos.

Noche ya, llegamos a Chanal. Descansé todo el día siguiente en casa de mi amigo. Uno después, a las seis de la mañana, marché hacia mi casa. Caminé recio. A las tres de la tarde vi a mi madre:

—Ya vine, mamá... —le dije.

Contestó ella:

—¡Viniste, papito!

De pronto, agregó:

—¿Cómo te fue en tu regreso? ¡Varios días no te vieron mis ojos!

—¡Bien, mamá! ¡Nada me pasó!

—Yo... lo mismo, ¡bien me has encontrado!

—He traído algunas cositas que compré en Comitán: un mi petate, una mi cobija, sombrero... ¡Mira el machete nuevo, para hacer mejor mi trabajo!

Según le enseñaba las cosas, ella se admiraba más. Me dijo:

—A tu padre, ¡nunca pude verle cosas como éstas!

Puse en sus propias manos el dinero que me restaba. ¡Se-senta pesos! Me dijo:

—Ese *tak'in*... ¿para qué lo quieres?

—¡No es para mí, madre! Este *tak'in* servirá para que te compres ropa...

—Esa mi ropa que dices, ¡aún tengo! ¡Mejor es que este dinero sirva para conseguirte una mujer! Yo he sufrido mucho durante los días en que me quedé sola...

—Tú sabes lo que dices, mamá... ¡Hoy sí ya sé encontrar *tak'in*, buscar dinero!

Eso es lo que le dije finalmente.

Mi madre se quedaba silenciosa, imaginando. Una vez, despertó de pronto:

—¡Ah! ¡Esa...! —dijo.

Es que se acordó de que la señora *x-Mal*, con quien se visitaba, tenía una muchacha. Pensó en pedirla para mí; mi madre salió por la tarde hacia la casa de su amiga; se quedaría a dormir allá, para poder platicar más ampliamente con el esposo de la señora.

Regresó al día siguiente. Me contó cuál era la opinión de la mamá de la joven *'ach'ix*; la muchacha no vivía con sus

padres, estaba de criada en San Martín; su madre, me dijo la mía, iba a preguntarle qué es lo que pensaba.

Ocho días después hizo mi mamá igual visita. Le dijeron que la *'ach'ix* no podía abandonar su trabajo. Así acabaron aquellas palabras. Ya no se habló más del asunto.

No quedó conforme mi *me'*. Quería conseguirme una mujer. Yendo a otras casa había visto una que le gustaba. Un domingo salió al camino desde muy temprano; iba a hablar con los padres de esta otra muchacha. Encontró en su choza al dueño. Saludó:

—Buenos días, señor —dijo.

—Buenos días, señora.

Así, después de un rato, explicó el motivo de su visita:

—Vengo a darles un dolor de cabeza, señor y señora. He visto que ustedes tienen una muchachita...

—¿Por qué, señora?

—Porque un mi hijito está soltero, y le estoy buscando mujercita.

Dijo el padre de la muchacha:

—¿Será que tu hijo quiere tener una mujer de nuestro pueblo? ¡Él ya sabe *la castilla!*

Aclaró mi madre:

—Creo que no es como tú dices... Le pregunté también a mi hijo acerca de lo que él pensaba, y me ordenó que le buscara una mujer que fuera de nuestro pueblo.

Aceptó el dueño de la casa:

—Veamos, dentro de ocho días, qué es lo que debemos decir... A ver qué piensan los parientes de mi hija.

Volvió a nuestra choza mi madre. Me contó todo. ¡Tanta tontería debido a que yo ya sabía un poco del idioma de los *kaxlanes!*

—¡No vuelvas a hablarles! —le respondí. ¡No quiero casarme con esa muchacha!

—Bueno, hijo...

Y mi madre ya no regresó a aquella casa.

Pero continuó pensando.

Pensando...

OTRA joven.

La había visto un año antes, al visitar la casa donde vivía.

Y se preguntó mi madre:

—¿No será que está soltera aún? ¡Voy a ir la semana que viene, a ver qué dice un su pariente!

Y mi madre decidió hacer una *smakmak ilaw*, una *visita desconocida*, sin mostrar interés, como si fuera casual, para enterarse de si estaba soltera o no aquella en quien pensaba.

Primero le habló a un pariente.

—Nadie la ha pedido —dijo éste.

Ella era huérfana y vivía con su hermano mayor. Sabiendo a qué atenerse, mi madre planeó la *visita visita*. Hizo el camino, llegó a la casa que le interesaba, saludó y preguntó por la joven, si estaba libre.

No quiso reconocerlo así el hermano:

—¡Ya está pedida! —contestó a mi madre.

Pero ésta no creyó en sus palabras:

—¡No nos desprecies, señor! Nosotros no somos de otra parte; somos de un mismo pueblo y de una misma tierra; así, ¡no tienes por qué despreciarnos!

El corazón del hermano mayor comenzó a aceptar, habló así:

—Está bien... Vienes a los ocho días, para saber si están de acuerdo los de tu propia familia... ¡No después haya bulla! Llegó el día tratado por sus palabras.

Nuevamente fue mi madre; llevaba tortillas y pozole, como regalo para el hermano mayor de la muchacha. Llegó temprano:

—Buenos días, señor... —saludó.

—Buenos días, señora.

—Señor, he venido, como hace ocho días.

—¡Eso dices, señora! Creo que no puedo resolver de ninguna manera... porque mi hermanita, ¡no está educada para el quehacer! ¡No sabe hacer las cosas!

Contestó mi madre:

—No me importa que no esté educada; yo la educaré si tú me devuelves mis respetos, señor. Puedo educarla, porque sé tejer un poco; así, yo se lo enseñaré a ella.

Y dijo el hermano mayor:

—¡Ah, bueno! Si así es tu verdad, está bien; fíjate, ¡no después andes hablando mal de ella, que mi hermanita no sabe hacer nada!

Aceptó lo que mi madre le llevaba. Le dijo:

—Señora, cuando vengas otra vez, ¡que se vea algo de tortillas y de pozole! Mis parientes son bastantes y yo voy a repartir lo que tú traigas...

—Está bien, señor. Me esperas dentro de ocho días. Vendré a dejar las primeras cosas.

A la semana fue mi madre a recoger sus palabras.

Cuatro bolas de *mats'* y cien tortillas iba cargando; añadió cuarenta huevos y veinte mazorcas. Las bolas de pozole eran grandes. Todo eso fue bien recibido por el hermano mayor de la *'ach'ix*. Y así, repitió mi mamá tres visitas; falta-

ba la cuarta, para la que se había pedido medio garrafón de aguardiente.

Esa cuarta visita debíamos asegurarla bien, según el momento que dijera el sol; de acuerdo con una sombra exacta. Se les avisaría, entonces, a los parientes de la joven, que llegaran a casa de su hermano. Aguardiente y bastimento: ¡una invitación para todos!

Nos reunimos por la tarde; ya iba yo con mi madre. No me dejaron todavía platicar con la que sería mi mujer; hasta que se acabara el *nichjá'*, hasta el otro día. ¡No tan pronto!

Se juntaron cuarenta personas, hombres y mujeres.

Los varones se sentaron aparte, en el banco de los *winiketik*; este banco estaba fuera de la casa, al aire libre. Las mujeres, las *'antsetik*, se metieron en la choza.

Llevaron comida a los hombres: tortillas, huevo, pozole batido. ¡Y cómo salía aguardiente! ¡Y cigarros! Todo se llevaba al patio, porque allí estaban los hombres verdaderos, y ellos tenían que ser atendidos.

Listo el bastimento, pedimos perdón a varones y hembras:

—Señores y ancianos, todos ustedes, perdónennos nuestros descuidos. Perdónennos las faltas que hemos traído con este pequeño yerno...

Hablábamos así porque mi cuñado estaba siendo, realmente, mi suegro en aquella fiesta de casamiento; y yo era como yerno también de todos los hombres mayores, de los parientes de su edad. Mientras la fiesta durara tenía él que hablarme como a un yerno, no como a un cuñado. Después sí ya sería como siempre.

La gente reunida nos contestó:

—¡Ah, muchas gracias de parte nuestra, pues! Todos los presentes aquí, agradecemos lo que nos han traído.

Así decían, hablando al mismo tiempo, todos los *winiketik*.

Luego le rezaron a Dios, por su comida: ellos recibían el espíritu de las cosas que nosotros, sus visitantes, les ofrecimos. Se les repartieron *waj* y *may*, tortillas y cigarros. Sólo estas dos cosas se dan por separado. Lo demás se sirve en platos grandes, llenos, olorosos, de donde toma lo justo aquel que así lo quiere.

Terminada la comida, recogieron las mujeres los trastes y en medio de los hombres se puso, solamente, el *nichjá'*. Era un garrafón. Todos lo veían. Antes que nada, se separó un tanto para las mujeres y se le mandó dentro de la casa.

Todo estaba listo para que yo dijera lo que estaba en mi corazón; así, como yo era quien se hacía yerno, les serví el aguardiente; primero, a los ancianos; después, a los hombres maduros; luego a los jóvenes. No dije nada; comenzamos a tomar la bebida.

Dentro de la choza, las *'antsetik* nombraron a una para que brindara el *pox*. Se desearon salud, hablando como si fueran hombres:

—¡Salud, *tatik!*—dijeron. Pero no eran señores, sino *me'tik*, señoras.

Cinco horas pasaron; siguió adelante la reunión de casamiento.

El *nichjá'* había bajado mucho. Los viejos empezaron a decir sus mandamientos. Nosotros, los que nos hacíamos pareja, recibimos el consejo.

Primero me pidieron que contestara si quería a la muchacha:

—En este momento, joven hombre, te preguntamos si estás conforme con ella, la mujer a la que viniste.

Respondí:

—Sí, señor, señores todos, quiero con mi corazón a tu pariente, a la pariente de ustedes.

Hablé delante de los viejos y los hombres, hincado frente a ellos.

Me advirtieron:

—Si no llegas a cumplirlo, perderás lo traído; no tendrás paga por ello.

Así dijeron, todos a una.

Llamaron también a la *'ach'ix* y le dieron sus palabras acerca de cómo debería portarse conmigo durante los días que fuera mi compañera sobre *balumilal*, sobre el mundo, al paso del tiempo. Y también le hicieron ver que si por motivo de haraganería se quedaba, ellos tendrían que pagarme lo que había gastado.

Entonces quisieron saber cuánto dinero había yo pagado por las cosas, alimentos y garrafón. Mi madre les informó de todo; así lo supieron.

Caía la noche.

Los *winiketik*, borrachos, se fueron a sus chozas. Nosotros, quienes visitábamos el lugar, nos quedamos todavía en casa del que se portó como mi suegro, de mi cuñado.

Luego ordenó su hermano a mi mujer que tendiera la cama:

—Ahora, hermanita, ¡ya me ves qué borracho estoy!... y como ya te uniste con mi cuñado, debes obedecer lo que él te ordene. ¡Te vas a dormir con él!

Ella no contestó.

Tendió la cama; agarró el petate con el que venía envuelto el garrafón para que no se quebrara, y me dijo:

—Ya está lista tu cama, duérmete allí...

Contesté a su palabra:

—Está bien, gracias, señora.

Me acosté, pues, en el petate, con mi chamarro. Mi mujer se quedó cociendo nixtamal, a la orilla del fuego. Otras *'antsetik* estaban sentadas al lado de la lumbre. Una de ellas dijo:

—¡Pásate a dormir con tu marido!

No hubo respuesta.

Rato después cumplió el mandato, se acercó poco a poco; pensaría que ya estaba dormido, pero, con los ojos cerrados, yo estaba al tanto.

Quise hablar con ella cuando estuvo a mi lado. Después le agarré sus pequeños *chu'*. Me retiró las manos del pecho; entonces, sin ruido le hablé en secreto al oído, pero por más que yo hacía, no me contestaba. Se envolvió en su *tsek*.

Yo quería que respondiera a mis palabras. Así, no pudimos hacer las cosas; sería porque no quiso ella, mi mujer... ¡No quedé contento cuando dormimos juntos!

—Tal vez no me quiere —pensé—, por tal motivo se portó de ese modo.

Cuando amaneció, muy temprano, se levantó mi mujer. Empezó a moler el nixtamal. Luego oí la voz de mi cuñado, quien hablaba a mi madre:

—¿Cómo amaneciste, *suegra?* —preguntó.

Porque él, como su hermana, era más joven que mi *me'*.

—... Y tú, señor, ¿amaneciste bien?

—Algo, señora, algo bien... ¡Sólo que me dio la enfermedad del aguardiente!

—¡Quizá otro trago te haga provecho, señor!

—Sí, voy a ver si todavía hay algo. Y dime, señora, ¿cuándo se viene mi cuñado?

—Hasta dentro de quince días te lo mandaré...

Es que yo, porque así lo hacemos los hombres verdaderos, tendría que venir a vivir con él un año, para trabajar en su tierra, pues él era como el padre de la muchacha.

—Está bien, que así sea posible. Ellos se juntarán en quince días más; mi cuñado puede irse hoy.

Luego ordenó que se preparara nuestro desayuno, pues ya se hacía tarde. Comimos. Entregamos las cazuelas, dando las gracias:

—Nos vamos, entonces. ¡Gracias, señor y señora! —dijo mi madre.

—¡Así es, señora, no fue difícil!

Y nos vimos en el camino, rumbo a nuestra casa.

Conseguí las cosas que necesitaba para mi entrada en servicio. Reuní carne seca, tortillas, pozole, doscientas mazorcas. Así me preparé, con la ayuda de mi madre, para cuando llegara el día de la partida; mi cuñado quedaría contento y sin hacer ninguna bulla.

Amaneció el día acordado.

Mi madre había ido antes para avisarle que no fuera al trabajo; así me recibiría y con sus propios ojos vería lo que yo llevara. Regresó mi madre y me acompañó en el nuevo camino.

Tarde ya, saludamos al hermano mayor de mi mujer. Entregamos lo que yo traía cargado, para el año que se presentaba. Ordenó el dueño a su hermana que me diera mi cena. Masticamos; quedamos satisfechos.

—Ahora, muchacha, vas a arreglar la cama de tu marido.

Así ordenó el mayor. Ella me preguntó:

—¿Dónde está tu petate? Voy a arreglártelo.

—Por ahí se vino, con la carga...

Fue a buscarlo. Me dijo mi cuñado:

—¡Pásate a dormir, cuñado!

—Está bien, señor.

Me eché en el petate. Mi mujer no se acostó luego porque estaba esperando el nixtamal. Cocido éste, se acercó a mí.

Cuando su hermano encontró el sueño, principiamos a jugar. Despacio, para que no nos oyeran. En toda la noche, pude cuatro veces.

AMANECIÓ en el mundo.

Se levantó mi mujer para moler el nixtamal. Al poco rato se despertó la de mi cuñado; había aclarado bastante para poder ir a traer leña al monte; fui por un tanto.

El monte estaba lejos y en ir y venir, más el corte, me tardé algo. Al regresar, eran quizá las ocho. Desayunamos para poder trabajar bien en la sementera.

Mi cuñado y yo partimos hacia la milpa. Afilamos nuestros machetes. A las doce, me ordenó:

—Ve a preparar el pozole, bátelo para que lo tomemos.

Era mediodía; la hora de beber el *mats*'.

Trabajando en la sementera, pasé una semana. Y así me acostumbé a mi cuñado y a cuantos eran de su familia. Él me quería mucho, como si yo fuera su legítimo hermano menor.

Días después, me mandó a limpiar unos magueyes. Eran de los finos, pita; yo no conocía este trabajo y las espinas me picaban todo el cuerpo, hasta sangrarme. Pero pronto pude manejarlas bien.

Así que mi cuñado vio que no era necesario que él permaneciera conmigo, comenzó a dejarme solo en el campo. Y él se iba a pasear a casa de sus prójimos, o a otras sementeras.

Yo sufría, todo el camino del sol, por el cansancio y la falta de compañía. Pasó un mes.

Fuimos de paseo, con mi mujer, a ver a mi madre, que estaba sola en nuestra choza. Era domingo. Mi mujer le habló:

—Hemos venido, señora —dijo.

—¡Vinieron, hija!

Se alegró su corazón por nuestra visita. Mi madre quería mucho a su nuera, pues yo era hijo único, sin hermanos menores y sin *bankiles*. Sólo había tenido al hermano, hijo adoptivo de mi padre, que poco veíamos ya.

Regresamos a la mañana siguiente y el trabajo fue tan duro como siempre.

Tres meses teníamos de formar pareja: entonces quedó embarazada mi mujer: fue aquello que encontró en el tiempo en que le dio la luna. Cuando la cuenta de Nuestra Madre llegó a nueve, nació el *'alal*.

En un temazcal, en el *pus* de la casa de mi cuñado, nació el primer hijo que tuve con mi mujer. ¡Puse toda mi fuerza en el abrazo que le di para que naciera, cuando comenzó a gritar! Y él no nació, como dicen que yo lo hice, sobre cuero viejo de venado, sino que fue recibido en un petate, recién tejido por las manos del hombre verdadero.

Mi madre había ido a verme; ella y yo asistimos a mi mujer, quien de entonces en adelante también se llamaría *me'*, madre. Bien se encontró mi corazón, me alegré, porque ya era yo *tat*, como antes el mío, y el de él, mi recordado *mam*. Ya tenía un *joy*, un compañero, quien me respetaría como a mayor, como a más grande.

Y todos en casa del hermano de mi mujer se alegraron. Y contentos se pusieron mis *chapomales*, mis parientes. Y más alegría encontró el corazón de mi madre.

El secreto de cómo conocimos el *lab* de mi hijo, no puedo contarlo, porque no es para mis palabras. Ni puedo decir qué es. ¡Que él lo cuente algún día, si quiere, cuando sea hombre...! De todos modos, es un *lab* fuerte, con el que podrá estar seguro.

Teníamos necesidad de maíz y de muchas otras cosas. También había que conseguir ropas para el pequeño *'alal*. Tuve que engancharme, nuevamente, en el trabajo de las fincas. Con el dinero de la *chontomba*, de la *contrata*, alivié los gastos más urgentes.

Llegóse el día de la partida. Como ya se había cumplido el año de servicio a mi cuñado, nos habíamos pasado a la casa de mi paraje, con mi mujer, pero su hermano mayor quedó atento, al cuidado de los míos. Prometió ir a verlos cada domingo.

Con otros *winiketik* tomé el camino hacia la finca que me contrató, San Juan Chicharro. Éramos sesenta. Hicimos el largo viaje de siempre, conociendo nuevos caminos, aprendiendo cosas nuevas, que al fin resultaban las viejas, de nuestros más ancianos padres. Se acabaron los pasos.

El guía del grupo se adelantó a hablar con el dueño de los trabajos. Luego, nos dijo a todos:

—¡A las tres de la mañana, recibirán sus canastos para cortar café!

Así se hizo; el grupo trabajó en eso. En cuanto a mí, el patrón me mandó cuidar el agua que sirve para la *madre del fuego*, la máquina de metal que hace la luz; día y noche trabajé en ese lugar. Al terminar los tres meses convenidos, recibí doce pesos en total, como paga. Los que sólo trabajaron dos meses no recibieron nada.

Ocho días después, cuando la luna empujaba al sol, oliendo ya a mi gente, avancé el último trecho. Cuando llegué vi

que mi hijo estaba bien, y mi mujer y mi madre. ¡Esa fue la vez que más desesperado estuve! ¡Cuánto sentí haber tenido que engancharme!

Pasó otro año.

Aprendió mi corazón que no era bastante el terrenito que yo trabajaba. Decidí tomar el camino abajeño, hacia una hacienda cercana, para entrar en baldiaje.

¡Cuánto tiempo había pasado desde la muerte de mi padre!

Y más parecía, porque muchas cosas habían cambiado. Esos terrenos donde yo trabajaría, dieron fruto bajo sus utensilios de labranza, bajo su *luk*. Y sin embargo, eran ya, aquellos antiguos terrenos comunales de Oxchuc, sin que se pudiera entender cómo, tierra de los ladinos del gran pueblo de los tres nudos, sólo porque los habían *embargado*, así decían en *castilla*, a gente, a nuestra gente verdadera, que jamás pudo entender cómo funcionaban las leyes extrañas, las *mantalil* escritas en papel y que se leían, en formas diferentes, según lo querían los ojos de la codicia... Nosotros, los hombres del idioma verdadero, hijos de esta tierra, quienes perdimos los papeles de nuestros *pokowiniketik*, teníamos también leyes que se cumplían, escritas o no, sin darles nunca salidas caprichosas... ¡Pero sólo la desnudez, el frío, nos había quedado para defendernos!

¡Qué tremendos se veían los *kaxlanes*, armados con rifles, pistolas y cuchillos, cuando, a montones, pasaban por nuestros campos...! Poco a poco aprendió el *winik* de Oxchuc, pueblo de los hombres que antes se ataban el *wexal*, taparrabo, con los tres nudos del varón, a recordar, únicamente.

El *kaxlán* que figuraba como dueño de parte de los terrenos era amable conmigo. ¡Seis años pasé bajo su mando,

viéndole sus trabajos! No podía hacerlo de otro modo: en la casa del tzeltal se sentía entonces el hambre; terrenos malos y pequeños, eso es lo que le quedaba al hombre verdadero de estos rumbos: el ladino quería todo lo demás, y hasta esos últimos pedazos de mundo, si fuera posible. A veces, por la totalidad de los puntos a que lleva un sendero, los *'asentos* descansaban meses y meses, año tras año, sin que la mano del *winik* trabajara a gusto. ¡Cuántos hombres resultaron heridos, y a cuántos persiguieron los perros cuando se les descubría cultivando una sementera en terrenos que ya se pretendían ajenos!

Había que comer... y se aceptó el baldiaje, cada vez más duro. Yo tuve suerte. Sufrí bastante al cuidar las milpas y el ganado de mi patrón, pero no dejaron de beber su pozole ni mi hijo, ni mi madre, ni mi mujer, quienes lograron venir-se más cerca de mí, por haberse mudado a la choza que el ladino, más tarde, nos permitió hacer en la tierra que dominaba.

Las cañaverales apagaban su sed en las márgenes del río. Cortábamos las cañas de azúcar, las *walé*, y las acarreábamos. Yo trabajé como trapichero también, dirigiendo a varios muchachos en su desempeño. Hervíamos dos peroles diarios y sacábamos sesenta atados de panela.

¡Tal como la lava en aquel volcán que, según me contó mi madre, se quebró un día, así hervían las mieles de azúcar en el vientre de los grandes peroles! El aire calentábase, emborrahando la vista; los pequeños *chinchán*, insectos que se acercaban volando, ardían en chispas tan fugaces que no se sabía si habían partido o si habían muerto... ¡Cómo sudábamos los *winiketik!*

Recuerdo lo que le sucedió un día a un señor, visitante de la hacienda. Dicen que venía de tierras muy lejanas, del lugar de las mujeres abundantes, más allá de los cerros azules. Llegó con su madre, ya anciana, de paseo, invitado a conocer el suelo del hombre verdadero; tenía interés en nuestra lengua y nos hablaba amistosamente, enterándose de todas las cosas.

Más de una vez, los días domingo, fue con algunos de nosotros a cazar el tejón, animal que él llamaba *pezote*, haciéndonos reír porque nos imaginábamos unos pesos muy grandes...

—¡Y *diai!* —nos decía—. ¿Vamos por unos *pezotes*?

—¡Vamos, pues, pero que no sea a las fincas!

Esto era un *jowil lot*: un chiste. Es que los ladinos hablan su propio idioma de tan distintas maneras.

A flor de tierra, aprovechando un hoyo que presentaba el suelo, hervíamos un gran perol. Eran las horas del mediodía; la encendida miel apenas se miraba al venir en su dirección, pero nadie, porque todos los trapicheros sabíamos dónde estaba, se había preocupado por poner un aviso. Quizá el bairoteo del aire recalentado podría indicar algo...

El señor visitante se apeó, después de un paseo, de su caballo. Lo hizo a unos cuantos pasos de donde se trabajaba la panela. Traía puestas unas botas altas, de buen cuero... ¡Muy galán se veía! Le gustaba el trabajo a este hombre, se interesaba mucho. Echó a andar.

Nadie se dio cuenta de que se aproximaba al perol. Un *jojmut* pasó alborotando, como todos los zanates. Esto distrajo al señor; dio otro paso. ¡Entonces nos dimos cuenta! Pero ya era tarde... Nuestro amigo cayó, de pie, en el perol hirviente.

Todos lanzamos el aviso, con una sola garganta:

—¡Cuidado!

La *madre de la panela* se arremolinó en torno a las piernas del hombre; crujió el cuero de sus botas, empapándose, amelcochándose, prendiéndose a sus nervios. Aquello pasó como pasa un eco... Ya estábamos sacándolo de la trampa cuando terminamos de pronunciar nuestro grito. Tiramos de sus hombros, jalándolo... Sus ojos nos ayudaron en el violento agarrón, dándonos fuerza... ¡Esos ojos verdes, extraños, de amigo hondo!

Recostado casi a la orilla del perol, empezamos a sacarle las botas, que continuaban quemándolo; se separaron pedazos de cuero, comidos por el fuego azucarado: con cada tira se desprendía otra de su propia piel. El resistió, sin desmayarse...

El rumor de la caída se extendió anónimamente. Su anciana madre, desde cierta distancia, lo vio recostado, rodeado por nosotros, y creyó que conversábamos. Le gritó:

—¡José!... ¡Parece que un hombre ha caído en un perol!

Así dijo, sin estar segura, sin sospechar nada.

Contestó su hijo, detrás de las graves quemaduras:

—¡Voy a ver si es cierto, madre!...

No quiso asustarla porque la señora ya era abuela: los años la habían rodeado. Después, paso a paso, se acercó a su casa y a su cama.

Eso recuerdo.

Meses más tarde pude ver las tremendas cicatrices que le quedaron en las piernas a aquel hombre. Era diferente de los demás ladinos, ¡era un *muk'ul kaxlán!*: ¡un gran ladino!

Dos caballos jalaban el timón del trapiche.

Esa era la ayuda que nos prestaba el dueño; a veces, ni los muchachos ni yo cerrábamos los ojos, por la noche, esperando el punto de la panela.

¡Qué bien pagadas estuvieron las comidas que hice en los terrenos de aquella hacienda! Algunos ladinos siempre vieron al *winik* como a un animal fuerte y resistente. Con mi patrón podía tratarse, aunque sus tierras eran parte de nuestros viejos terrenos comunales, los *komonk'in*al.

VINO el día de la fiesta de San Martín; me fui a verla solo, no llevé a mi mujer. Cerca de las diez de la mañana llegué al lugar.

Muchos vendedores ofrecían elotes, chile, tamales. Los ladinos vendían aguardiente. En el mercado, entre la gente que compraba y vendía, me entretuve paseando. A mediodía, me topé con un conocido:

—¿Qué haces, compañero?

—¡Nada! —me contestó—. ¿Y tú?

—Salí para ver pasar la fiesta.

—También yo... Estoy sirviéndole a mi patrón, que celebra con otros ladinos, ¡oye la marimba que toca! Les estoy midiendo el aguardiente, en la escuela.

—¡Ajá!

—¡Vamos allá! Cuando reparta el *nichjá*' saldré para darte una botella, ¡y tomaremos a escondidas!

—Bueno, ¡vamos!

Así llegué con él al lugar en que se hacía la fiesta. Mi compañero se escondió bajo el sobaco una botellita, y salimos a beberla afuera. Terminada, entramos otra vez; los ladinos bailaban, alegres, y nosotros seguimos ayudándoles a acabar con su *agua florida*. Tomamos otra *limeta*. ¡Muy fuerte era ese *nichjá*! Borrachos, nos paseamos por el mercado, comprando más trago.

Perdimos el mundo.

Entre los mirones de la fiesta, uno nos veía a nosotros. Era el suegro del hombre con quien yo iba; el anciano le habló a mi amigo:

—¿Qué haces, tú? —le dijo con familiaridad.

—Nada, *tatik*...

—¿Por qué no me has hablado? ¿No te acuerdas de que fuiste mi yerno?

—Sí, me acuerdo... sólo que tu hija murió...

El hombre viejo habló con voz dura:

—Te digo esto, tú, porque tu suegra está enferma... Le he visto el pulso: ¡tú le has estado haciendo daño a mi mujer!

—¿Por qué, señor? ¿Es que me has visto que yo tenga mi *lab*?

—¡Se dice que tal vez eres lechuza, *xoch'* —dijo furioso el que había sido su suegro.

Entonces, yo defendí a mi amigo:

—¿Por qué le hablas así a tu yerno? ¿Acaso estás seguro de lo que dices? —le pregunté al *mamal*.

Y contestó él:

—¿Qué tienes tú que ver, si eres un particular? ¡¿Por qué te metes?! ¡No tomes parte!...

El anciano tenía un hijo, quien me preguntó:

—¿De dónde eres, que no te he visto la cara? ¿Qué haces en la plática de mi padre?

Y yo, con mayor facilidad que al *mamal*, le respondí:

—¿Para qué molestas a tu cuñado, pues? ¡No está bien lo que haces!

—¿Por qué discutes? ¿O es que se trata de tu *bankil* y vienes a ayudarle?

—¡Es mi compañero en la toma del aguardiente!

—¡Mejor nos golpeamos, si tú quieres!

—¡Nos daremos, a ver quién puede con quién!...

En la salida del pueblo, donde casi no se encontraba gente, alistamos nuestras manos. Había un campito, hacia abajo del camino del Tíber. El hijo del anciano, me dijo:

—¡Dame! ¡Veámoslo ahora! ¡Vello pubiano de tu madre!...

—¡No! ¡Pégame tú primero!

Me golpeó; en el propio hueso del pecho me dio el puñetazo.

—¡Dame otro!... —le pedí.

Tres veces lo hizo. Le grité:

—¡Ahora voy yo, cabrón! A poco soy tu mujer para que vengas a pegarme...

Tal como él me había golpeado, así le di yo también; lo tumbé al suelo y me monté en él; inmediatamente le apreté la garganta. Esto último no se le había ocurrido a él; como no podía respirar, comenzó a ahogarse... Sentí que su mujer me jaloneaba, pero no pudo hacer nada; la oí cuando, corriendo, se alejó para avisarle a su suegro.

El anciano vino pronto:

—¿Por qué estás matando a mi hijo? ¡Vello de...!

Comenzó a pegarme con su bastón de palo amarillo; el hombre, su mujer y el viejo me agarraron... ¿Qué podía yo hacer contra los tres? ¡Buenos estacazos me cayeron en cabeza y espalda!

En esos momentos se asomaron las autoridades, los *tuneltik*:

—¿Qué hacen ustedes? —dijeron los martinecos—. ¡Por el vello de una yegua! ¿Por qué se están matando?

Nos llevaron, al hombre y a mí, a la cárcel; dentro ya de ella, se me comenzó a pasar la borrachera, pero sentía dolores por todo el cuerpo: ¡es que mi enemigo me había seguido pateando cuando los carceleros nos dejaron solos!

Por fin, él se acercó a la reja de madera; les dijo a las autoridades más próximas:

—Señores, ¡sáquenme de aquí! Yo les pagaré mi multa...

Le contestaron:

—Si quieres salir luego, tienes que darnos litro y medio...

—Sí, señores, eso les daré... ¡hay alguien que me conoce y querrá pagar el dinero!

Lo sacaron.

Me quedé solo, metido en la *chukjibal*. Todos los *tuneltik* se habían ido ya, a cobrar la bebida.

En ese lugar nadie parecía guardar turno, pero, al rato, llegó otro grupo de autoridades; los señores estaban completamente borrachos; me dirigí a uno de ellos:

—¡*Tatik!*... ¿No podrías sacarme de aquí? Ya se me pasó la borrachera y quiero irme a mi casa.

—¿Es verdad que quieres irte?

—¡Sí, es verdad!

—¡Está bien!

Comenzó a abrirme; me advirtió:

—¡Tendrás que comprar un litro!

Yo me afligí, pero no dije nada.

Vimos la calle; el hombre me llevaba jalando de la mano, junto con tres de sus compañeros, hacia donde se compraba el aguardiente.

Allí permanecían las otras autoridades, tomándose el *nichjá'* de la multa pagada por el hijo del anciano; les faltaba mucho para acabar; invitaron a los *tuneltik* que iban conmigo, bebieron y platicaron.

Sentí que, poco a poco, las manos del que me sujetaba aflojaban su presa, hasta quedar yo suelto; en cierto momento, me acurruqué. Oculto en medio del propio grupo, salí

por entre sus piernas. ¡Ni cuenta se dieron! Me perdí de vista...

Marché de prisa.

Repentinamente, comenzó a llover, cayó un fuerte aguacero. Después de los palos, de la borrachera y del sufrimiento, aquello me vino muy mal. Gritando de dolor llegué a mi choza.

—¿Qué te pasa? —me preguntó mi mujer.

—¡Si vieras lo que me ha sucedido! —le dije, contándole todo.

—¿Por qué no me llevaste? ¡Yo te habría cuidado!

Y, entretanto, la calentura me subía.

El patrón nos había dicho que uno de esos días íbamos a hacer puentes en los arroyos que pasaban por su terreno; esa era la orden que los dueños habían recibido. El día era el siguiente y yo no dije nada de lo que me había pasado, cuando me presenté a trabajar.

A las doce, ya no pude más; le hablé a mi patrón:

—Señor *'ajwalil*, estoy enfermo, me duele todo el cuerpo, ¡no puedo seguir!

—Se te nota, de veras... Vete a tu casa, pues, descansa...

Con dificultad gané el camino: ¡legua y media, quizá, había hasta mi choza! Por fin, llegué. Dije a mi mujer:

—¡Ya vine!...

—¡Acércate! ¿Qué pasó que regresaste?

—¡Se me agravó el dolor de la espalda!

—¡Estás muy malo!

—Sí, ¡ve a prender el temazcal! Voy a calentarme el cuerpo.

—Eso es lo que quiere tu espalda... Te vamos a tocar con un poco de calor...

Se calentó el *pus*. Listo ya, mi mujer roció las piedras con el agua y levantó el vaporcito. Fue un éxito nuestra medicina: mi dolor se iba alejando. Tomé el baño durante varios días.

Pasó una semana.

Era lunes y fui a hablar con el patrón:

—¡Buenos días, *'ajwalil!*

—¡Buenos! ¡Encárgate de tus cosas!

Yo tenía que ver lo de la molienda, junto con los muchachos y los caballos. Hicimos el trabajo de esa semana; la panela estuvo lista el sábado y fui a entregarla el domingo, cargándola en un *kawayo*.

Al regresar ya al *'asento*, se me ocurrió montar el animal. Todo iba bien, hasta que la bestia corrió; perdí el equilibrio y... ¡desde lo alto me caí, azoté contra el suelo y di vueltas por un terreno desnivelado!

Nuevamente guardé cama: me ardía la espina de la espalda; tuve que quedarme dos semanas sin trabajar, con un dolor que no se me calmaba. Mi mujer fue a ver al patrón y a explicarle lo que me pasaba. El *'ajwalil* me visitó en mi choza:

—¿Cómo te ves? —me dijo al llegar.

—Sufro bastante...

—¡Vámonos a mi rancho, no sea que te mueras aquí!
¡Estás bien jodido!

Y así fue como me cambié.

Para hacer el camino, me subieron en un burro manso, que apenas movía las patas, pero... ¡Cómo me dolió cada piedra que pisaba y cada bocado de hierba que se le ocurría morder!

En el rancho de mi patrón había un anciano, gente suya también; el *'ajwalil*, personalmente, se acercó a él.

—*Mamal* —le dijo—, te pediré una cosa: quiero que *pulses* a este mi muchacho.

—Está bien, patrón, voy a *pulsarlo*; a ver qué dicen sus prójimos.

El anciano llegó junto a la cama que me habían arreglado, poniendo petates sobre una mesa, en la bodega; lo acompañó el *'ajwalil*. El viejo me tomó de la mano y escuchó mi *pulso*; luego dijo, con seriedad:

—¡Ah! Está muy grave la enfermedad, patrón...

Preguntó éste:

—¿Pues qué es lo que oyes?

—¿Qué cosa será? ¿Son sus mismos parientes los que le están echando el daño! Así lo habla la sangre del amigo...

Guardó silencio; después agregó:

—Lo que esto quiere es que se consiga aguardiente; eso dice la sangre: se necesitan seis litros y, además, buena comida, bien preparada.

Eso, todo eso, es lo que le daba a entender el brujo que corría en mi sangre. Era, pues, un *ts'ilwanej*, quien así pedía el pago por lo que había andado su *lab* durante la noche para aca-rrarme la enfermedad. Mi patrón escuchó la explicación, aceptándola. Yo, asustado, oía sin moverme. El *'ajwalil* me dijo:

—¿Entendiste, muchacho, lo que aseguró este anciano?

—Sí, patrón, lo entendí bien, pero ¿dónde encontraré el dinero que se necesita? ¿Pide muchas cosas el que me echó el daño!

—Mira, muchacho..., yo voy a sacar la plata, ya que tú no tienes... ¡Cuando estés sano me pagarás con trabajo!

Y así fue como me dio dinero para que comprara el aguardiente. Recibí veinte pesos. Mi madre preparó un garra-foncito de ocho litros y se fue a comprar el *nichjá*'.

POR LA TARDE se reunieron todos cuantos *pulsadores*, *jpikchì-ch'etik*, citamos. La comida y el *nichjá'* para ellos estaban listos. Mi mujer y mi madre los recibieron y, juntos ya, les pasaron un cuenco con agua para que se lavaran las manos. Dispusieron una mesita para servirles los alimentos.

Mi madre se hincó en presencia de todos y dijo estas palabras:

—Señores, pido perdón por lo que dejo de darles; hay pocas cosas ahora... es que no se pudo conseguir más, a causa de que nosotros somos pobres, no vendemos nada, no tenemos negocio; así es, señores.

Contestaron ellos, los curanderos:

—¿Para qué te amargas, señora? ¡No tengas pena! Allá donde te encontraras con tu hijo, así lo haríamos...

Y se hablaron entre sí. Dijo uno:

—¡Está bien! Vamos a recibir las cosas que nos ha dado.

—Sí; esta señora tiene un enemigo: entonces, debemos atender a su regalo.

—¡Que se bendiga la bebida!

—*Yos* no nos permita emborracharnos inmediatamente con el *agua florida*...

Nombraron una persona que estaría de pie para brindar el aguardiente. Comenzó a beberlo aquel que primero lo

había bendecido; después se repartió entre los otros. Todos bebían en un mismo vaso. Al terminar el último lo pusieron sobre la mesa.

Se habían reunido frente a la bodega de mi patrón. El *‘ajwalil* no estaba presente; yo oía el ruido desde mi propio petate. Entonces, me llamaron a donde habían formado su rueda:

—¡Ven para que sepamos cuál es la razón del señor o de la señora que te pasó la suciedad de sus manos!

Así me ordenaron.

Yo me acerqué adolorido. Empezaron a *pulsarme*, oyendo la voz de mi sangre. Varios pasaron por mi mano, buscando el primero de mis delitos. Se dijeron:

—¿Qué les dice a ustedes la enfermedad?

—¡Así está su culpa, como yo la oí!

—¡Vamos a decirlo, si es así!

—Oigamos quién buscó este mal...

Empezaron a interrogarme:

—¿Cómo aprendiste a leer el libro?

—En la escuela... —respondí.

—¿No molestaste a nadie cuando estuviste de *‘iskula*?

—No... como alumno no molesté a ninguna persona.

—¿No hiciste maldades?

—Estuve honradamente...

—¿No te comportaste como *kaxlán* en cuanto supiste la lengua de los ladinos?

—¡No! Ningún mal hice a mi pueblo, siempre fui sosegado ante mi gente...

—¡Mentira tuya! ¡Todo lo que has negado, lo has hecho! ¡Así lo dice tu sangre!

Eso me gritaron los *pulsadores*. Y siguieron preguntándome:

—¿Cómo es que aprendiste a tomar aguardiente?

Yo les hice saber ese cuento; siguieron:

—¿Das de tomar a los ancianos, como regalo?

—¡A todos, dondequiera los encuentro...! Nada de que sólo me miren tomar a mí. ¡Y doy también a los parientes de mi mujer!

—¿No escondes tu dinero?

—¡Nunca!

—¿No te peleas con tus compañeros de bebida?

—Siempre nos queremos al tomar juntos...

—Y en el *'asento*, ¿cómo te portas? ¿No hay algún *winik* al que hayas aumentado el trabajo? ¡Tú repartes el quehacer!

—¡Nada de eso...! El *'ajwalil* es quien reparte las tareas cuando entramos a trabajar; yo no le cargo la mano a nadie.

—Pues no es eso lo que dice quien te envió el daño; dice que eres como ladino, que regañas al hombre verdadero cuando no hace bien el trabajo. Por eso es que la enfermedad te ha encontrado; porque eres un hombre muy alzado: ¡Eso es lo que dice el señor o señora! ¡Putá...! ¡Por eso vas a pagar con tu espalda lo que ha buscado quien te echó la enfermedad y la muerte!

Todo eso dijeron los curanderos.

Me dejaron a un lado y siguieron platicando, bebiendo el aguardiente; sus voces se elevaban más y más; luego se acordaron de mí, y me exigieron que dijera si era verdad lo que ellos oían hablar a mi sangre. Yo les contesté que no era cierto.

Tenían listo un látigo de cuero para pegarme. Lo templaron y rociaron con aguardiente. Húmedo ya, me dijeron así:

—¡Híncate, porque vas a recibir lo que mereces! Así ha dicho el señor o señora: ¡Que te demos muy fuerte! ¡Que te demos hasta que te salga sangre! Pero no será así: sólo una docena de golpes tendrás.

El más viejo era el escogido para aplicarme los latigazos; estaba sentado, terminando su comida; otro *mamal* le avisó que era tiempo de darlos. Cuando se puso de pie, comenzó a persignarse, a medirse los ojos:

—¡Híncate! —me dijo.

Notó que me era difícil, a causa del dolor.

—¿Te duele todavía la espalda?

—Me duele, señor.

—Ahora que hayas recibido el cuero, tu enfermedad saldrá inmediatamente.

Y se dedicó a golpearme.

Todo cumplido, volvieron a tomarme el pulso para ver si habían tenido éxito en el arreglo de mis delitos.

Dijeron los *jpikch'ich'etik*:

—¡Muy bien! Todo está listo, acabado, de una y otra parte. Acabado...

¡Nada de eso! Tal como antes, ¡peor!, estaba el dolor de mi espalda; no se me calmó; de balde fue todo aquel gasto. Ya para irse me pidieron cinco pesos, que se repartieron entre ellos, los curanderos. Ese era el último pago por lo que sufrió aquel *lab* desconocido que había caminado bajo el frío de la noche y la lluvia. Los ancianos se fueron a sus casas y yo me quedé en la de mi patrón.

Por la noche, el *'ajwalil* se acercó a verme:

—¿Se te ha calmado el dolor?

—¡Ni un poquito siquiera!

—¿Y qué pasó?

Le di el pormenor del asunto; no sé qué pensó, pero estaba muy serio.

Pasaron cuatro días más, y yo en la misma situación; ya no pude orinar porque se me inflamó el vientre. Mi patrón, preocupado, me dijo:

—¿Quieres que mande a llamar al *mamal* de La Esperanza?

Este era otro curandero, famoso, también bajo las órdenes del *'ajwalil* por vivir en tierras suyas. Contesté:

—Sí, señor patrón, porque me siento peor.

Cuando el *mamal* llegó, me tomó el pulso inmediatamente. Dijo después:

—Este hombre es de difícil curación. La enfermedad que lo está matando está en su estómago; por ahí ha reventado... ¡Es que lo pateó *pukuj*, el diablo!

Siguió examinándome, y añadió:

—El delito de este *winik*, jodido por el *pukuj*, es el de que habla en *castilla* con los ladinos... y también es culpable de tener mucha riqueza. ¡Hay que acabar con la enfermedad porque si no moriría el hombre!

Mi patrón, que estaba presente, le preguntó quién me había mandado la enfermedad. El curandero contestó:

—No dice aquí su nombre; dice, nada más, *jó'ón Mena'ón*, “yo soy Mena”, ¡así dice!

Luego recomendó que se me pusieran unas hierbas, como parches. Esta medicina tampoco sirvió; siguió mi sufrimiento horas y horas, días y días, semanas...

Hasta que pensó mi patrón, y me dijo:

—¡Mejor te vas a Jobel! En San Cristóbal hay muchos médicos...

—Señor patrón, ¿cómo podré ir, si no puedo ni caminar?

—Te voy a dar mi caballo de silla.

Me consiguió a un ladino, como acompañante, y partimos al amanecer. El camino, en esta ocasión, se alargó durante tres días. Ya en San Cristóbal se me calmó un poco el dolor de espalda y vientre, y pude caminar.

Lo primero que hicimos fue visitar al médico. Éste me hizo quitar la ropa y me tocó el pecho, el estómago, la vejiga; me prendió una lucecita en el fondo de la boca... No me asusté mucho. Después le preguntó al ladino:

—¿Desde cuándo está enfermo este hombre?

—Tiene tres meses de estar así, doctor.

—¿Por qué no vino aquí inmediatamente?

—No pudo, doctor... Es que no tiene ningún pariente que pudiera traerlo... ¿Sanará...?

—¡Seguro! ¿Por qué no? Luego se pondrá bien con la medicina.

Y así fue como el *poxkawanej* me mandó a la gran casa de las madres, que llaman hospital, pues dijo que esas mujeres tenían como trabajo el cuidar de los enfermos.

El ladino me acompañó al hospital.

Estuvimos esperando para que nos atendieran. Por fin, se acercó a nosotros una mujer enorme. El *kaxlán* le dijo que íbamos de parte del médico. La mujer preguntó:

—¿Tiene padres este hombre?

—Ya sólo vive su madre; el padre murió...

—... porque las medicinas nadie se las compraría, ¡nosotras no tenemos dinero!

—¡Claro! Yo daré todo lo necesario para pagar sus medicinas —dijo el ladino.

—Está bien, si es así, ¡que pase!

Me dieron una cama para descansar, pero era demasiado blanda.

Otra mujer vino a verme más tarde; me puso un parche donde yo sentía el dolor, envolviéndome la espalda; a medianoche, me inyectó en la nalga.

Al amanecer ya me sentía mejor; me dieron unas pastillas para que las tragara con cada comida. Tres días después comencé a recuperar mis fuerzas, mejorando.

Había muchos enfermos en aquel hospital.

Se veían los males más diferentes, ¡cuántas enfermedades distintas hay! Se oían lamentos, gritos, gárgaras, gemidos, maldiciones; se veía sangre, supuración, heridas. Y aquellas mujeres daban pastillas, píldoras, inyecciones, parches, vendas, masajes... ¡Muchas palabras nuevas aprendí entonces!

Una noche se me acercó la *puj puj*, la gordota, y me preguntó:

—¿Conoces al propio jefe de los cielos?

—No lo conozco; no sé quién es.

—¿Quieres saberlo?

—Sí, quiero ver sus ojos.

—Muy bien. ¡Este es él! Hizo los cielos y la tierra, y también nos hizo a nosotros...

Yo me acordé de las palabras de mi abuelo paterno, pero no le dije nada. Ella me enseñó un dibujo en papel: un señor ladino de barba, parado sobre una gran pelota; su vestido era diferente del de los *kaxlanes*, pero igual al de los *yajkanán*, santos, de las iglesias; a éstos los había visto en diferentes lugares, pero nadie, ni entre los viejos, me había dicho que alguno de ellos fuera el señor de los cielos; cada uno era el señor de uno de nuestros pueblos, el patrón.

- ¿Quieres aprender su palabra? —me preguntó.
 —Sí...
 —Dice en sus mandamientos que no mentirás y no matarás...
 —Si yo no miento ni mato...
 —¿Qué tal si tú ya lo has hecho así?
 —¡Uuuu!
 —¡Sí, y por eso te enfermaste!
 —Nada de lo que dices he hecho.
 —Si lo has hecho, debes confesarte para ser perdonado.
 —Nunca lo he hecho...
 —¡Está bien!

Me puse saludable.

El ladino ya se había ido, dejando todo pagado; yo me quedé unos días más, para reponerme. Llegó el día de la salida. Una jovencita me llevó a presencia del *pale* para que le abriera mis pecados. Ella me dijo:

—Tienes que besar al padre para que se borren tus pecados en presencia de Dios; ya no los cargarás al salir de tus palabras.

Así lo hice.

En cuanto vi al cura le besé las manos y los pies. Le dije que quería confesarle lo que llevaba en el corazón.

—Mira, hijo, en estos momentos tengo que salir.

—Bueno, *pale*.

—... así que, si quieres, espérame por ahí; luego platicaremos...

—Sí, señor *pale*.

—Pero, ¿de dónde eres tú?

—Soy de Oxchuc, *pale*.

—¿Pasas por Huistán, no es cierto?

—Sí, señor *pale*.

—Entonces, te escribiré un papelito para el cura de Huistán.

Me puso unas letras para que pasara a dejárselas al *pale* de K'ina, explicándole que debía confesarme. Pero, apenas me dio el recadito, me preguntó si estaba yo solo o si tenía mujer. Le dije que me había casado y que ya tenía un *kerem* grandecito.

—¿Cómo te casaste, hijo?

—En mi pueblo, en uno de los parajes, bendecido por los ancianos...

—¿No te casó un padre, un cura?

—No... ¿Para qué?

—¿Cómo? ¡Pecado! ¡Oh, pecador!

—No, *pale*; en mi pueblo no es la costumbre.

—¡Oh, estos gentiles!

¡Qué extraña palabra aquella! Tomó el papel, nuevamente; agregó en el recado para el cura de Huistán, que yo me casaría allá, por la iglesia. Luego, severamente, me dijo:

—¡Oveja descarriada!

Debe haberse equivocado: ¡Yo no soy oveja!

Me dio a besar la mano, otra vez, y salió de la iglesia.

—¡No te olvides de pasar por Huistán!

Así me gritó, al pisar la calle.

¡Mucho sol calentaba las casas cuando salí del hospital! Anduve un rato, desacostumbrado, admirándome de todo lo que veía.

Casas y más casas, unas junto a otras, a ambos lados de las calles, que eran muchas, muchísimas, formaban el pueblo de San Cristóbal. Pocas veces había podido darme cuenta de eso, con tanto cuidado como lo hacía entonces, al salir de mi

cama de enfermo. No tenía prisa; venía leyendo todas las letras... FARMACIA... ¡ajá! ¡allí era donde vendían el aceite guapo, para aprender *la castilla!* Muchos compañeros de los pueblos habían comprado la medicina pero ni siquiera sabían cómo saludar... Sólo perdían su dinero, porque no les daba resultado; lo mejor era hacer lo que yo hice, aprender el idioma de los ladinos en la escuela... HOTEL... ¡Qué limpio se veía aquello! Y unos señores muy colorados, mirándome al pasar, ¡si ni siquiera pude acercarme! Había mesas adentro, con manteles, como en el internado, pero ¡qué frío se miraba todo! Esos señores con una palabra que no era de hombre verdadero ni de ladino... CANTINA... olor a *nichjá'*, como en nuestro pueblo, ¡hombres tirados en el suelo, borrachos, tal vez celebraran alguna fiesta de sus antepasados! DENTISTA... ¡Ah, sí! Ese es el que saca las muelas y los dientes, pero a nosotros los de Oxchuc, ¿quién podría sacárnoslos, si los tenemos tan fuertes y tan blancos? Bueno, no todos, por eso decía mi abuelito, hay que mascar la hierba y comer mucha tortilla... y hoy, ¿qué hombre verdadero come bastante?

Así venía yo, viendo las cosas y pensando.

Llegué al parque.

Allí estaba, tomándose un refresco, en compañía de sus amigos, el señor cura. Tuve que saludarlo una vez más:

—¡Adiós, señor *pale!*

—¡Adiós, hijo, que Dios te bendiga!

Siguió bebiéndose la limonada, observando a la gente.

Cerca de Santo Domingo, en Jobel, había una escuela donde preparaban hombres verdaderos para que aprendieran el castellano y las letras. Allí, al pasar, me encontré con un amigo de Oxchuc.

—¡Hola! —me dijo.

—¡Akux! ¿Qué haces aquí?

—Estudio en esta escuela... Acabamos de salir de clases; en estos momentos voy al cine.

—¿Cine...?

—Sí, a ver una película.

—¿Qué cosa es eso?

—¡Ven, acompáñame...! ¿Vas a quedarte esta noche, o ya te vas?

—No, me voy temprano, mañana...

—Entonces, te invito al cine...

Fuimos adonde él decía. Era una casa muy grande, de un solo cuarto, con muchas sillas; nosotros nos subimos a las que estaban más altas. En el fondo, lejos, había un trapo blanco. La gente estaba llegando y se sentaba. Empezaron a tocar música. ¡Qué extraño era aquello!

SE APAGÓ la luz.

Casi todas aquellas personas aplaudieron. Varios muchachos de los que estaban arriba, cerca de nosotros dos, silbaron y dijeron groserías. Con la boca imitaban los ruidos de otras partes del cuerpo; escupían a las personas que estaban abajo.

—¿Por qué hacen eso? —pregunté a mi compañero.

—No lo sé todavía —me contestó—, pero es su costumbre, diferente de la de nuestro pueblo.

—¿Y por qué han dejado oscuro?

—Es que ya va a comenzar la película.

En esos momentos brotó un rayo que cayó de lleno en el trapo blanco del fondo; aparecieron ahí unas letras, ¡qué claro se veían! Estaba yo leyéndolas cuando aparecieron otras y otras... ¡Sólo parte de ellas pude leer, ya ni me acuerdo qué decían! Mi amigo afirmó que era el nombre de la película.

Después principió a salir gente, más grande que los ladinos y que los hombres verdaderos; sus caras se hacían mayores y ocupaban todo el trapo; luego se volvían más pequeñas; se iban y entraban y, de pronto, ya había también un carro, corriendo en la propia tela... Pero todo aquello se veía como si fuera en algún lugar que no estuviese cerrado, como si no fuera dentro de aquella casa; yo estaba admirado.

La costumbre del cine, o teatro, como también le llaman en San Cristóbal, es que las personas vayan a ver los retratos aquellos. Así me lo explicó mi amigo; salen retratos de hombres de otros pueblos, con otras ropas; su idioma no se entiende, pero unas letras aparecen junto con los retratos, indicando sus palabras en el de los ladinos; esas palabras corren muy rápido, y uno tiene que adivinar lo que ha pasado, pero eso es muy difícil.

También se ve el agua grande, la que se llama mar; los barcos van caminando, arrastrados por la corriente; se miran los animales que viven allí; al principio se asusta uno, después se acostumbra sin dejar de estar triste al verlo, pues aquello es muy raro.

Los hombres de otros pueblos entran a la guerra; se matan con rifles grandes y gruesos, mayores que un *winik*, y a las escopetas les ponen en la punta unos cuchillos largos para cazar a sus enemigos. Mi amigo me dijo que aquello era para divertirse; que nada era verdad, ni nadie estaba vivo. Yo no lo creo, porque aquellos hombres tenían, igual que nosotros, ojos, narices, piernas, y se veía que sufrían mucho.

Cuando, en esos otros pueblos, un hombre se buscaba mujer, la seguía y la enamoraba, luego se peleaban, y se besaban las bocas, eso quería decir que ya la *'ach'ix* lo había aceptado; así quedaban contentos, novia y novio. Entonces, cuando se daban el beso, los muchachos sentados, viendo, gritaban más ruidosamente. ¡Esa costumbre no puedo entenderla!

Los que mirábamos el cine teníamos los ojos como si por delante de ellos pasara una corriente de agua, haciéndonos perder la vista; si alguna cosa se movía mucho, teníamos que seguirla, teníamos que mover también la cabeza.

Ya noche, terminó aquello. Cuando bajamos y salimos, alcé la mirada, desorientado, como si soñara; me sentí como

borracho, muy feo. Y, al caminar, me extrañé de las casas y de las caras de los que pasaban, de las calles y de los carros.

Akux me dijo que me quedara a dormir en el internado; entramos en un cuarto; varios compañeros estaban platicando; saludamos y escuchamos lo que decían.

Contaban historias...

Empezaba a hablar uno, llamado Domingo; era chol de Tumbalá, me indicó Akux. Decía, en el idioma de los ladinos, las palabras de su pueblo; estaba hablando acerca de los antiguos. Recuerdo su voz...

El mundo está sostenido por cuatro pilares; debajo de nosotros, los que vivimos entre las milpas, existen los chinuwíniketik, quienes son hombrecitos y mujercitas muy pequeños.

En aquellos tiempos había un hombre que se fue muchos años de su pueblo y, al regresar, les explicó a las gentes del lugar que el mundo estaba a medio cielo, caminando; pero los ancianos le dijeron: “¡No tienes razón; el mundo está fijo, sobre cuatro pilares! ¡Tú no crees en nuestra palabra!” El hombre se rio y nada dijo ya.

Un día, después que cortó leña en el monte, bajó por un camino; éste seguía hacia dentro de una cueva; el *wínik* quiso saber en qué paraba el sendero y continuó sus pasos; la ruta bajaba y bajaba más. No se dio cuenta del tiempo que pasó.

De pronto, en el suelo, vio a un hombrecito. Asombrado, exclamó:

—¡Un *chinuwínik*!

El enano le preguntó, levantando la mirada:

—¿De dónde viniste?

—¡Vine de arriba!

—Pero... tú sí que eres muy grande, ¿eres mayor que nosotros!

El hombre no contestó, estaba pensando; el *chinuwini* agregó otras palabras:

—Nosotros no hemos crecido... —así explicó lo corto de su cuerpo— porque el sol pasa muy lejos.

Ya habían, entretanto, llegado otros pequeños.

Preguntaron:

—Hermano, ¿qué dice ese hombre tan grande, que llega hasta el techo de la cueva?

—¿Es pariente, acaso, de la montaña?

—¡Mira qué enormes patas!

Así decían, fijando los ojos en el que acarreaba la leña.

El primer *chinuwini* no tenía nada de susto; al contrario, estaba orgulloso de haber visto, antes que los demás, al hombrazo aquel. Como sabio, le habló con confianza, delante de los otros pequeños:

—¡Has llegado a tiempo...! —le dijo—. ¿No quieres matar una *res* que tenemos lista para la comida? A nosotros nos costaría mucho...

—¡Está bien, yo la mataré! —contestó el hombre de arriba.

—¡Qué bueno! ¡Tú tienes mucha fuerza!

—¡Vete a traer la *res*!

Salió por un agujero el *chinuwini*; poco después regresó con un guajolote, jalándolo mediante una reata.

—¡Mátalo! —le dijo al que les parecía enorme.

—¡Ese es un guajolote! ¡Ese no es una *res*!

—¡Cómo no...! ¡Así son nuestras *reses*! ¡Mira que es más grande que yo! —explicó el *chinuwini*.

—¡Sí es una *res*! —confirmó el resto.

El hombre dijo entonces:

—Si es así, ¡será muy fácil! ¡Miren!

Tomó al *jolote* entre sus brazos y le torció el pescuezo.

—¡Qué fuerza tienes! —dijeron los hombrecitos.

—¡Tengo, es cierto!

—¡Te daremos una mujer para que nos dejes tu semilla!

Desplumaron al guajolote y lo cocieron; cuando estuvo preparado, lo sirvieron.

Se sentaron a la mesa, un tronco acostado; los hombres pequeños cerraron los ojos y se contentaron con respirar el olor de la comida: nada más recibían el vapor.

El *winik*, tan grande para ellos, empezó a comerse la carne y las tortillas. Comió así: una pata, otra pata, la pechuga, la rabadilla, los menudos... Le gustó tanto el *jolote*, que se lo acabó él solo. ¡Los huesos dejó nada más!

Cuando los chinuwinketik abrieron los ojos, se dieron cuenta de aquello; se quedaron admirados, viendo al hombre que había terminado con todo:

—Eres malo, hermano... ¡Vaya que comes! —así le dijo el primer *chinuwink*.

Y los otros:

—¡Cómo has podido...!

—¡Qué barbaridad!

—La comida no debe tragarse, ¡sólo su espíritu!

Hablaron entre ellos, en voz baja. Luego le dijeron al hombre:

—¡Ya no podremos darte una mujer!

Y, con cuidado, lo mandaron hacia la salida de la cueva:

—Eres un peligro... Tal como comes, así debes... ¡Inundarías nuestro mundo! ¡Tendrás que irte!

—¡Qué pasaría con nuestra gente!

—Adiós...

Y el hombre comenzó a subir, otra vez, el camino, con su leña a la espalda.

De este modo supo, como ya lo sabían los ancianos, que debajo de nosotros viven los *chinuwíniketik*. Y aceptó que si eso era verdad, no lo era menos que el mundo está detenido por cuatro pilares. Desde entonces fue más respetado.

Mucho se divertieron los compañeros. Continuaron su plática mientras yo escuchaba atentamente. Uno de ellos dijo:

—Oí que pronto llegarán los nuevos profesores y médicos...

—Sí, vienen a fundar la Casa del Indio; eso me indicó un maestro...

—Los manda el Gobierno, que quiere que la ignorancia desaparezca de los terrenos del hombre verdadero.

—¡Ojalá sea cierto! ¡No sea sólo pensamiento!

—¿Será verdad que los pueblos ya no perderán sus tierras?

—¿Que habrá escuelas?

—¿Que habrá caminos?

—¿Cosechas para todos?

—¡Cómo quisiera ayudar en un trabajo así, con lo que ya sé!

—¡Sí! El maestro me ha dicho que él entiende que se necesitarán educadores indígenas, que hablen el idioma verdadero lo mismo que el castellano.

La madrugada vino a acabar con la plática.

Con el sol, mi sombra dio más de sí: se alegró por el camino tropezando con las piedras.

Dejé Huistán a un lado y continué la marcha, para no hacer ninguna visita. Pensaba en las palabras de los jóvenes, de aquellos que se forman en el internado.

Anocheció. He llegado al pueblo de los tres nudos, a Oxchuc. Me he detenido a reposar, antes de emprender la

nueva jornada hacia las tierras que hoy domina mi patrón. Quiero pensar cómo le hablaré al verlo nuevamente.

Regresaré a mi terrenito, a mi paraje. Allá, al lado de la sementera, pondré atento el oído. Creo que la gente que se anuncia llegará, y quiero recibirla, conocerla.

La noche está fría: brilla más que nunca el Camino de la Helada. Cuando la luz del sol, la luz del *xutil*, comience a calentar, yo reanudaré la ruta. Seguiré el rumbo de los hombres verdaderos.

Voces en torno a
Los hombres verdaderos

...

Supo conservar el autor los giros, las expresiones propias de este pueblo traduciéndolas poco menos que literalmente (aun cuando adaptándolas, cosa que no supo hacer Ximénez, el primer traductor del *Popol Vuh*, a nuestra sintaxis) sin hacerles perder su frescura, su ingenuidad.

Tampoco ha permitido que el personaje central se le escapa de entre las manos. Le ha comprendido y le ha dejado que al referirnos su vida se nos mostrara tal cual es. El protagonista de esta novela es un hombre al que su abuelo le legara su sabiduría, sus vivencias. La suma de tal legado y de su propia experiencia vital, le permitirá explicarse, y explicarnos, muchas cosas. Sabrá, por ejemplo, por qué los ladinos y los indios son en esa parte del mundo poco menos que enemigos: aquéllos han despojado a éstos de sus tierras; los han esclavizado en las fincas; los han obligado a cultivar la tierra que les arrebataran.

Quiso, desde pequeño, aprender el idioma de los blancos. Quiso ver si el conocimiento del español le ayudaría a comprender a los *kaxlanes*. Advertirá que entre éstos —como entre los suyos— los hay buenos y malos. Él, al final del libro, espera confiado la llegada de los ladinos que ayudarán a mejorar las condiciones de vida y a elevar el nivel cultural de los tzeltales...

Fragmento tomado de la reseña publicada en *La Palabra y el Hombre*, número 11, julio-septiembre de 1959, pp. 504-509.

En un cierto sentido, el mejor ejemplo de la etnoficción latinoamericana sería sin duda la [...] novela *Los hombres verdaderos* de Carlo Antonio Castro [...] antropólogo y lingüista de los maya-tzeltales del oriente de Chiapas (México). Todo el texto es un discurso autobiográfico [...] de un joven indio tzeltal de la época cardenista, cuyas formas lingüísticas y poéticas, hasta donde el lector es capaz de afirmarlo, recrean [...] el universo discursivo de este grupo étnico relativamente importante. Ahora, este discurso étnoficcional, sin duda el más logrado en términos lingüísticos, está claramente al servicio de dos objetivos [...]: la descripción etnográfica casi enciclopédica de una comunidad indígena, y la defensa práctica, poco disimulada, de la política agraria –integración de los indios al campesinado nacional– inaugurada por Cárdenas [...] Estas características que no reducen el valor de *Los hombres verdaderos* ni lo excluyen de la corriente etnoficcional, lo alejan a la vez de la tradición europea como de las tendencias más típicas de este discurso literario...

Fragmento tomado de *La voz y su huella*, 3ª edición, Editorial Horizonte, Lima, Perú, 1992, p. 197.

La novela de Carlo Antonio Castro está escrita con algo más que una bella prosa: es un poema en prosa o, si se quiere, prosa poética entretejida de contrastes, sorpresas, claroscuros, imágenes y mitos, y con un hilo conductor: la lengua y sus sueños...

Comienza con la mirada de un niño tendido sobre un Cosmos lleno de significados, pleno de sentido, colmado de misterios [...] El niño mira [...] interioriza el Cosmos, los símbolos, los signos y, también, el mito: a los cuatro años empieza a conocer, justo a través de los mitos [...] Conoce las imágenes de sus mayores: la del *tat*, su padre, quien sabe *pulsar* (curar), conocer el tiempo interior, la vida que, desde dentro, nos mueve y nos hace vivir. Más intensa es su relación con el abuelo, porque éste le enseña a ver, adiestra su mirada y prepara su *ser*, para que éste sea *verdadero*; le explica el significado de las “palabras viejas”, venerables, aquellas que, celosamente, guardan el secreto de la explicación de lo actual; aquellas que, con gran cuidado, deben transmitirse en medio de un rito, de una ceremonia [...] La madre adiestra sus oídos para que éstos aprendan a escuchar las voces del pasado, tan presentes en el sentido del niño [...] Con los *keremetik*, niños como él con quienes juega, va aprendiendo que el elemento lúdico forma parte esencial de la vida del hombre: la muerte de una gallina reaparecerá, de una manera al par bella y terrible, páginas después, cuando aparece *balam*, el tigre...

Entre las palabras venerables [...] mágicas, soporte mismo de la existencia humana, hay una con correspondencia exterior y viva [...] el *lab* de la persona, su animal protec-

tor, aquel que, a la hora de su nacimiento, la Luna le dio [...] Es el abuelo, quien revela a nuestro héroe su *lab*: el colibrí, símbolo de la voz, pureza y vida...

Cuando el tzeltal-niño sale por vez primera del hogar, es sometido a una serie de trabajos [...] todo aquello pasó cuando tenía 10 años [...] En esa edad escolar, el trabajador-niño era ya explotado por el *ladino*, en las terribles fincas de éste [...] Tres veces va a las fincas, tres son las vivencias que en aquéllas sufre. La última está alentada por un elemento siempre presente en la novela: la esperanza.

Eros lo sorprende “cuando no tenía *fuerzas*”, esto es, edad suficiente [...] Tres encuentros eróticos, asociados a las costumbres de la etnia tzeltal, son narrados. Castro no cae, empero, en el “costumbrismo” [...] describe, en el más estricto sentido fenomenológico de la voz, lo que [...] aparece, se da...

El papel que la lengua desempeña en esta novela es fundamental: el héroe se ve rechazado por su pueblo mismo, cuando se le acusa de ser hombre que habla *la castilla*. Y es su madre, el ser que le enseñó la *lengua materna*, quien tiene que hablar y responder por él. Sigue una costumbre, cumple con un ritual, pero al mismo tiempo responde [...] porque su hijo habla *la castilla*, esto es, ha comenzado a ser diferente, *extraño* [...] imagen del opresor que, como éste, podría, quizás, avasallar y oprimir. Y es que para el maestro Castro, como para Heidegger, el lenguaje *es* la morada del ser, expresión de la más *íntima* esencia del ser, el ser mismo en tanto que palabra...

Fragmento tomado de “*Los hombres verdaderos* o el nacimiento por la palabra”, en V. Antonio Tejeda-Moreno, *La otra exactitud*, S y G Editores, México, 2000.

Índice

Prólogo a la segunda edición9

SERGIO GALINDO

Una novela de recreación antropológica13

ROBERTO WILLIAMS GARCÍA

Prólogo a la tercera edición21

RAÚL HERNÁNDEZ VIVEROS

Los hombres verdaderos

1	33
2	41
3	53
4	65
5	71
6	79
7	87
8	95
9	105
10	111
11	115
12	125
13	133
14	141
15	149
16	161

Voces en torno a *Los hombres verdaderos*

CÉSAR RODRÍGUEZ CHICHARRO171

MARTIN LIENHARD172

ANTONIO TEJEDA-MORENO173

Los hombres verdaderos

de Carlo Antonio Castro

se terminó de imprimir en el mes de septiembte de 2007

en la imprenta Siena Editores,

Jade núm. 4305, Col. Villa Posadas,

CP 72060, Puebla, Pue.

La edición consta de 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición.

Se usaron tipos A Garamond de 12/14; 11/14 y 9/11 puntos.